EL MUNDO SE CRUZA EN LAS MALVINAS
LA TRANSICION TERMINO EN ANDALUCIA

triunfo

AÑO XXXVI • 6.ª EPOCA • NUMERO 20 • JUNIO 1982 • 200 PESETAS

SIEMPRE ES "MUNDIAL"

A LAS 5 ES LA CITA, OIGA.

CITA A LAS 5 EN LA SER

Este, el otro y el de más allá.
El que lleva la voz cantante, el que no se asusta ante unos cuernos, la que triunfa en París, la que no, la que se casa, la que se descasa, la que se vuelve a casar...
Aquí estamos todos, oiga.

En la primera hora de información sin política por medio. En la SER.
La radio de todos, la radio de todas.
Dirige Basilio Rogado. En la SER.
La radio de los famosos, oiga.

SER

la radio de todos, la radio de todas.

triunfo

AÑO XXXVI ★ JUNIO 1982 ★ 6.ª EPOCA

SUMARIO

PORTADA

José Lucas tiene lo que José María Moreno Galván hubiera llamado «una pintura musculosa». Enrique Azcoaga ha destacado en él su «afán de compartir preocupaciones, problemas, experiencias y, como es natural, angustias que resultan fundamentales a la hora de conseguir la expresión». Numerosas exposiciones individuales desde 1962, y participación en las más importantes colectivas, dentro y fuera de España, han subrayado la categoría de este pintor, que ha creado nuestra portada para este número.

4
TRAS LAS ELECCIONES ANDALUZAS **EL FIN DE LA TRANSICION.**

6
FEIFFER

7
EL MUNDO SE CRUZA EN LAS MALVINAS **LA REALIDAD IMPREVISIBLE**, Eduardo Haro Tecglen.

11
ROMEU.

12
EL CUADERNO DORADO **ALUMNOS Y PROFESORES: LAS TRIBULACIONES DE UN «ALMA MATER»**, Ramiro Criskical.

17
SOCIOLOGIA DEL BUGA **EL CEMENTERIO DE AUTOMOVILES (VIVOS)**, Francisco Umbral.

22
EL DESIERTO IDEOLOGICO ESPAÑOL, Fernando López Agudín.

SIEMPRE ES "MUNDIAL"
26 MORDILLO.
27 **SIEMPRE ES «MUNDIAL»**, Juan Cuelo.
28 **EL MUNDIAL DE LA GUERRA**, Vicente Verdú.
30 **LAS PATADAS DE LA «INTELLIGENTSIA»**, José Benito Fernández.
33 MANUAL DE URBANIDAD **COMO COMPORTARSE EN EL MUNDIAL**, Luis Carandell.
34 **REFUGIO ATOMICO PARA EL MUNDIAL**, Manuel Vicent.
35 **EL FUTBOL COMO TEATRO**, Ignacio de la Vara.
37 **BESTIARIO**, Manuel Vázquez Montalbán.
41 CONVERSACION CON JOSE CABRERA BAZAN **DE INTERIOR DERECHA A SENADOR DE IZQUIERDAS.**

24
LA CRISIS DE LA MORAL POLITICA, E. Miret Magdalena.

48
ALGUNAS RAZONES (MAS) PARA HUIR, Pozuelo.

50
CUENTO EL DESAYUNO, Pedro Fernández Cocero.

55
AUTOBIOGRAFIA **JOSE LUIS ALONSO, UN TRABAJADOR DEL TEATRO.**

64
INTIMISMO CERNUDIANO EN CARMEN LAFFON, Carmen Fernández Ruiz.

70
«Y NADA ESTRECHO Y TODO EL MUNDO ABRAZO», Alegre del Amo.

72
AVALANCHA DE DISCOS INDEPENDIENTES **LA MUSICA DE FIN DE SIGLO**, Agustín Tena.

76
QUINO.

77
DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN.

DIRECTOR: José Angel Expósito. **SUBDIRECTOR:** Eduardo Haro Tecglen. **REDACCION:** Carmen Fernández Ruiz, Cristina Rubio. **COLABORACION:** Juan Aldebalán, Juan Aranzadi, Bernardo de Arrieta Urgoiti, Pablo Batalla, Thomas G. Buchanan, Manuel Carlos Vidal, José Corredor-Matheos, Ramiro Criskical, Juan Cuelo, Ramón Chao, Diego Galán, Eduardo Galeano, José Luis García Delgado, Fernando López Agudín, Diego A. Manrique, Fanés Mallou, Enrique Miret Magdalena, Rosa Montero, Eric Nicodème, Cristina Peri Rossi, Pozuelo, Joaquín Ritoque, Ignacio Ramonet, Antonio Ramos Espejo, Juan Ramón Rubio, Rogelio Stanué, Francisco Umbral, Ignacio de la Vara, Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent. **ILUSTRACIONES:** Fuentetaja del Amo, Galván, Honoré, Ricardo Zamorano, Juan Cruspinera. **HUMOR:** Feiffer, Quino, Ramón, Romeu. **DIRECCION TECNICA Y DISEÑO:** Antonio Castaño.
REDACCION: Plaza Conde Valle de Suchil 20. MADRID-15. Tel.: 447 27 00. Cables: PRENSAPER. Telex: 42049 TRFO E. **ADMINISTRACION:** CEMPRO, Fuencarral, 86. Teléfono: 221 29 04-05. MADRID-4. **SUSCRIPCIONES:** Ver pág. 97. **PUBLICIDAD:** Joaquín Moreno Lago. C. Rafael Herrera, 3-1.º A. Telfs.: 733 40 44 y 733 21 58. MADRID-16. Emilio Rogier, Avda. Príncipe de Asturias, 8. Telfs.: 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-12. **IMPRIME:** ROTEDIC, S. A. Ctra. de Irún, Km. 12,450. Fuencarral. MADRID-34. Tel. 734 71 00. Depósito Legal: M-1.973-1958. ISSN 0211-2868. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Ctra. de Irún, km. 13.350. MADRID-34. **EDITA:** Prensa Periódica, S. A. Cables: PRENSAPER.

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1982. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, aun citando su procedencia. TRIUNFO no devolverá los originales que no solicite previamente, ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain. Ejemplares atrasados, 200 pesetas. Precio Canarias (Servicio aéreo), 30 pesetas.

«TRIUNFO» es miembro de la Asociación de Revistas de Información. ARI. adscrita a la Federación Internacional de Periódicos Prensa. FIPP.

Tras las elecciones andaluzas

EL FIN DE LA TRANSICION

HAN ganado «los marxistas» han ganado «los rojos»: los comentarios desestabilizadores al brillante, al espectacular triunfo socialista en las elecciones de Andalucía brotaron ya en la misma madrugada del 23 al 24, y estaban ya contenidas en la misma campaña. Los famosos, debatidos, anulados y rehabilitados carteles y anuncios de la Patronal contenían ya ese tipo de versión; podría incluso pensarse que estaban hechos ya para después, para cuando las elecciones estuviesen ganadas por el PSOE. Una campaña poselectoral, que si ha fallado en algo es en la previsión de que el partido socialista iba a ganar la mayoría absoluta del parlamento andaluz: se le suponía ya necesitado del partido comunista para gobernar esa autonomía con lo que inmediatamente hubiese sido llamado «Frente Popular». Todo esto es, también, un preludio para las elecciones generales que se celebrarán cuando se celebren: quizá lo más tarde que pueda conseguir el presidente del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, que también practicó abundantemente la cura en salud advirtiendo repetidas veces que el partido del Gobierno, que el Gobierno central, no se vería afectado por los resultados andaluces.

Tiene y no tiene razón. Esta dificultad de saber dónde está la lógica y el comportamiento correcto procede de la misma ambigüedad y de la deliberada falta de definición de cómo es el «Estado de Autonomías», de cuáles son las fronteras de poderes y las repercusiones de las distintas situaciones que se están produciendo ya en España. La ambigüedad necesaria en un partido de tendencias muy plurales, en un «movimiento» que no parece profesar más que la doctrina de «centro» sin que en sus numerosas definiciones haya acertado con una que defina realmente qué es el centro, dónde se encuentra, y a qué circunferencia está geométricamente referido. Dentro de un imaginario estado de autonomías más o menos configurado según modelos vigentes en Europa y en América no se podría negar la validez a una situación en que cada uno de los departamentos, regiones, estados federales, cantones o como quiera que se puedan llamar estuviesen gobernados por partidos distintos del que ejerce el poder central: la limitación de funciones está definida, se sabe a qué corresponde cada cual de los sistemas administrativos y políticos. Pero se trata de países con vieja experiencia, y, sobre todo, países sin el viejo sobresalto español de las «independencias» o del «separatismo», que aquí figuran principalmente en dos extremos: el de las minorías –muy minúsculas, pero muy exaltadas– separatistas y el de las minorías –también muy mínimas, pero con fuerza y poder– que ven la ruptura a cada caso. En el supuesto de esa situación establecida, del Estado de Autonomías definido, Calvo Sotelo tendría suficiente razón como para considerar intacto el poder central: la vigencia del partido que está gobernando. Pero no lo está. Y es difícil imaginar que UCD salga de este descalabro sin enormes destrozos. La pugna electoral andaluza la han llevado los cuatro grandes partidos parlamentarios nacionales, y apenas ha figurado en el resultado final uno solo de carácter regional. Es un caso distinto al del País Vasco y al de Cataluña, algo más parecido al de Galicia. Entre estos cuatro partidos nacionales, el que gobierna la nación ha quedado en tercer lugar, a una enorme distancia del socialista y una pequeña de su derecha, Alianza Popular (la suma de la «mayoría natural» de la que habla Fraga, tampoco habría conseguido nada. Dada la situación de España la falta de maduración de los sistemas autonómicos y su confusión, la lógica de las cosas querría que el partido en el poder disolviese las Cortes y convocase elecciones generales. Parece bastante evidente que el partido ha ido perdiendo su encanto original, el de ofrecer una medida de equilibrio para el tiempo de la transición: para ello, incluso, ha prolongado más de lo debido el tiempo de la transición. Cabría suponer que el verdadero final de la transición se ha producido en las elecciones de Andalucía. Se ha planteado allí un enfrentamiento característico entre izquierda y derecha: es decir, se ha bipolarizado la opción política. El suave encanto de UCD se ha desmoronado. El desangelado rostro de Calvo-Sotelo no ha sustituido al del artífice del partido y de la transición, Adolfo Suárez: que, muy cuidadosamente, se ha abstenido de participar en la campaña; no ha querido comprometerse con lo que se veía venir. Y se ha mantenido en la reserva, con la esperanza de emerger en caso de necesidad.

¿Ha llegado ya ese caso? Puede Calvo-Sotelo y la dirección del partido hacer todo lo posible por retrasar la convocatoria de elecciones: la Constitución les ampara. Pero es difícil que pueda contener el desánimo, las iras, las reconvenciones de su propio partido. Porque una eventualidad es la de que el Gobierno dimita y se convoquen –por el Rey, pero a propuesta del actual Presidente– las elecciones generales; y otra es la de que Leopoldo Calvo-Sotelo pueda seguir al frente de un partido al que ha llevado a la derrota y a la desunión. No es que antes de él UCD fuese un paraíso de amistad y comprensión: el famoso Congreso de Mallorca y hasta las raíces del golpe del 23 de febrero –es decir, la provocación a la dimisión de Suárez– son de antes. Pero el calvosotelismo ha presidido la huida de diputados –hacia la derecha, hacia la izquierda–, ha suspendido la gobernación del país hasta el punto de casi refugiarse en un despacho de asuntos de trámite y, en la actualidad, puede estar en minoría en las Cortes: se tiene que apoyar unas veces en unos pactos, otras en otros, para sacar adelante algo. No se sabe si va a encontrar, ahora, dónde apoyarse. Los socialistas están henchidos de triunfalismo, y no es para menos: pueden creer que si tienen una oportunidad de gobernar el país, esa oportunidad es ésta. No se sabe cuál es su pensamiento profundo, si querría efectivamente dejar que UCD llegase al fondo del abismo en los próximos meses, o si teme una posible desestabilización contra los «rojos» y los «marxistas» desde fuera del Parlamento y para el caso de que ganase unas

elecciones legislativas. De no ser así, tiene toda la capacidad para hostilizar al gobierno en la Cámara y plantearle temas que reflejen su estado de minoría y sus fracturas internas. Tiene ya la obligación de hacerlo: es decir, tiene la obligación de adoptar una imagen. Todo lo moderado, todo lo posibilista, todo lo coyuntural que quieran sus directores que les parezca conveniente para el contexto mundial y para el español: pero de una claridad absoluta. A la derecha de UCD, Alianza Popular tiene también la sensación justa de triunfo: un triunfo considerable, después del de las elecciones gallegas. Fraga se una marea ascendente en torno suyo, y una marea que va a crecer ahora. Para los que consideran que en Andalucía han ganado -los rojos- y los -marxistas-, pero no pretenden salirse de la legalidad y de la Constitución, Fraga empieza a ser el hombre de recambio, y la derecha aliancista la única solución. Fraga sube sin duda que unas elecciones generales no le darían de ninguna manera una mayoría gobernante; es pronto para eso. Pero sí un gran número de escaños. La disolución de las Cortes podría serle beneficiosa en lo inmediato: a costa de UCD.

Anticipadas o en su fecha constitucional prevista, la proximidad de las elecciones y lo sucedido en Andalucía hacen pensar que en ningún caso será Calvo-Sotelo el que dirija la campaña electoral; y si UCD es prudente -si es algo aún, aparte de un amontonamiento de tendencias y de tras, de ambiciones y de furias- no dejará que sea este mismo gobierno quien dirija la campaña. Ni la figura imperturbable y cerrada de Calvo-Sotelo quien dé el rostro a UCD. Debería estar ya preparando -quizá lo haya hecho- un gobierno de recambio. Pero ¿en qué sentido? El regreso de Adolfo Suárez está siempre en lo posible, pero no en lo probable. Sería una opción hacia la izquierda (dentro de lo relativo); es decir, un regreso a la situación no ya anterior al golpe, sino al pregolpe. El partido timorato no querría plantear ese desafío, pese a que podría suponer una manera de recuperar muchas de las votos de una burguesía desconsolada que ahora, en Andalucía, se ha inclinado por el PSOE. La inclinación, por el contrario, hacia una derecha constructiva -la eterna opción a la que se suele dar el nombre de Landelino Lavilla, tan libre de sospechas de golpe como el que más- chocaría, a su vez, con la derecha de Fraga. Parece desde este observatorio que Fraga es un disparate, que su partido es un disparate y que, más que su programa, sus comentarios continuos -de él y de sus más fieles adherentes- a las incidencias de la vida española resultan bastante temibles. Pero un disparate no es nada ajeno a la historia política de España y la psicología de una determinada derecha; y, además, nadie tiene por qué aceptar esta opinión. Quiere decirse que la tantas veces observada -y ahora más que nunca- tendencia a la bipolarización pasa cada vez menos por UCD; y que en una especie de alianza -que aún podría hacerse- gubernamental entre UCD y Alianza Popular en la que estuviera incluido Fraga, fuera cual fuera la dosificación de ministros y quien correspondiese la presidencia, sería Fraga el que mandase. Por su carácter personal y por la fuerza de su situación parlamentaria y sobre todo electoral.

Evidentemente no hay que abstraerse de una realidad de estas elecciones: que se han celebrado en Andalucía y que han movido a sus electores por intereses andaluces. Lo cual parece contrastar con el hecho, no previsto de la caída vertical del partido andalucista y de la insignificancia de otros grupos regionalistas. Andalucía no ha llegado a fraguar unas -señas de identidad- que tienen las otras -nacionalidades históricas-, a pesar de los deseos y de las cánticos de algunos intelectuales. Andalucía es -o parece sentirse, por el sentido de las campañas y de los votos- una región española con profundos problemas sociales y de desarrollo; parece sentir la necesidad de que sea un partido nacional, dentro de una situación nacional -sin renunciar a sus posibles ventajas autonómicas- el que resuelva las situaciones. Con Andalucía se ha desgastado más que ninguna otra opción política, más que con cualquier tema nacional o regional -incluso más que en el País Vasco, cuya situación es enteramente distinta- el gobierno de UCD: no ha sabido hacerse de una situación que en muchos casos se puede definir simple y llanamente con la palabra -hambre-. Era lógico que cayese aquí. Y todavía sorprende que el pueblo andaluz haya elegido una solución tan relativamente moderada como la que ofrece el PSOE, y que haya subrayado con su escasez de votos las pocas posibilidades de hacer algo, o de atraer algo, del partido comunista y de los minipartidos de la extrema izquierda. Quizá la campaña de los empresarios contra los socialistas haya ayudado a éstos en muchos puntos: les ha radicalizado aun en contra de la voluntad socialista al darles una imagen mucho más avanzada de la que en realidad tienen. Y, al mismo tiempo, se han definido como adversarios de una solución popular. El hubiera lógica la directiva de los patronos que ha comprometido de esa manera a los empresarios -cuando su conveniencia como grupo económico hubiera sido la de buscar un entendimiento con los socialistas que iban a ganar: algo de lo que están intentando los patronos en Francia- tendría que dimitir por las mismas razones que Calvo-Sotelo. Si el PSOE ha sido beneficiado por cómo ha sido pintado por los patronos, Alianza Popular ha sido beneficiada, en detrimento de UCD.

No es por lo tanto demasiado conveniente traducir los resultados de las elecciones de Andalucía a un contexto nacional, en el que probablemente el PSOE no tendría el predominio de escaños que tiene ahora en el Parlamento andaluz; pero sí se ve ya muy claramente una tendencia de voto nacional.

Aquí podría darse por terminada la transición. Sea cual sea el destino de las actuales Cortes y la proximidad de las elecciones generales, sea quien sea el sucesista que sustituya a Calvo-Sotelo, el partido de Gobierno tiene que comprender que debe gobernar con velocidad, entereza y fuerza, porque cada nueva ambigüedad o suspensión le arrebata una urna entera; y la oposición socialista tiene que comprender, también que se le han terminado los tiempos de pactos, consensos o acuerdos, y que tiene que esclarecer su imagen. Ya no le basta con la oscuridad de los ayuntamientos, en los que ha ido generalmente unida a los comunistas. Ahora tiene una región entera; y una región sobre la que se puede volcar toda la hostilidad del poder central. La transición parece haber terminado.

Es indudable que en esta situación se evoque de nuevo el peligro desestabilizador: el riesgo de que el progreso socialista, a pesar del hundimiento comunista, se capitalice en los círculos golpistas y se haga crecer una campaña antimarxista de viejo corte, hasta el punto de la violencia. No parece que sea posible en estos momentos; pero es un riesgo que hay que tener en cuenta. Simplemente, la otra solución puede ser más grave: la de seguir haciendo política a la sombra de la amenaza con la cual, en muchos casos, ha ido perdiendo que el golpe que perdieron quienes lo dieron en realidad lo habían ganado. ■ E.H.T.

FEIFFER

NO ME HAN ENSEÑADO A LEER NI ESCRIBIR EN MI CLASE DE GRAMATICA.
NO ME HAN ENSEÑADO A SUMAR NI A RESTAR EN LA CLASE DE MATEMATICAS.
NO ME HAN ENSEÑADO NI UNA FECHA IMPORTANTE EN MI CLASE DE HISTORIA.

¿Y TÚ TE PREOCUPAS POR MI CLASE DE EDUCACION SEXUAL?
MAMI, ¡ERES UNA OPTIMISTA!

PRIMERO FREUD.
DESPUÉS KINSEY.
DESPUÉS MASTERS Y JOHNSON.

DESPUÉS SHERRY HITE.
DESPUÉS MAS SHERRY HITE.
SABEMOS AHORA MAS SOBRE SEXO QUE CUALQUIER OTRO PUEBLO EN LA HISTORIA.
NO ME TOQUES.

El mundo se cruza en las Malvinas

LA REALIDAD IMPREVISIBLE

EDUARDO HARO TECGLEN

OTRA vez una razón para el «desencanto»: la guerra de las Malvinas. Para el «desapego», como decía Toynbee para describir esa sensación de unas sociedades en determinados momentos históricos –no es una exclusiva de nuestra época– en los que hay una especie de desprendimiento del ciudadano de las acciones y reacciones políticas de la civilización en que está incluido. Una cierta impotencia ante la fatalidad. Coincide con una preparación psicológica que se viene alentando en la literatura, culta y popular, desde hace ya tiempo: el teatro del absurdo, las utopías negativas, la política-ficción, la ciencia-ficción. Todo ese pensamiento diseminado viene a coincidir en unos puntos: la guerra –equivalente a la destrucción definitiva– puede depender de un equívoco, de un imprevisto, de un incidente mínimo, de una incapacidad de control de la lógica y del sentido común sobre determinadas fuerzas. Los dioses ahora no son poderosos y hasta implacables como el tragedia clásica, ni malignos como el mito de los pequeños demiurgos; son simplemente estúpidos y el hombre no puede librarse de esta estupidez. El sentido de estupidez, de insensatez, de falta real de motivación, es uno de los más acusados en este conflicto, el más denunciado por los editoriales de quienes se incluyen, todavía, en el sentido común. Y el paso del tiempo, la medida larga en la que todo se intenta para evitar el final deplorable y en el que todo falla. Entre el primer gesto de esta tragedia, el de la ocupación argentina de las islas el 2 de abril y la batalla de la manga de San Carlos con la instalación de 5.000 soldados británicos frente a los quizá 6.000 reclutas argentinos, han transcurrido 50 días. Cincuenta días en nuestro tiempo son mucho más aprovechables que 50 años en una antigüedad no muy remota. Los mediadores viajan en «jet», conversan por radio y por teléfono de un punto a otro del planeta; los ordenadores permiten una determinada velocidad en la oferta de soluciones, los satélites transmiten la información. Hay un contraste entre esa velocidad y la lentitud antigua con que la flota británica ha ido desde Portsmouth al eje mismo de las Malvinas. Ese contraste, esa desproporción, unidos a la aparente insignificancia de lo disputado, abundan en la sensación de «fatum», de algo inexorable y también inevitable. El ciudadano del mundo no comprometido ve con fascinación cómo se realiza lo no deseado; ve cómo algunos de sus semejantes salen de pronto del desapego, e incluso de la hostilidad y la enemistad hacia sus gobernantes del momento, y se convierten en seres enardecidos y agresivos, con los cerebros blancos de cualquier razonamiento: como los rinocerontes de la famosa obra de Ionesco. Ve también lo que puede ser una imagen de su propia guerra. Como en las famosas palabras de John Donne en el siglo XVII: «Cualquier muerte de hombre me disminuye, porque estoy comprometido con la Humanidad; no preguntes por quien doblan las campanas; doblan por ti»; fueron las palabras que inspiraron la novela de Hemingway sobre la guerra de España, y fueron desdichadamente proféticas.

Es decir, que en un cierto sentido, cuando leemos y contemplamos por la televisión las batallas de fines de mayo en las Islas y en el Atlántico Sur estamos perdiendo un cierto orgullo de la modernidad. Dejamos de ser contemporáneos: nos arrojamos a un pasado que queríamos no volver a ver jamás. Sabemos, palpamos, que la guerra es posible: que la guerra es. Hasta ahora nos defendíamos con cierta insensibilidad eurocentrista: la guerra del Líbano, la de Irak-Irán, los conflictos permanentes de Asia, nos parecían cosas de otros. Ya sabemos que pueden ser nuestras. Entre otras cosas, porque las dictaduras también son nuestras, también están entre nosotros. Ya sabemos lo que sólo suspechábamos: somos vulnerables. Ciertos sentimientos, ciertos nacionalismos, patrioterismos, orgullos, juegos con el honor, odios y desprecios, siguen siendo mucho más antiguos que la fuerza y la precisión de las armas y de las técnicas recién inventadas: y, en un momento dado, esos sentimientos antiguos son los que dan las órdenes a esas armas. Ya podemos pensar que Reagan y Brejnev pueden ser un día como Margaret Thatcher y el general Galtieri. Quizá se están preparando para serlo en estos mismos momentos en que se abofetean mutuamente con propuestas de disminución de los armamentos mutuos en lugar de ofrecer soluciones mutuas para sus conflictos ideológicos, morales, sociales y políticos.

Claro que el sentido de lo estúpido, de lo insensato o de lo arcaico lo estamos aplicando desde que estalló ese conflicto desde una cierta comodidad mental. No estamos implicados. Pero ya comenzamos a estarlo. La realidad de que la tragedia existe y se desarrolla, de que las batallas no son unas grandes maniobras sino que se cobran en seres humanos, nos lleva a abandonar esa falsa superioridad del sentido común que no deberíamos tener (¿no vivimos en un país aplastado entre el terrorismo y el golpismo?) y vamos perdiendo distancias. En una situación estúpida, todo el mundo se vuelve obligatoriamente estúpido, porque vive dentro de ella y tiene que adecuar a las reglas su comportamiento. Podemos ir perdiendo, también, la sensación de la objetividad y de la realidad.

Es difícil olvidar que este conflicto, gravísimo para la estabilidad del mundo, tiene un momento de arranque. El momento en que la Junta Militar Argentina pone en marcha un mecanismo de guerra y ocupa unas islas relativamente próximas a su territorio nacional (mucho más próxi-

LA REALIDAD IMPREVISIBLE

mas, indudablemente, que al país bajo cuya soberanía estaban) y las ocupan, poniendo así en marcha una ideología de la nacionalidad por la proximidad, enormemente peligrosa para muchos puntos del globo, y un mecanismo de reivindicación histórica no menos peligroso, pero muy arraigado todavía en este mundo «contemporáneo» (Israel alude a derechos contenidos en sus textos sagrados y una diáspora iniciada hace 2.000 años). Dice ahora esta Junta que su acción de guerra, en disonancia con la de los británicos, no produjo derramamiento de sangre. Mal podía hacerlo sobre un territorio desarmado, con un grupillo de agentes para conservar el orden interno de una población de 2.000 pastores. ¿Se puede atribuir esta acción simplemente a una «estupidez»? Evidentemente, no. Era simplemente un error de cálculo. Una necesidad aparente para ese propio régimen: la de agrupar junto a él a todos los disidentes, envueltos en una causa nacional, y con una cierta impunidad. Consiguió la primera parte, y ahí comienza ya el asombro de los no implicados, el de cómo es posible que una población diezmada, sojuzgada, privada de libertades comunes, que lleva una lucha clandestina que en la mayor parte de los casos le conduce a la prisión, la tortura y la muerte, y en el mejor al exilio, puede sentirse implicada directamente con ella por una extraña presa reaparecida del pasado. Sin embargo, es así. La segunda parte procedía de lo que puede considerarse un error de cálculo: no pensó nunca la Junta en que Gran Bretaña podría reaccionar aceptando el desafío de una guerra que en teoría parecía imposible. Es un error muy frecuente en la historia, el error del «hecho consumado». Hacer un paralelo con Hitler quizá no sea enteramente lícito; pero Hitler tuvo una política de reivindicaciones territoriales, que fue cumpliendo a base de hechos consumados, y todavía los historiadores y las personas con recuerdos históricos reprochan a Gran Bretaña y a Francia –Chamberlain y Daladier– haber pactado en Munich; y se dice, con la facilidad con que se puede predecir el pasado imperfecto, que de haber sido contenido Hitler en sus primeros movimientos, no hubiera sucedido la guerra mundial de 1939 y el nazismo se hubiera consumido en sí mismo. Uno de los aspectos de esta guerra y de la acción de Estados

«Las facilidades logísticas y el apoyo en material de guerra de Estados Unidos a Gran Bretaña y la inquebrantable decisión de Margaret Tahtcher de seguir adelante, puede decidir muy pronto la guerra con considerables pérdidas para Argentina.»

Unidos favorable a Gran Bretaña es el de la contención de las agresiones o de las anexiones por la fuerza, el de evitar un precedente.

Esta incorporación de Estados Unidos a la guerra británica no fue tampoco suficientemente prevista por la Junta Militar, ni aún cuando Haig les explicó claramente cuál tenía que ser la posición de su país si el conflicto llegaba a ser militar. La Junta debió creer siempre que la amenaza británica y la de los Estados Unidos no se cumplirían nunca: la primera por la imposibilidad física de una guerra en casi los antípodas, la segunda por el compromiso de los Estados Unidos con Latinoamérica, con el anticomunismo y con su respeto a los regímenes fuertes capaces de contener el comunismo. También debió esperar que Gran Bretaña se quedaría sola: sin embargo, la ha respaldado la OTAN –incluso sentando jurisprudencia de que tenía que considerar como propio un tema que afectaba a uno de sus miembros aunque se desarrollase en un país lejano–, y en medida más limitada, la Comunidad Económica Europea, aún con la excepción de dos países que ven reflejados sus problemas en el conflicto: Italia por la enorme migración y por las relaciones antiguas y permanentes con Argentina, Irlanda por su oposición al imperialismo británico que le afecta en su historia y en la actualidad del Ulster. En cambio, la solidaridad latinoamericana ha sido más débil y más equívoca de lo que Buenos Aires esperaba. Se manifiesta de una manera espectacular en Nicaragua y en Cuba; los dos países de la izquierda americana, que llegan a proponer la expulsión de Estados Unidos de la OEA. En cambio Chile está en contra: por la buena razón de que no sabe en qué momento Beagle puede ser vic-

tima, también, de un «hecho consumado» argentino. Venezuela socorre a Buenos Aires: pero es porque quiere recuperar Guayana.

El error de cálculo de la Junta es considerable. Tanto que en lugar de realizar una anexión fácil, impune, capaz de reunir en torno a ella a sus propias víctimas nacionales, a los países latinoamericanos y al tercer mundo, puede perder esta guerra y su Gobierno, y hundir a la Argentina en un verdadero caos. Las facilidades logísticas y el apoyo en materia de guerra que los Estados Unidos ofrecen a Gran Bretaña, y la inquebrantable decisión de Margaret Thatcher en seguir adelante –lo cual no haría nunca aunque sea la dama de hierro, y aunque ahora se altere su remoquete para llamarla «la dama de hielo»– pueden decidir muy pronto la guerra y con considerables pérdidas humanas y en efectivo de la Argentina. Es una eventualidad enormemente grave para ella.

Puede mantener todavía una esperanza propia de Sansón: la de que acudan en su favor, directamente, la Unión Soviética y Cuba. Lo están haciendo, pero dentro de una medida. Con apoyos verbales, con ayudas en materiales considerados como no de guerra para superar las sanciones impuestas –por los puertos canarios pasa ahora un flujo de barcos de mercancías soviéticas en dirección a la Argentina que por lo menos duplican el tránsito normal; y vuelven con trigo argentino, burlando así también la fuerza de las sanciones impuestas a la URSS por Estados Unidos cuando el episodio de Afganistán– y, probablemente con información militar desde sus nuevos satélites y desde la flota supuestamente pesquera que navega por las proximidades del área de conflicto. Pero es difícil que la URSS vaya más allá; y es impensable que desde Cuba salgan los «Mig» soviéticos para combatir la flota inglesa. Si así sucediera, los Estados Unidos invadirían Cuba sin pensarlo mucho más. No se sabe a qué extremo se podría llegar. Pero todo eso, hay que repetirlo, es impensable.

La URSS ha obtenido ya mucho con esta guerra. Ha obtenido la división del mundo de Occidente, y gana con la exhibición manifiesta de esta locura del mundo occidental. Su apoyo a la Argentina puede convertirla otra vez en el país favorito del tercer mundo; precisamente en el momento en que Reagan se ha desplazado de él no solamente por este apoyo a Gran Bretaña, sino por toda su política de condicionamiento de las ayudas y de desprecio a ciertos valores de los derechos humanos. Dispone ahora de un arma considerable de presión sobre Reagan para la celebración de conversaciones de desarme, y de un nuevo alimento para los movimientos pacifistas de Europa y de Estados Unidos. La forma de presentar el tema como una guerra colonial, imperialista, tiene un enorme atractivo. Los pacifistas europeos vienen creciéndose en su protesta por la existencia de bases armadas de Estados Unidos en Europa: son especialmente sensibles al mantenimiento de toda la red planetaria de puntos de vigilancia de la Gran Bretaña, utilizadas cuando conviene por Estados Unidos.

Una gran parte de la izquierda

«Si la Junta Militar Argentina consigue mantener unida la oposición como hasta ahora dentro de la desgracia, llegaría a formar parte de un régimen populista, de corte peruano.»

LA REALIDAD IMPREVISIBLE

mundial comparte ese punto de vista. Tiene alguna facilidad para desprenderse de la poca firmeza de la cuestión histórica y de la cuestión geográfica; la tiene sobre todo para dejarse prender por el tema de enfrentamiento de dos mundos incompatibles, el de una Junta Militar y el de una democracia. Reduce la cuestión al colonialismo y al imperialismo y esa izquierda apoya sobre todo la sacudida anticolonialista. Hay otra izquierda, sin embargo, que no puede abstraerse con esa facilidad y que piensa que la anexión de las Malvinas y la sumisión de un puñado de habitantes a un régimen tan sangriento como el argentino, en una operación dirigida por algunos de los principales torturadores y represores de su propio país de una manera directa, es un hecho propio de una Junta Militar, de una dictadura, que forma parte de su naturaleza y de su idiosincrasia, y que responde al mismo imperativo que produjo el golpe de Estado funesto. La izquierda es un continuo desgarramiento intelectual, sobre todo desde que el mundo es tan complejo en cuestiones de intereses y tan vacío en cuestiones de ideología.

En España la cuestión es todavía más compleja. Hay una posición gubernamental, una de los que están a su derecha y presionan sobre el Gobierno, y otra de la izquierda confusa y angustiada. El Gobierno vive una situación amarga, arrastrado por su tema de Gibraltar, por su solicitud de entrar en la OTAN, por su alianza con los Estados Unidos y, al mismo tiempo por sus obligaciones latinoamericanas. Trata de mantener una neutralidad, pero no puede. Sus mensajes, la tendencia de los medios de comunicación que posee, va hacia la Argentina.

La gran derecha tiene pocos problemas de esta índole. La gran derecha es partidaria de los gobiernos fuertes y de los gobiernos militares. Ha presentado siempre a la Argentina –como Turquía, como Chile– en su acepción de regímenes fuertes, militares, capaces de sujetar un caos nacional y combatir al marxismo, comunismo o como quieran llamar a las fuerzas sociales. El «proceso» por el caso del 23 de febrero de 1981 se ha desarrollado, dentro del salón de audiencias y en los periódicos y discursos afines, precisamente como un estado de necesidad que requería una intervención militar: es decir, lo que justificó, según ellos, el golpe argentino. No tienen el menor pudor en equiparar a las Malvinas la cuestión de Gibraltar, a pesar de que el régimen de que proceden, con toda la fuerza que tuvo, no intentó nunca una solución armada. Su moraleja del caso es ésta: las democracias son débiles, no consiguen hacer imperar la justicia en el mundo y se dejan desintegrar, mientras las dictaduras militares son capaces de mantener el orden y de conseguir reivindicaciones.

Otra gran parte de la izquierda española coincide con esta gran derecha, por razones distintas: porque le parece, como queda dicho antes, que la acción británica es meramente colonialista, y que el conjunto de Gran Bretaña, Estados Unidos y la OTAN forman un frente imperialista. Son estos hombres de la izquierda especialmente sensibles a las opiniones de El Salvador –de la oposición de El Salvador–, de Nicaragua y de Cuba en el sentido de que habría que expulsar a todos los anglosajones del continente latinoamericano: sobre todo, claro está, a los norteamericanos. Puede estorbarles la coincidencia con la derecha por un lado (distintos) y con la URSS; pero a muchos de ellos les estorba, sobre todo, su política internacional coyuntural. Muchos dirigentes de la izquierda, tocados del mismo tercermundismo y el mismo latinoamericanismo que el socialista Mitterrand, se ven al mismo tiempo inquietos por un atlantismo que les parece necesario para su supervivencia. Ni Papandreu ha podido sacar a Grecia de la OTAN. Nuestros izquierdistas no llegarían probablemente al poder, y serían acosados dentro de él si lo alcanzaran, con un programa que supusiera la ruptura del tratado con los Estados Unidos y la abstención en el ingreso de la OTAN, o la salida de ella si España estuviese ya incluida. Viven en una soberana confusión, en una contradicción permanente. No ignoran que sus correligionarios han sido asesinados en Argentina. Pero... Tampoco en Nicaragua se ignora que un contingente argentino estaba a punto –si no había llegado ya– de ir a El Salvador para ayudar a la Junta salvadoreña en su lucha contra las guerrillas y, por lo tanto, para tratar de infiltrarse en Nicaragua y destrozar su régimen; sin embargo, no vacilan ahora en ponerse al lado de la Junta argentina. Porque creen que lo que están combatiendo es clara y simplemente la intervención de los Estados Unidos en su propio país y en otros países latinoamericanos.

Puede pensarse, sea cual sea el desenlace de una guerra que no puede tener el clásico de una guerra antigua (que sería el de la destrucción y ocupación de Argentina por el bloque angloamericano, en un caso; o la evicción de estos de las islas Malvinas y la destrucción de flota y los soldados ingleses), en la eventualidad de una nueva política general en Latinoamérica: si la Junta Militar argentina, en lugar de caer y escapar, como podría ser el resultado de una derrota eventual, consigue mantener unida a la oposición como hasta ahora dentro de la desgracia, llegaría a formar una especie de régimen populista, del corte del peruano –que no en balde procura mediar en un sentido favorable a la Argentina– y que, utilizando unas previsiones demasiado largas, podría extenderse por el continente. Unos regímenes nacionalistas, pero con un nacionalismo latinoamericano, con regímenes fuertes, con una colaboración sindical. Lo que ese tipo de regímenes pudiera acercarse a un fascismo a la italiana, a un corporativismo del corte del que se trató de imponer en España, podría estar matizado por una cierta modernidad de conceptos y por una suspensión de las represiones. Puede que esa salida inquiete más a los Estados Unidos que cualquier otra. Los regímenes «ni de izquierdas ni de derechas», alentados por una recuperación de sus propias riquezas, con sus clases sociales más desfavorecidas entretenidas en nuevas vías de acceso a la gobernación, con sus intelectuales entregados al canto nacionalista, podría cambiar radicalmente el panorama. Si esas soluciones estuvieran favorecidas por la URSS, o utilizadas por ella para su eterna disputa del mundo, el cambio sería mucho más considerable.

Es, probablemente, una fantasía. Pero el mundo es imprevisible. Era imprevisible hace dos meses este enredo de las Malvinas; era imprevisible esta unidad, obligatoria o forzada, o apoyada en términos que nadie puede discutir, de la Junta argentina con sus propias víctimas. Era imprevisible que el pueblo británico siguiera con esta fidelidad a Margaret Thatcher, hasta el punto de que los que están en contra de la acción de guerra se quedan en minoría (una minoría que, afortunadamente, puede expresarse, declarar su inconformismo, tratar de arrastrar a la opinión pública hacia su sentido común). Al ser imprevisible lo que sucede en la realidad, resulta previsible cualquier fantasía. ■ **E.H.T.**

YO, DON NICO, DEMOCRATA
(de toda la vida)

ROMEU

ALUMNOS Y PROFESORES

LAS TRIBULACIONES DE UN «ALMA MATER»

RAMIRO CRISTOBAL

UN buen día, la Universidad española se levantó de un largo sueño, intentó coger la ropilla y ésta resultó tener el ceño fruncido, segundos antes de desvanecerse en el aire. Así, aquel *alma mater*, aguerrida y terrible, descubrió que algo se le había roto por dentro.

Nada volvió a ser como antes. Los jóvenes cachorros de la revolución, que pasaron por los años sesenta perdiendo miedos y prejuicios a toda prisa, se encontraron con una triste calvicie incipiente y con mucha más pena que gloria. Sus maestros liberales, sus maestros demócratas, sus maestros socialistas, se marcharon hartos o se escondieron llenos de miedo. Cuando murió el hombre de la casa, el caballo y la pistola, hubo un silencio como por espacio de media hora. Después no se oía más que «No es eso, no es eso».

¿Quién lo hubiera dicho? Unos pocos años antes se pensaba que un país gobernado por el pueblo debería estar sometido a la razón y que ésta debía tener su cuartel general en la Universidad. Los estudiantes habían dado la vuelta al aparato propagandístico franquista con la mirada puesta en el futuro. En Políticas se leía desesperadamente mucho más allá de los textos académicos; día vendría en que los conocimientos autodidactas servirían para ponerlos a disposición del pueblo. Y en Económicas se creía en la planificación, la racionalidad y las nacionalizaciones. Y en Derecho, en un nuevo Código Civil y Penal; y en Arquitectura, en una hábitat más humano, y en Biológicas, en un nuevo hombre y una nueva naturaleza. Al final, todo se quedó en una suave nostalgia de tiempo perdido.

Hoy, según nos dicen, es muy difícil creer en algo que no sea la propia supervivencia. Tácitamente, se piensa que el que quiera hacer política que se vaya a hacerla a la calle. Los pasillos están llenos de jóvenes de buena familia, —más o menos las mismas de antes— que rumian su mala estrella, sin grandes sobresaltos político-policiales.

Y, sin embargo, estudian más en una Universidad académicamente más competente que la de sus mayores. Muy pocos de ellos, como suele suceder en estos casos, tienen la más mínima idea de lo que hubo que luchar para poner medianamente boca arriba el peor caos cultural que puede imaginarse. Y, seguramente, si lo supieran tampoco tendrían mucho que agradecernos por lo que les hemos legado.

De lo que sí se dan cuenta es de que, por mucho que se esfuercen, van a tener que sudar sangre para conseguir un empleo. Hoy, el gran drama de la Universidad española es la contemplación sádica o masoquista de esos jóvenes que sin esperanza ninguna se esfuerzan por ser buenos muchachos y aprobar a la primera. Y cuanto más prisa se den en acabar la carrera, antes se darán de bruces a boca con el paro inexorable.

En cuanto a sus profesores son también mejores en casi todos los casos. Investigan con seriedad y en muchos casos están a la altura de cualquier Universidad del mundo. Cerrando los ojos al mundo que les rodea, exigen a sus alumnos. Y vaya usted a saber cómo tranquilizan sus conciencias. Y cómo las tranquilizarían si no lo hicieran así.

En fin, sobre aquellos estudiantes de los sesenta, que prácticamente no tenían Universidad, y éstos de ahora, que lo único que tienen es precisamente eso, ha pasado el rasante de quince años de baches y sinuosidades. Los lumbres que contribuyeron a cambiar este país desde la Universidad fueron poderosos motores que se agotaron en su propio impulso; los universitarios de los ochenta son, casi siempre, hermosas carrocerías, sin energía motriz. Y así son las cosas.

Con los libros bajo el brazo

Esa Universidad española que trata de recuperar su identidad perdida, tiene nombres y apellidos. Son sus miles de alumnos, la juventud en principio con más posibilidades de actuación sobre la sociedad, la que debe ser conocida. Precisamente para tratar de ella hemos hablado con algunos de sus profesores, personas de muy variado talante ideológico y profesional que, sin embargo, curiosamente, han mantenido posiciones muy similares en determinados asuntos. Han sido éstos:

— Salustiano del Campo Urbano, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense.

— Cayetano López Martínez, profesor agregado de Física Matemática de la Autónoma de Madrid.

— Fernando González Bernáldez, catedrático de Ecología en la Facultad de Biológicas de la Autónoma de Madrid.

— Juan Velarde Fuertes, catedrático de Estructura Económica de la Complutense.

Los universitarios de los sesenta

Algunos de los profesores entrevistados eran estudiantes en los conflictivos años sesenta; otros eran ya catedráticos. Sus recuerdos de esa época son significativos por demás, aunque, por lo general, declaran que el grado de conflictividad de la Universidad española fue creciendo paulatinamente hasta la muerte del dictador, sin que el año de 1968 sea el punto álgido ni mucho menos.

«Yo regresé de Estados Unidos a principio de los años sesenta y ya, desde entonces, estuve ligado a la Facultad de Ciencias Políticas que por la propia naturaleza de sus estudios tenía un alto grado de politización, más aun que la Facultad de Derecho, que ya lo tenía alto. En Madrid, y por esa época, a pesar de que ya apuntaban las tensiones, aún se mantenía un ritmo de trabajo importante» (Salustiano del Campo).

«En mi especialidad de Física y Ma-

«Aquellos estudiantes de los sesenta prácticamente no tenían Universidad y estos de ahora lo único que tienen es precisamente eso.»

seriáticas, en la Facultad de Ciencias en general, el sentimiento que teníamos los estudiantes, por este tiempo, era de que los profesores no valían nada. A veces injustamente teníamos la impresión de que sus enseñanzas eran obsoletas y sin interés. Así pues, los estudiantes tratábamos de superar, por nuestro propio esfuerzo, lo que no se nos enseñaba» (Cayetano López).

«Biológicas tuvo una época de autenticidad vocacional. En los años sesenta había por lo menos un grupo de cierta importancia que estudiaba con gran ilusión. Sin duda se pensaba que era bueno ejercer de científico y que esto contribuía, de alguna manera, a la mejora de la sociedad. Era, por así decirlo, un ejercicio de acuerdo entre la conciencia ética del individuo y su futura profesión. Hubo por aquella época, más o menos, estudiantes tan destacados hoy como García Bellido o Miguel Morey» (González Bernáldez).

«Yo gané la cátedra de Estructura Económica en la Universidad de Barcelona en 1960. Cuando llegué allí, por cierto que el delegado de curso era Ernest Lluch, me encontré con un grupo muy crítico, muy radicalizado si se quiere, pero también muy serio a la hora de trabajar. Se daba el caso de que los hombres que más se distinguían en su oposición al régimen eran gente que estudiaba más y mejor que los demás. A través de seminarios y trabajos enriquecían sus estudios de manera apreciable. Ocurrió, además, algo muy importante: apareció el sentimiento de utopía, que hoy se ha perdido. En aquel momento, se veía no sólo un desarrollo considerable, sino, además, la posibilidad de hacer algo, de producir un cambio en la sociedad. De hacer algo nuevo, de modelar el mundo como mejor supiéramos» (Juan Velarde).

La oposición al franquismo

Aquella generación del sesenta tuvo un denominador común: su oposición decidida a la dictadura, y dentro de la Universidad, al Sindicato Universitario (SEU). He aquí cómo nació ese fermento de rebeldía en los universitarios de la época.

«Los estudiantes de los sesenta, se decían a sí mismos, sin duda, que estaban ante un período histórico: "Vamos hacia la aurora —pensaban—, vamos a construir una sociedad nueva, algo radicalmente nuevo." Aun la gran masa menos politizada se unía a la protesta y a la contestación, porque de alguna manera participaba de este sentimiento» (Juan Velarde).

«En Barcelona me encontré que nacía de manera bastante aguda el conflicto contra el SEU. Y desde dentro, porque el jefe del SEU en aquella época era Narcís Serra, hoy alcalde socialista de Barcelona. También eran estudiantes o profesores jóvenes, personas como Ernest Lluch. Quiero decir que, por entonces, existía en Barcelona una politización entroncada con una conciencia nacionalista. Cuando volví a Madrid en 1967 ya había grandes problemas; un año más tarde dimitía Lora Tamayo en Educación y se le da el cargo a Villar Palasí. Sus medidas para salvar la situación tuvieron gran repercusión en el futuro y no desde luego positiva» (Salustiano del Campo).

«Había una gran ilusión por aprender. Muchos tuvimos que ir al extranjero durante el verano y comprar libros relacionados con la Física o las Matemáticas: Einstein, Rusell, lo que fuera. Luego volvíamos y enseñábamos a los compañeros lo que se leía por allí fuera y lo que no nos enseñaban a nosotros» (Cayetano López).

EL CUADERNO DORADO

Hijos de la burguesía

«El origen social de los estudiantes fue una de las reivindicaciones de los estudiantes en los años sesenta. Se quería una Universidad más popular abierta a los hijos de los trabajadores aunque paradójicamente esta protesta era llevada adelante por los hijos de la burguesía. Con el tiempo se ha conseguido en parte aunque desde luego no del todo.

»Hasta los años sesenta los estudiantes se dividían en dos grandes grupos: los hijos de la burguesía acomodada que querían sacar un título por prestigio de clase y los jóvenes pertenecientes a la clase media baja que se orientaban hacia las oposiciones. Con la prosperidad de los años sesenta ocurren varias cosas: la primera es que las oposiciones pierden importancia ante la mayor facilidad para encontrar trabajo, la segunda es el enorme aumento de las mujeres estudiantes. En realidad provenían de las mismas familias pero ahora ya no sólo iban los chicos a la Facultad, sino también sus hermanas. Así pues, estas tres características socioeconómicas caracterizan la Universidad de los sesenta: mayor facilidad en la colocación feminización y lucha contra el régimen que con el tiempo y a través de complicados mecanismos, acaba por enmarcarse en lucha contra los profesores numerarios y particularmente los catedráticos» (Saluciano del Campo)

«A Física y Matemáticas venían gentes de extracción más humilde que a otras carreras. Para empezar muchos de los que seguían estudios de Exactas eran «rebotados» de Ingeniería. Si allí no les «admitían terminales» por pasar a nuestra Facultad. Solía ser gente que había sido buena en matemáticas durante el bachillerato y que por una u otra causa no se dejaba seducir por el prestigio de las escuelas especiales. En mi opinión ni antes ni ahora vienen a la Universidad los hijos de obreros manuales. Por entonces íbamos los hijos de la pequeña burguesía cuyos padres eran maestros pequeños industriales médicos y algunos procedían de zonas rurales, aunque su padre tuviera allí algún dinero» (Gayetano López)

«Biológicas tuvo siempre un cierto prestigio como Facultad liberal. Por ciertas razones se consideraba que había sido el feudo de la Institución Libre de Enseñanza y se pensaba que de alguna manera constituía la tradición. Yo tengo dudas de que hoy las teorías sociales derivadas de la biología sean progresistas, pero en aquel tiempo, en España sí lo eran sin duda. Ante una sociedad anticientífica y supersticiosa aparecía como una disciplina hacia en la que se estudiaba por ejemplo a Darwin. Algunos compañeros míos, que eran curas decían que estudiaban Biológicas para refutar mejor a Darwin» (González Bernáldez)

Los padres del 68

Aunque se suelen considerar los años sesenta como los de mayor actividad en la contestación estudiantil el testimonio de los que vivieron la Universidad de los años cincuenta puede ser interesante. Fueron esos estudiantes los que cuando llegó la década siguiente la vieron pasar desde sus nuevas de profesores o catedráticos.

«Yo empecé Económicas el año de su fundación. Éramos mil matriculados en primero entre los cuales había de todo era un lugar pequeño. Allí había un rector de Universidad Sabino Álvarez Gendín, de Oviedo; coroneles del Ejército, abogados y profesionales de otras ramas. El que más o el que menos se había acercado a Económicas para obtener un título más o a ver qué pasaba. El inolvidable Valentín Andrés Álvarez decía, en broma que la gente se había matriculado porque había una cola. Eran los años de escasez y la gente tenía el reflejo condicionado de ponerse a todas las colas que veía al paso. Así que percibieron una cola ante una ventanilla y acabaron de estudiantes de Económicas» (Juan Velarde)

«Yo puedo recordar bien cómo eran los estudiantes entre 1948 y 1955. Eran cursos muy masificados y había muchas dificultades para seguirlos, pero a partir de los años cincuenta y pocos entra gente joven e valiosa. Yo me fui en 1955 y no pude presenciar los sucesos de febrero de 1956 cuando la Universidad española sufre un choque político fundamental. A partir de entonces las cosas variaron y ya no volvieron a ser lo que eran» (Saluciano del Campo)

Lo que pasó después

A medida que se acerca la muerte del general Franco la Universidad se radicaliza, la gran ruptura viene con la aparición de la democracia. Esta es la explicación del proceso.

«En España el año de 1968 no tuvo gran importancia. Posteriormente, la lucha seguirá hasta 1975 y en mi opinión son fechas mucho más importantes para la Universidad las de 1956 o la del encierro en el convento de los Capuchinos de Sarriá que creo fue en 1966 ó 67. Lo que ocurrió durante los años que hablamos fue lo siguiente: se había creado a partir de la ley de Villar Palasí, el cuerpo de profesores no numerarios, que por su edad y condiciones se hallaban más cerca de los alumnos que de los profesores. Ellos fueron realmente la vanguardia de la lucha estudiantil eran sus líderes. Tras la muerte de Franco el movimiento de PNN se debilita mucho. Unos, por razón de edad ganan oposiciones a cátedras, y otros entre los más valiosos, pasan a la política activa. Eran profesores (no sé si sigue dando alguno clase) personas como Bofill del PSOE, Curiel del PCE, Herrero de Miñón que ha sido de UCD - Jorge Verstrynge de AP, por poner algunos ejemplos. Así con esta disolución del cuerpo de PNN el movimiento estudiantil sufrió considerablemente» (Saluciano del Campo)

«Yo tuve enormes problemas como estudiante y luego como PNN. Eran los tiempos de Julio Rodríguez, primero rector y luego ministro. Cuando era PNN fui uno de los expulsados de mi Facultad. Yo me fui a Francia y volví en 1975 pero sé que hubo unos años muy malos académicamente hablando, a fines del franquismo. No se daban apenas clases y había que dar aprobados generales. Así los alumnos se colocaban en tercero o cuarto y ya no les iban a no aprobar. Los años entre 1974 y 1977 fueron malos científicamente hablando, y es cierto que el movimiento de PNN se disolvió, pero yo no creo que los profesores no numerarios fueran la vanguardia de la inquietud estudiantil sino al revés que los estudiantes más inquietos se hicieron PNN» (Gayetano López)

«En 1974 tanto los profesores como los alumnos vivieron un final momento. Respecto a los primeros no se sabe por qué hubo una brusca caída en las ayudas para investigación que acabó con el poco espíritu que aún quedaba. Respecto a los segundos se encontraron con un fuerte ascenso y con el principio del fantasma del paro que acabaría en pocos años, con sus sueños. Fue una época terrible de la que apenas nos estamos recuperando» (González Bernáldez)

Los universitarios de los 80

Hay que reconocer que los profesores no ven con malos ojos la Universi-

«En España, el año 68 no tuvo gran importancia; posteriormente, la lucha seguiría hasta 1975; son fechas mucho más importantes para la Universidad las de 1956 o la del encierro en el Convento de los Capuchinos de Sarriá. El cuerpo de profesores no numerarios fueron realmente la vanguardia de la lucha estudiantil.»

dad de los años 80. A pesar de lo que suele pensarse es una Universidad en la que unos años de tranquilidad social han conducido a un mayor nivel intelectual y científico y a una normalización de la vida académica.

«Ahora, como siempre, hay dos grupos de alumnos. La mayoría, que estudia para conseguir un aprobado, y el grupo especial, que a partir de unas inquietudes intelectuales y políticas, ahora centra su aspiración en ser un buen técnico comercial del Estado o un buen agente de cambio y Bolsa. Hoy está alejado de inquietudes sociales y adopta un talante un poco cínico, al estilo de los viejos filósofos» (Juan Velarde)

«La Facultad de Biológicas es, posiblemente, en una de las que más se manifiesta el paro. Esto es algo que marca a la Facultad y que se traduce en una actitud resignada por la que se sabe que al terminar la carrera no vas a poder, probablemente, trabajar en ningún sitio» (González Bernáldez)

«Hoy la Universidad es mejor, académicamente hablando, que lo ha sido nunca. El nivel de la enseñanza y de la investigación es mucho mayor. Creo que hay menos inquietudes y que muchos estudiantes no saben para qué estudian, pero hay que reconocer la realidad de las cosas» (Cayetano López)

«Yo no creo que los estudiantes militen en ningún partido político. Es más, opino que convertirse en visible y ridículo el que alguno de sus compañeros lo haga. Tanto si es en el PSOE y mucho más si es en UCD» (Juan Velarde)

«Hoy, los estudiantes estudian y lo hacen como no lo han hecho nunca. No quiero decir que lo hagan mejor porque los de los años 60 eran gente que sabían para qué estudiaba y los probablemente no. Los de ahora son, si se quiere, más rituales pero ya no vestean, y aunque son pasivos ya no se dejan dirigir. Por cierto que ante la dramática situación de paro han vuelto a ponerse en auge las oposiciones» (Salustiano del Campo).

«Los estudiantes estudian mucho. La gran tragedia es que a los mejores de cada curso apenas podemos ayudarles a realizar una tarea de investigación. En mi Facultad el número de becas anuales no pasa de dos o tres para más de un millar de alumnos» (González Bernáldez)

El trauma del paro

Según los cálculos más benévolos un 12 por 100 de licenciados no encuentra trabajo. Porcentaje que se acentúa, notablemente, en ciertas facultades. Si el desencanto político es visible, la aparición del paro ha terminado de hundir las esperanzas de los estudiantes.

«Poco a poco los estudiantes van teniendo una conciencia más clara de la contradicción que existe entre estudiar y luego no tener salida laboral. Por eso en la década de los ochenta tendrá que ocurrir algo. Así no se puede continuar y hay que tener algún mecanismo de control para que los estudiantes entren y salgan de la Universidad. Hoy, los universitarios tratan de vivir de subempleos o, como ya he dicho, han vuelto a las oposiciones. Cuando esto quede también desbordado ya no se qué harán» (Salustiano del Campo)

«Esta es una situación podrida. Los estudiantes estudian y los profesores les exigimos. Pero luego todos tenemos que reconocer que no hay salidas. Por otro lado, las becas disminuyen año tras año y casi el único vivero de colocación es la propia Facultad, con lo que se produce el absurdo de que estamos formando gente en la Facultad que se queda en ella, con lo que no se enriquece en absoluto la sociedad». (Cayetano López)

«Yo, a veces, cuando estoy explicando, me pregunto para qué sirve lo

EL CUADERNO DORADO

que estoy haciendo, que vamos a sacar aquella gente que me escucha (los alumnos) y yo de estudiar aquellas cosas. La verdad es que me consuelo pensando que es absurdo que esto continúe siendo así y que algún día tendrá que cambiar. Te planteas que esta situación irracional es coyuntural, aunque veas que la dimensión de la tragedia hoy por hoy es tremenda» (González Bernáldez).

«Esta es una situación podrida: los estudiantes estudian y los profesores les exigimos, teniendo que reconocer que, de todas formas, no hay salidas.»

Así ven la Universidad

Resulta interesante la visión que los catedráticos tienen de su Universidad. Es particularmente significativa la progresiva conciencia que tienen de las relaciones con la nueva Administración democrática.

«En la Administración no hay quien se ocupe de nosotros. Ni siquiera quien tenga interés o conocimientos suficientes para potenciar la investigación en Física Matemática. Desgraciadamente los políticos que proceden de nuestro campo están a muy poco nivel científico. Por ejemplo Sancho Rof es físico no es porque haya sido ministro, pero ya de antes no se le consideraba como científico» (Cayetano López).

«La Administración no se toma en serio la Ecología. Lo más que hay, es un cierto esnobismo de demostrar interés por la naturaleza y por el medio ambiente. Aquí se hace una política ecológica de esperpento. Nada se traduce en realidades. Yo creo que las autoridades no sólo tienen miedo de enfrentarse a determinados intereses económicos o industriales, sino que les falta convicción propia» (González Bernáldez).

«Desgraciadamente yo no creo que la democracia haya traído interés por mejorar la Universidad, sino por controlarla. Hoy, la Universidad ha dejado de ser un lugar que genere política para convertirse en objetivo político de los partidos. De hecho la LAU es una ley para poseer o repartirse la Universidad» (Salustiano del Campo).

«En este momento, el paro, las tensiones económicas en general, han hecho que los alumnos estén tan preocupados en su supervivencia que se han despreocupado de lo demás. En cuanto a los profesores centran su preocupación en problemas de organización. Ahora, la Universidad se está mirando tanto en sí misma, que tengo mis dudas de si está dando ideas atractivas que sean válidas para la vida del país» (Juan Velarde).

«La característica general de la Universidad es su heterogeneidad. Hay universidades de nivel excelente junto a otras decimonónicas. Y dentro de una misma Universidad, facultades con niveles y características también de gran diversidad. Profesores muy modernos y progresivos coinciden con hombres de otra época. Esa es a mi juicio la característica fundamental de la Universidad española: su enorme heterogeneidad» (González Bernáldez). ■

DE PROFESION UNIVERSITARIO

La profesión de universitario, docente y discente, es hoy oficio a ejercer con la fe del carbonero. Resulta curioso que, por lo que yo conozco, los profesionales de este país, de hace cinco siglos o de ahora mismo, tienen la clara sensación de vivir en un caos cuidadosamente mantenido. En la serie de reportajes que he venido haciendo con el título de «El cuaderno dorado» tanto los médicos, como los policías o los catedráticos dicen que realizan su labor a nivel individual y con la clara conciencia de que nunca será apreciada y difícilmente apoyada desde el poder político o la propia sociedad.

Los médicos creen que la organización sanitaria es demencial, pero curan a quien pueden; los policías gruñen contra el Ministerio del Interior, pero detienen a los delincuentes que pueden; los catedráticos saben que la Educación superior no vale nada, pero siguen enseñando.

Este es un país imposible, en el que todos tenemos alguna culpa, pero en el que la mayor parte de ella corresponde al poder. A ese entramado de poderosos del dinero y la influencia que parecen estar siempre tan ocupados en sus propias cosas que suelen olvidarse de lo que deben a los demás.

Hoy por hoy, ya queda dicho, los estudiantes universitarios tienen un doble camino y ambos cegados. El primero es el del compromiso social y político, del que se sienten desilusionados. El segundo es el de la promoción profesional, vía horas de estudio. Y éste está cortado por el paro y la crisis económica.

Por lo que se refiere a los profesores deben hacer diariamente examen de conciencia para poder seguir adelante. Claro está que los duelos con pan son menos y muchos catedráticos reúnen sustanciosos emolumentos a fines de mes. Otros, en cambio, dedican toda su actividad a dar sus clases y a investigar; en este caso, los sueldos son relativamente modestos y habría que creer que sus satisfacciones espirituales compensaban la diferencia.

Habría que creerlo si fuera posible admitir como reales cosas tan loables como la huella que deja uno en los demás y la contribución al progreso.

Por lo demás, los profesores pasan largas horas de su vida luchando con los interventores para que les concedan quinientas pesetas de los fondos de investigación. Un billete de tren para ir a una ciudad vecina puede ser la guerra de la burocracia.

Y esta es, punto más o menos, la historia de una profesión que siempre ha estado entre ceja y ceja del poder. Por algo será. ■

EL CEMENTERIO DE AUTOMOVILES (VIVOS)

FRANCISCO UMBRAL

El hombre se reconoce en sus objetos.
(Marcuse)

La autopista no es sólo el camino asfaltado, racionalizado y legible para ir de un sitio a otro. La autopista, que permite grandes velocidades en automóvil, es el sitio donde el hombre actual se realiza (por tanto, se manifiesta). Hay ya mucho cine de autopistas, desde «Dos en la carretera» hasta la muy reciente «A contratiempo», española. El cine, imaginación de la máquina, comprendió pronto cómo la autopista es un texto desenrollable que explica al ser humano. Desenrollable, sí, como ciertas escrituras de la antigüedad. El hombre, a medida que conduce y acelera, va descifrando fruitivamente el texto de la autopista (indicativos, direcciones, señalización; Dámaso Alonso me ha dicho que es correcto «señalización»). A su vez, la autopista va descifrando al hombre que viajando se hace más veloz, más agresivo, más impaciente, más relajado, más crispado y más espontáneo o *abierto*. Entre el hombre y la autopista, el coche.

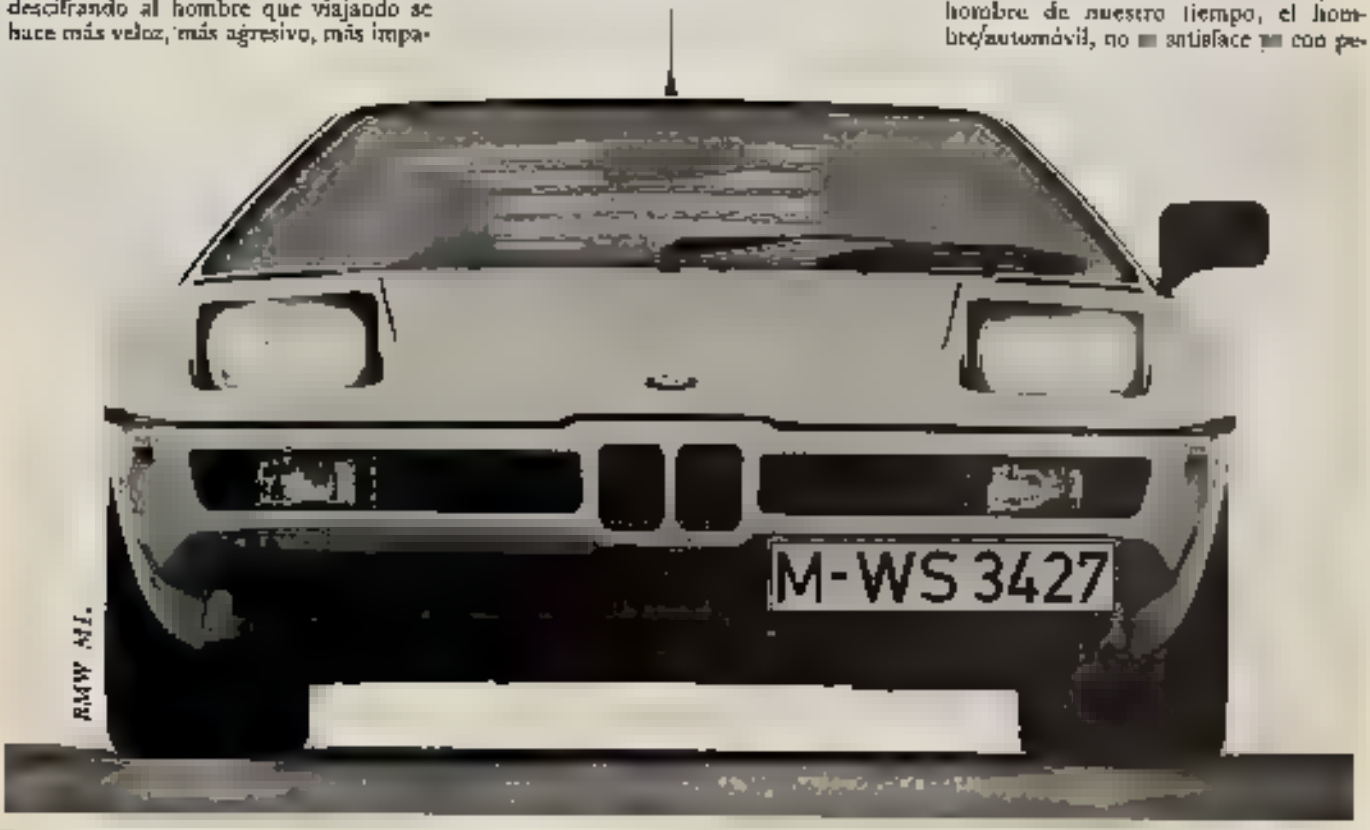
El coche como pluralidad

En un mundo rico en ofertas (pero todo reunido en la unidad comercial del hipermercado), el coche —sus frecuentes exposiciones, sus abundantes mercados, sus características y precios— resulta de una riqueza opcional que ya en sí es regestiva y liberatoria.

El mercado del automóvil, caro o barato, se ha organizado como un mercado en libertad, de elección caprichosa, para el hombre hecho y con dinero disponible (entre los cuarenta/cincuenta), que es el hombre que ya no puede, apenas, cambiar de familia, de esposa, de vida, de empleo, de ciudad, de clase, y entonces se salva un poco (sin saberlo) cambiando de automóvil. Tengo un amigo muy cercano y entrañable que, por mejorar de coche, se ha ido a Alemania, ha comprado un último modelo alemán de algo, ha movido toda la burocracia al efecto y se ha venido de Hamburgo conduciendo su automóvil nuevo, poderoso y europeo, rozando media Europa con el codo que saca por la ventanilla:

—Maravilloso, oyes, es el paraíso.

¿Qué es el paraíso: la ida, la vuelta, el viaje, el coche, la soledad, la independencia, la libertad, el ocio? Todo. La aventura del coche. El dice que así el coche le ha salido más barato, pero ambos sabemos que eso es la coartada económica. (No recuerdo ahora si Marx, que lo explica todo, lúcidamente, como coartada del dinero, ha explicado, a la inversa, el dinero como coartada del todo.) El hombre de nuestro tiempo, el hombre/automóvil, no se satisface con pe-



FERRARI 308 GTBi.

dir un coche extranjero por teléfono y que se lo manden en barco a un puerto español. Necesita recoger el automóvil en su origen, como la novia a la puerta de casa y no en un café cualquiera, para una mayor identificación.

Entre los muchos automovilistas que viven hoy la aventura de mi amigo, adivinamos lo que ellos mismos no: que un jirón de Alemania (o de Francia o de Italia) se ha venido con ellos, para siempre, en el coche extranjero y propio. Ese automóvil estará ya aureolado por aquel viaje inaugural, que tuvo mucho, no hace falta decirlo, de viaje de novios.

Los faros y las millas

Se estrellará nuestro parabrisas
de faros y de millas.
(Gerardo Diego)

Los jóvenes parados y pasotas españoles que hacen la misma ruta de mi amigo, pero con coches viejos que luego revenden en Africa, sacándose una pasta para drogas o comida, también viven la sobregratificación del automóvil y el viaje, como el que roba un coche burgués para el fin de semana. «El hombre se reconoce en sus objetos», sí, pero el hombre joven, sin mucho sentido de la propiedad, también puede reconocerse en los objetos de los demás.

En mi primer viaje a Amsterdam vi racimos de bicicletas municipales a disposición del personal, que las cogía y dejaba según su conveniencia y trabajos. Creo que esto llegará a ocurrir en toda Europa con el automóvil y, de hecho, los ladrones de *fuga/fin de semana* se están anticipando a la socialización del coche.

También las malas costumbres hacen ley.

Turbo, Ritmo, Crono, Ronda, Opel, Race, Jarama, Copa, Alfasud, Hocken-

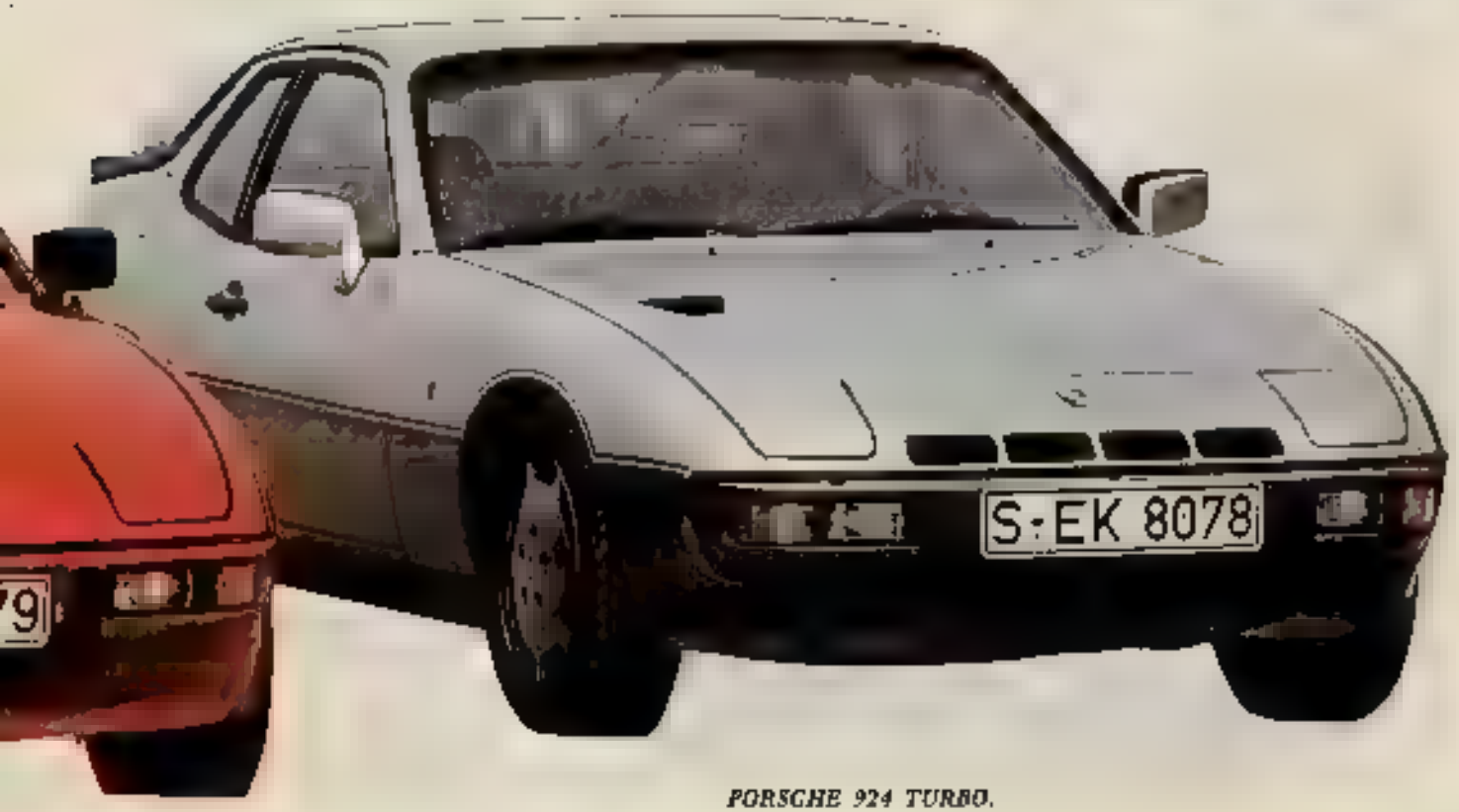
EL CEMENTERIO DE AUTOMOVILES (VIVOS)

heim F2 y biplazas: estos nombres, estas mayúsculas, son la mitología de hojalata del automovilista de ahora mismo. Sabemos que el símbolo es el lenguaje del hombre desbordado por los datos. Hay ya demasiados datos sobre coches en el mercado. El consumidor sólo puede asumir/resumir eso haciendo del coche un símbolo: ya lo es.

Pero la verdad última o primera la dicen siempre los poetas, y en este caso mi entrañable Gerardo: «Se estrellará nuestro parabrisas/de faros y de millas.» Mientras escribo este artículo, Villeneuve, piloto de F-1, muere tras un gravísimo accidente en Bélgica. Le sacaron del Ferrari prácticamente muerto. Gilles Villeneuve, cuya última victoria fue en el Jarama madrileño, era joven y predestinado como un personaje de Proust (hasta en el apellido), como un Saint-Loup del automovilismo.

Estas muertes no muy frecuentes, pero sabiamente goteadas por la actualidad, llegan a pregnar sutilmente de grandeza y riesgo, de emoción y fama la epopeya doméstica del señor que se compra un ciento veintisiete.

BENTLEY MULSANNE.



PORSCHE 924 TURBO.

EL CEMENTERIO DE AUTOMOVILES (VIVOS)

El coche invade el hogar

Y lánguidas muchachas saliendo de automóviles.
(Pedro Salinas)

La relación con el coche es un vodevil en dos actos. Primer acto: el coche invade el hogar. Segundo acto: el hogar invade el coche. Vamos con el primer acto. Es cuando el automovilista con automóvil nuevo (primero o segundo) madruga los sábados, abandona el lecho conyugal (más conyugal que nunca el sábado por la mañana), para bajarse al garaje a lavar el coche.

Ese funcionario en ciernes (las jóvenes rojillas los odian, según me explica una de Majadahonda) que abandona a una esposa propicia y tibia de sueños hebdomadarios, no para engañarla con otra ni con otro, sino con él, con *El*, con el coche.

Yo he madrugado para verles.

Lavan el coche, lo friegan, lo repasan, embellecen los embellecedores, lo pulen por fuera como un zapato dominical (ahora, en domingo, se llevan las playeras de los hijos: el domingo nos rejuvenece tristemente). Y, por dentro, lo limpian de prospectos, plásticos de bocaditos, restos de dossieres definitivos que ya no definen nada. En una gran película de la serie negra, recuerdo que un gángster le decía a otro, refiriéndose a un tercero, que siempre estaba abrillantando su pistola:

—Es un caprichoso [illegible] arma

Son unos caprichosos del último capricho que les ofrece la vida: el coche. Unos sueñan con lánguidas muchachas saliendo de automóviles (de su automóvil), sin haber leído a Salinas. Otros, los legítimos del automóvil, lo limpian y acrisolan por sí mismo. Lo aman. Se reconocen en él. Es [illegible] símbolo, el diseño, la imagen italiana (Leonardo al fondo, sin que, asimismo, lo sepan) de su situación social, de [illegible] entidad/identidad, de lo que sólo de chandal para adentro se atreven a llamar «su triunfo». Y hay unos terceros, un tercero, que arregla el coche como una prolongación del hogar, que «hace» el coche como [illegible] esposa, allá arriba, está «haciendo» la casa.

Este último automovilista [illegible] un matrimonializado sin remedio, un irrecuperable, un irredento, pero luego nos servirá de hombre/bisagra como paso a la invasión del automóvil por el hogar.

Mitologías

Dragón primero: Dicen que hay unos monstruos poderosos, llamados caballeros andantes, que van por misión encontrarnos, a los dragones, y matarnos.
Dragón segundo: Paparruchas, leyendas, mentiras. Los caballeros andantes no han existido nunca.
(Tolkien)

Lo que no está claro, ni para Tolkien ni para mí ni para el señor de los anillos, es si el automóvil es dragón, caballero andante o qué.

En todo caso es una mitología. El automovilista, «el vicioso del arma» (el auto es un arma), corre mucho, como el caballero andante, corre mundo, como si tuviera que redimir alguna princesa y matar algún dragón. Rubén lo dijo primero: «Ya no hay princesas que cantar.» Y Juan Ramón en seguida: «Adonde tienes que ir es a ti mismo.» La princesa que ha de salvar el automovilista es su vida perdida, su existencia, «pasión inútil», su individualidad. Corre mucho sin saber que adonde tiene que ir es a sí mismo. Cree que monta un caballo, o un hipógrifo violento, humanizado por Calderón. Pero monta un dragón, el auto, y lo que el dragón lleva en la fauce es él: él es la princesa insalvable. Y mientras dura el equívoco, siguen llegando las letras del coche.

El automóvil (que en los comics suele tener boca) no es sino el mordisco que la sociedad de consumo (todavía la sociedad de consumo) le da al hombre postmarcusiano y unidimensional.

El hogar invade el coche

Hay que encerrarse con la naturaleza.
(Odilon Redon)

La contrapartida de la invasión del hogar por el coche, es la invasión del coche por el hogar. Una dialéctica hombre/mujer, como se ve. (Las mujeres, curiosamente, aunque tengan coche —literario o utilitario—, nunca se vuelven fanáticas del coche: esto prueba ya su superioridad.) «La divina pelea» de Pemán, entre ambos sexos, tiene ahora lugar en el escenario del automóvil. No sé cómo no lo ha tenido ya en los escenarios de verdad.

El coche, que el marido compra, en principio, para escapar un poco de lo doméstico, se le va convirtiendo en una habitación más de la casa, lo más importante y con ruedas:

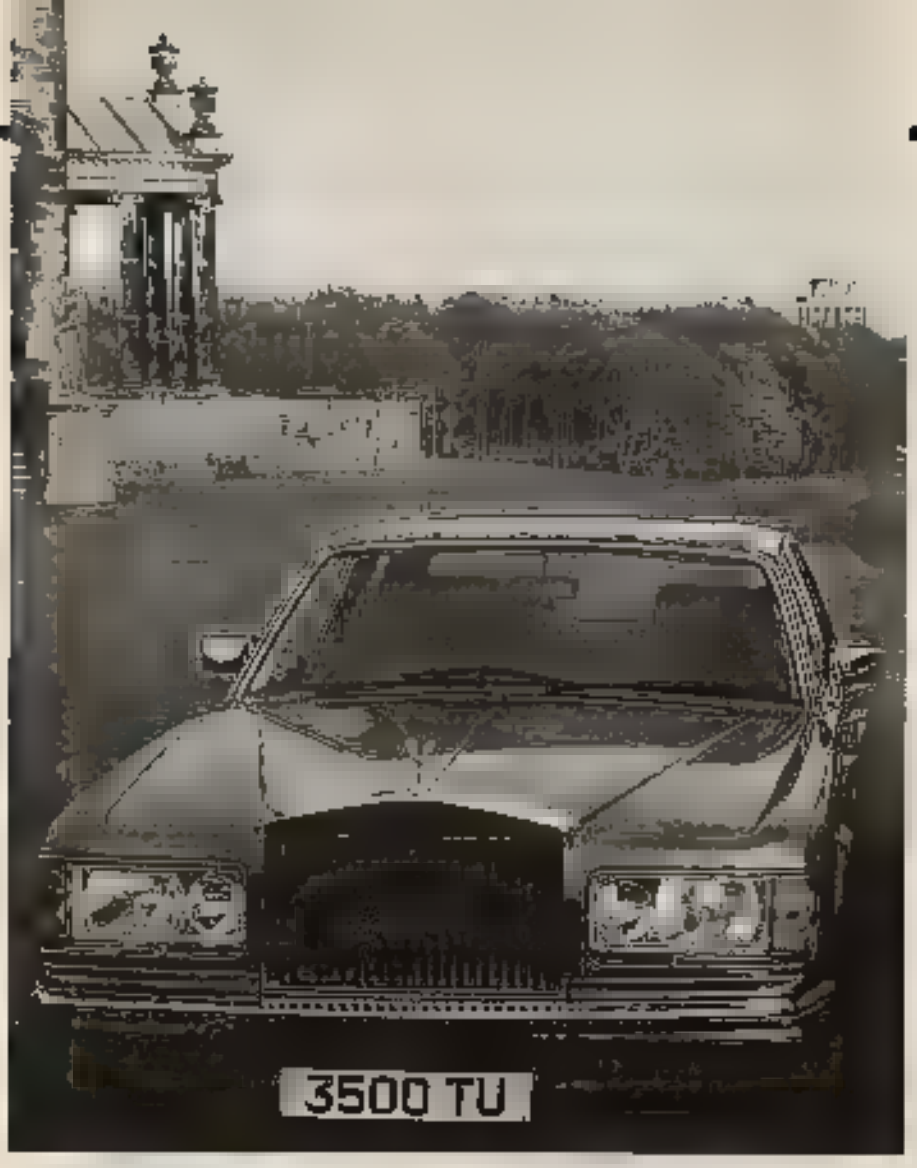
—Si le hordo unos almohadones, podemos llevar a mamá cómodamente —dice ella.

—Si le adaptamos unas sillitas, se puede llevar cómodamente a las mellizas —dice también ella.

(Porque la píldora ha hecho mucho por la redención de la mujer, pero si una noche se olvida, hay mellizas: parece como si la píldora estuviera programada para dar mellizas.)

—Si le ponemos arriba una baca —sigue diciendo ella—, que no sea muy antiestética, podemos llevar también las hamacas, las bicicletas y los balones todos los fines de semana.

MERCEDES BENZ 500 SEC



ROLLS ROYCE SILVER SPIRIT.

¿—Y la maquinita de las tostadas? —dice él, con una sobrina ironía aprendida, quizá, en alguna película americana.

—Eso, la máquina de las tostadas. Qué marido tengo.

Se trata (subconscientemente), no tanto de hacer del coche una habitación más, una roulotte, sino de matrimonializarlo hasta el punto de que ya no sirva para la gran evasión, que está siempre en el discurso matrimonial del *Otro*, reprimida.

La gran evasión

Amplia producción nacional de turismos. Berlina deportiva y familiar. Uno es Fabrizio Tabaton. El nombre de berlina, si ella hubiese leído a Flaubert (que no lo ha leído), ya sería alarmante, aunque lo de «familiar» viene a atenuar lo de «deportiva».

Y Flaubert, por otra parte, a la berlina la llama fiacre.

Como el coche está saturado de hogar, resulta agotador e inútil reciclarlo para la gran evasión sentimental (de una semana o un siglo). Entonces viene lo del segundo coche, tan honestamente promocionado por la publicidad, pero que es, al fin, la formidable y manejable máquina liberatoria de ella o él.

Un día, mediante un viaje de negocios inventado o real, él planea la gran evasión con esa adolescente en sombra que vive más o menos fascinada por el hombre casado, *no a pesar de*, sino precisamente *porque* está casado. Pero esto, ni ella ni él lo saben. Seguro que a Eva le gustó Adán porque estaba casado, quizá con la serpiente. La gran evasión es el encuentro frente a frente del hombre con su coche, en el espacio delicioso de una mujer y en el tiempo peligroso de una autopista. Se supone que el coche transfiere sus prestigios al macho, en un viaje así.

El domina ese coche, lo conoce, juega con él, se arriesga con él, salva innecesarias princesas. El, en fin, *ha podido* comprarse ese, este coche. Pero hemos dicho al principio que la autopista es una lectura desentrañable que nos lee, como toda lectura, y esa una lectura tan antigua como el camino. Llegados a un pueblo, a un aparcotel, a un mesón, a un bar de carretera, el coche llama la atención más que él (incluso más que ella). Y no se puede hacer noche en cualquier sitio, sino donde el coche quede bien seguro.

El protagonista de la gran evasión va comprendiendo, si no es completamente tonto, que detrás o dentro del Mercedes Benz Diesel (un millón de tirada), serie 123 (y es sólo un ejemplo que pongo), firma Sindelfingen, o de cualquier otro gran modelo, está la imaginación italiana de Leonardo, el positivismo británico de Russell, la solidez wagneriana de Alemania, colores de los venecianos, dibujantes como del taller de Rafael, ingenieros imaginativos, creativos, como los que hicieron el puente de Brooklin.

Todo el humanismo, toda la cultura, todo el Occidente y todo el Oriente (un Dauphine que parece un delfín pintado por un japonés) acompañan al ejecutivo que desestima los libros y la música, porque hemos superado la galaxia Gutenberg: «Ya lo dijo aquel canadiense.»

La sociología del buga nos enseña que en el cementerio de automóviles viejos siguen viviendo los griegos y los persas, los renacentistas, los prerrafaelistas y Antonioni, por si fuera poco. Lentamente, el automóvil va devorando al automovilista, en la gran evasión amorosa. El hombre comprende (da igual que ella lo comprenda o no) que el automóvil es un dragón muy leído, que su coche es un extraño que puede hacer sonar para ella un Salieri que él ignora, que no en vano se llama «berlina», que tiene la nobleza del caballo y la historia de la diligencia. Que todo coche es un tiovivo.

La mujer, queramos o no, quiera ella o no, es nuestro testigo. La mujer es testimonial. Sola en la autopista, en el automóvil, la mujer asiste, distraída o discreta, a la batalla plácida del hombre con su automóvil. Porque nos llevamos a una mujer a solas, más que nada, para evitar comparaciones. Pero uno no sabe que, en lugar de las hamacas familiares, se ha traído consigo, en el buga (*buga*, ¿eh?: todo coche importante, por extensión de Bugatti), a los persas, los renacentistas italianos, los caballos que pinta Dalí y los fiacres románticos que describe Flaubert. El coche, en el viaje, *se manifiesta*. La técnica no es sino un humanismo aplicado. Hay en la aventura hombre/mujer una frustración inexplicada e inexplicable. Unos celos sin tercero. El automóvil ha resultado muy superior al automovilista. El dragón ha devorado al inexistente caballero. Ellas, infinitamente sensitivas, han descodificado en silencio al seductor. El coche, último priapismo simbólico de una cultura de símbolos, se ha vuelto contra su dueño. Ni el coche libera al que no es libre. ■ F.U.

EL DESIERTO IDEOLOGICO ESPAÑOL

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

Quizá uno de los datos más sintomáticos de la realidad española en los últimos años de la transición política democrática sea el contraste entre la proliferación de hechos y la ausencia de reflexión sobre ellos: no se trata ya, como analizara en el siglo pasado un clásico de la ciencia política, de que los hechos vayan por un lado y las ideas por otro —«en Cádiz, ideas sin hechos; más allá de Cádiz, hechos sin ideas»—, sino de algo más grave: la más absoluta inexistencia de ideas acompaña a una extraordinaria riqueza de datos políticos que han transformado por completo el panorama de la vida cotidiana española. Así, el paso de una dictadura a una democracia sin ruptura, la elaboración de una Constitución, la experiencia de un intento de golpe de estado, la existencia de una vasta conspiración golpista o paragolpista sin que se den las condiciones objetivas para ello, la construcción de un estado de las autonomías, la presencia de una crisis socioeconómica de carácter estructural, la reiteración de las escisiones críticas en los partidos políticos, la extensión del fenómeno terrorista, no han desembocado hasta aquí en una reflexión global o parcial mínimamente seria y segura por parte de los partidos políticos. Quien espere encontrar una respuesta por parte de todas estas organizaciones o líderes, sean de derechas o de «izquierdas», puede seguir esperando; en España los partidos son cualquier cosa menos intelectuales colectivos.

No es que no se den querellas infinitas, polémicas anecdóticas, procesos de intención. El debate político del último quinquenio guarda mucha relación con el pésimo teatro: la combinación de un sectarismo mutuo con el insulto y la calumnia contra el adversario trata de ocultar las derrotas experimentadas por el proceso democrático en su conjunto. Todas estas apasionadas controversias no han generado ninguna nueva idea ni han puesto en cuestión certidumbres caducas y no han estimulado la reflexión. Al fin y al cabo, la recuperación de la democracia después de cuarenta años, la confrontación de las tesis democráticas con la realidad del poder y la oposición y los enigmas de una política económica alcanzada de lleno por la crisis mundial merecían análisis más sustanciales que no se han producido. Todo lo contrario. Las disputas subalternas, las filípicas barriobajeras, las banalidades y vanidades han ocupado todo el terreno.

Las fuerzas en presencia han intercambiado los argumentos más desgastados y anacrónicos. Unas circunstancias tan inéditas, una coyuntura tan inhospitalaria, una empresa tan aleatoria, no han suscitado más que un extraño vacío intelectual y un curioso desierto ideológico.

La descripción de los partidos políticos, en lo que se refiere al campo de la reflexión intelectual, no puede ser más desesperante: con excepción de los esfuerzos reflexivos de las minorías nacionalistas, abocados casi sólo a la defensa de los intereses de sus nacionalidades respectivas, el resto es silencio. Unión de Centro Democrático sigue siendo un sindicato de intereses que no acaba ni lleva camino de acabar por dar a luz un auténtico partido ideológico de la derecha constitucional; el Partido Socialista Obrero Español proclama ser el pionero de una tercera vía entre el marxismo y la socialdemocracia, idea interesante, orgullosa, pero bastante vaga e inconcreta, que merecería al menos una reflexión teórica, y el Partido Comunista, enfrentado a las consecuencias de una concepción envejecida de la sociedad española, sólo se define negativamente: su modelo no es el del PSOE ni el de las mal llamadas democracias populares, él se define tautológicamente como español, lo que está bien, pero es muy poco claro. Y a partir de estas definiciones no hay más que análisis coyunturales desprovistos de proyectos a medio o largo plazo. Sus «stocks» de conceptos no han variado ni han sido renovados, tanto quienes nos gobiernan como los que aspiran por gobernarnos, y sus correas de transmisión intelectuales, no salen de las trilladas ruinas que no encierran ninguna nueva teórica.

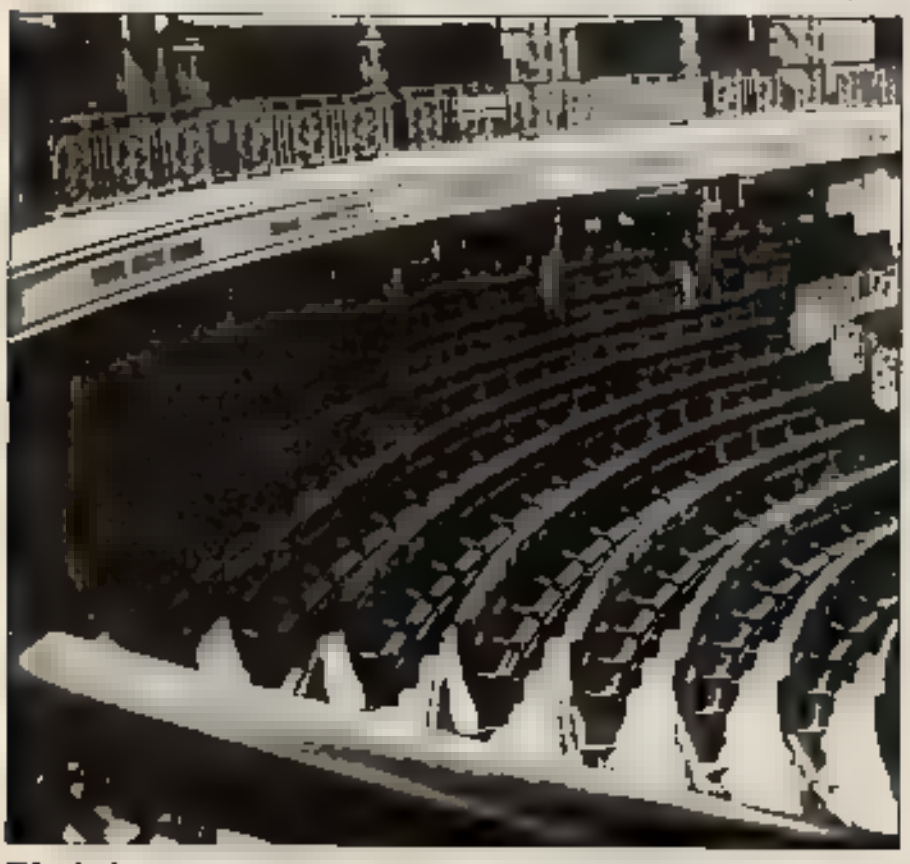
De las excepciones a la excepción

De este vacío intelectual intentaron escapar algunas revistas teóricas de partidos políticos, próximas a partidos políticos o alejadas de los partidos políticos; el intento de huida fue mortal para todas ellas; apenas subsisten algunas publicaciones clandestinas que traducen reflexiones foráneas o reflexiones sobre problemas externos. La relación es clara: «Bérgida», revista de UCD, no ha pasado de ser un «divertimento»; «Leviatán» y «Nuestra Bandera», órganos del socialismo y del comunismo, son ecos de las consignas de las direcciones respectivas; «Zona Abierta», periférica a un sector de la dirección del PSOE, desapareció, al igual que «Materiales», periférica a un ex sector del comunismo catalán; mal subsisten «Sistema», más o menos ligada a otro grupo del socialismo, y «Mientras Tanto», que agrupa a los residuos de la fallecida «Mientras Tanto», y junto a ellas otras dos publicaciones «En teoría», abocada a una reflexión teórica global no concretada en la realidad hispana, y «El Viejo Topo», volcada en otro campo reflexivo.

Con ello las excepciones quedan reducidas a determinadas y contadas personalidades de la vida intelectual que aún siguen, por aquí y por allá, ejerciendo el funesto derecho de pensar; hombres como Aranguren, Savater o Pepín Vidal, y algunos más, intentan de vez en cuando meditar o analizar la vivencia político-social de nuestro país. Pero cada vez son menos y en cada ocasión encuentran menos posibilidades de exponer sus puntos de vista y van encontrándose, progresivamente, más aislados. Ahí está el asalto frontal contra la Universidad Menéndez Pelayo, dirigida por uno de los contados reflexivos sobre temas de la cosa pública como es Raúl Morodo, para ahogar uno de los pocos focos de debate y diálogo sobre el acontecer cotidiano de la vida política de los españoles. Al mismo tiempo, las escasas publicaciones semanales, que podían recoger estas inquietudes o aportaciones intelectuales, van desapareciendo o reduciendo su periodicidad, o transformando su contenido por exigencias económicas.

De hecho, prácticamente, no queda más que un medio de comunicación, que es tanto un reflejo de estas reflexiones como uno de los más influyentes colectivos reflexivos de la democracia. Nos referimos, claro está, a un diario de amplia

difusión, que con sus editoriales es casi la única excepción que resta en este vacío ideológico y que en sus páginas de opinión recoge a parte de estas inquietudes analíticas. No en vano, por ello, es periódicamente sometida al asalto de los núcleos neofranquistas, que intentan cambiar su estilo de dirección colocando en su lugar a exponentes del neofranquismo de rostro humano cuando no a ejemplares brutales del régimen anterior. Estas batallas, que se desarrollan una tras otra, es una de las más importantes páginas que libran actualmente las fuerzas democráticas.



El único proyecto

Lógicamente, sin embargo, estas excepciones o esta excepción no pueden desembocar en un proyecto político, un programa ideológico, una alternativa de futuro para la democracia española. No son más que reflexiones parciales y coyunturales que algún teórico político tendría que encargarse de recoger y reutilizar en un análisis global que sólo puede ser viable y eficaz a partir de unas siglas o de unas siglas políticas. Si el sistema democrático desea mirar el cambio de siglo, está condenado a reflexionar para no dormirse con las ilusiones y mirarse frente algunas incómodas verdades. Pero que soñar alucinados, decía el coronel Lawrence, es soñar despiertos, y eso es lo que ocurre en buena parte de la dirigencia española.

Quienes no duermen ni sueñan, sino que trabajan y analizan a diario, son los partidarios de la involución neofranquista: si hay un grupo político ahora en España con capacidad de reflexión política, con un proyecto, un programa y una ideología es, sin duda alguna, ese vasto magma de opinión que va desde el golpismo descarado a una derecha dura y autoritaria, pasando por toda la variedad del paragolpismo. Apoyándose en la permanencia de numerosos franquistas en todos los aparatos de Estado, consecuencia de la vía de la reforma, combinan múltiples tácticas para hacer retroceder al sistema democrático a la época de aquel fantasma que fuera el espíritu del 12 de febrero. La pluralidad de medios de comunicación en los que están presentes, muchos de ellos pertenecientes al Estado democrático, permite captar toda la flora y fauna de la reflexión involutiva. Bien es verdad que esta actitud reflexiva tampoco genera una renovación de conceptos o términos: se trata de volver a lo anterior reduciendo progresivamente el espacio de las libertades públicas.

Pero los que señalan esta repetición de estos intelectuales orgánicos de la involución olvidan que ésta es una posición extraordinariamente confortable. Los involucionistas no necesitan dotarse de un programa: les basta con liquidar la democracia. La convicción programática, la fe en el texto, pertenece a los demócratas y no a sus adversarios. Máxime cuando para construir un sistema democrático hace falta disponer de un proyecto, pero sobra cuando no se trata más que de administrar un aparato estatal. Mantener lo que existe, acomodarse a las circunstancias, a las evoluciones irresistibles, evitar todo cambio que no sea impuesto por la fuerza de las cosas, es en la vida de una sociedad como en la vida de las personas: un proyecto claro que no necesita de ningún decálogo.

La involución puede, además, beneficiarse del uso de todo tipo de medios en su lucha contra la democracia. Nunca ha pretendido enarbolar una moral política; la idea de que el fin justifica los medios y que la eficacia en la lucha es el único criterio ha sido siempre una idea no democrática. Una concepción pesimista del hombre anima esta acción sin moral o esta moral del resultado. Acción que cuenta con la ventaja de operar con la constatación de que un proyecto democrático es proponer un largo ejercicio de paciencia a un pueblo impaciente, es pedir un crédito de confianza a un pueblo ya de por sí muy desconfiado. Acostumbrados a no apreciar la política más que por sus resultados a corto plazo (no hay que olvidar el telón de fondo de una grave crisis económica), los españoles corren el riesgo de ser indiferentes a un sistema del que no pueden medir la necesidad ni la fecundidad.

La debilidad política

Como no podía ser de otra manera, esta desproporción entre la capacidad teórica de la involución y la capacidad reflexiva de la democracia se traduce en el terreno de la práctica, pertenece al abc de la política el axioma de que sin teoría política no hay movimiento político y que es imposible modificar la sociedad que se ignora. Es un hecho que después de haber perdido su iniciativa teórica, bien rica y bien presente en los últimos años del franquismo y los primeros de la transición, las fuerzas políticas democráticas han perdido la iniciativa práctica, hoy la ofensiva está en manos de los involucionistas y la defensiva en manos de los demócratas. La razón está en que los adversarios de la democracia sí han reflexionado sobre los puntos débiles del sistema que se está construyendo, mientras que los partidarios de la democracia no lo han hecho absorbidos por peleas de patio de vecindad.

En lugar de insultarse mutuamente, de llenarse la boca de calumnias, de dar rienda libre al teatro político de pésimo gusto, los políticos democráticos, y sus intelectuales, deberían renovar sus conceptos analíticos, y recuperar aquella osadía de pensar que tuvieron cuando la dictadura y que permitiera la salida de aquella larga noche política, amén de incorporar en sus reflexiones las escasas voces reflexivas que van quedando por el país. ¿Sería pedir demasiado la elaboración de algunos análisis inéditos de una situación que en cualquier caso no es banal? ■

LA CRISIS DE LA MORAL POLITICA

E. MIRET MAGDALENA

Hace unos días estuve en TVE para participar en la grabación del popular programa de Jesús Hermida, «SU TURNO».

Allí nos juntamos personas tan diversas que iban desde Fernando Abril Martorell y Javier Tusell, pasando por el catedrático de sociología Jiménez Blanco, hasta llegar al magistrado Chamorro, al humorista Máximo y a mí mismo que se me calificó de «teólogo seglar», aunque no sé muy bien si mi verdadera denominación sería la de anti-teólogo, por mi postura crítica con la teología de ayer y de hoy, que obedece generalmente a una estructura de dominio de la clase clerical sobre la mentalidad de los creyentes y, a veces, hasta de los no-creyentes.

¿Es rentable ser malo?

Salieron a relucir muchas cuestiones en torno a la idea fundamental que se quería debatir: la de la película «Dallas», y el significado de su personaje principal, J.R. Filme que sugiere multitud de cuestiones: pero hay una que sirvió de hilo conductor del diálogo –demasiado cortés y académico– que tuvimos los allí actuantes. Se puede sintetizar la cuestión en la pregunta siguiente: ¿Es rentable ser malo?

Pregunta clave para hacerla a nuestra sociedad actual, ya que la situación española de hoy necesita este análisis ético de fondo, después de los 40 años de franquismo nacional-católico, y de dos siglos que duró el reaccionarismo político y religioso que sufrió el país desde principios del siglo XIX.

La verdad es que las barreras que se nos pusieron por la política de esos dos siglos, no han sido nunca positivas para conseguir una adecuada educación de los valores humanos auténticos, que la mayor parte de las veces se quedaron en meras palabras.

Parece como si lo que estaba reprimido internamente en esas épocas, hubiera salido afuera de modo repentino y hasta sorprendente, por resultar inesperado para muchos. Parece también que estuviéramos viviendo no un nuevo orden ético, sino sobre todo la infantil compensación de aquello que estaba retenido a presión, como le ocurre al vapor dentro de una caldera, haciendo cada vez más esfuerzos por salir y hasta por explotar. Pero el daño interior estaba hecho, y era profunda su huella porque nos había dejado vacíos y, por tanto, sin el necesario contenido ético que nos hiciera vivir positivamente como humanos.

No es extraño así que los españoles hayamos adquirido, tras aquella experiencia engañosa, por ser sólo una fachada, un cierto tono de cinismo. Cinismo que resulta la compensación ingenua de aquella hipocresía que se nos inculcaba por activa y por pasiva, y que era el fondo –más o menos hipócrita– que se había creado en nosotros.

Dentro de esa actitud, que queda como poso negativo de tiempos cercanos, se revela ahora una cierta postura maliciosa en la práctica; y, en teoría, un afán por despreciar lo «ético», como si fuese algo ya pasado, propio de otras alejadas y anacrónicas épocas; o resultado característico de personas demasiado ingenuas, que no saben andar por la vida. El hecho es que nuestro nivel de ética cívica tiene en este momento cotas francamente bajas, cuando casi todos pensaron, tras la muerte de Franco, que más bien debería haber pasado lo contrario. Acabado el impedimento, se nos decía que brotaría algo positivo de nuestro interior y todo quedaría rápidamente arreglado en el país.

Pero la realidad ha sido muy otra. Aquella época, por arte de su máximo dirigente, dejó todo atado y bien atado porque nuestras motivaciones más o menos subconscientes habían sido envilecidas y, en nuestro afán por salir de aquellos años, no nos dimos cuenta de lo que teníamos dentro. Dirigente aquél que no fue un mojón solitario de nuestra historia, sino el cúmulo de los errores que se generaron en la idea de una patria infantilmente ridícula por su presuntuosidad falsa («por el Imperio hacia Dios», se nos decía engoladamente); una idea que se fue incubando en esas malhadadas dos centurias. Y también ocurrió por la imposición religiosa que llevó el incongruente marchamo de «nacional-catolicismo», ya que éste fue expresión de un sectarismo ridículo (por su nacionalismo cerrado y seriamente caricaturesco), y de su pretendido universalismo (que es lo que nunca significó la palabra «católico», a pesar de su etimología, por ser nada más que la imposición hecha a todos, y ejercida por las curtas y estrechas ideas de un pequeño grupo fanático y excluyente).

Mirar los resultados

Y así ha sido el resultado. Creyeron muchos que los españoles conservaban en medio del fragor de superficiales oropeles y platillos pregonando las virtudes hispánicas, un «almario» limpio de polvo y paja; pero ese «almario» había sido hábilmente vaciado de todo contenido ético auténtico y convencido.

Esta es la causa principal por la cual todo vaya ahora tan mal, porque, si muchos de nuestros políticos –como creo que se evidenció en el coloquio televisivo al cual aludo– no creen en la rentabilidad social de unas auténticas reglas de juego morales sin excepción, y que ellos mismos son quienes deberían respetarlas rigurosamente sin subterfugios favorables para ellos, llega a la conclusión de que no tenemos nada que hacer. Lenin, el denigrado líder social y político por sus teorías morales que parecían de un oportunismo rechazable, llegó a decir más tarde que, en toda sociedad, los hombres de arriba y de abajo debían respetar unas «reglas elementales» de moral, que hiciesen viable una convivencia humana y mí-

mentalidad justa, como base positiva para una transformación social.

No confiemos ingenuamente en las palabras engañosas de nuestra política; miremos los hechos primero y, después, usemos de nuestra lupa para descubrir, tras las más o menos elegantes declamaciones verbales, la confesión implícita que hay de ausencia de una ética política. Y así es como emprenderemos nuestra situación.

No es verdad que se haya hecho mucho –como ellos dicen– en estos cinco años de transición. La mayor parte de las cosas verdaderamente importantes faltan por realizar. Y las ya hechas quedan más en el papel, que en la realidad concreta. ¿Por qué? Porque el cambio de una sociedad a otra no es fácil, ya que la transformación más importante no es la que se expresa con palabras de agradable sonido (derechos humanos, libertad, democracia)...; sino con los hechos por un lado, y con el espíritu que los preside, por otro. ■ verdadero cambio no ocurrirá sólo porque prediquemos una «moralina» más o menos soporífera; ni porque pretendamos atraer uno a uno a los que llevan otro rumbo en su actitud política. Como tampoco lo será porque cambiemos la fachada de nuestra sociedad, inventando leyes más o menos rimbombantes y atractivas, ■ instituciones que «suenan bien».

Lo más importante, lo único verdaderamente decisivo para que sea eficaz el cambio social, es el cambio de mentalidad. Y eso es lo que no ha cambiado en el fondo de muchos gobernantes y políticos y, por eso, se encuentran a gusto repitiendo –con disfraces más o menos hábiles que ocultan el fondo– las actitudes que no nos gustaron del franquismo: su olvido del pueblo sencillo que ■ por la calle, que compra en los mercados, que busca y rebusca en las rebajas de los grandes almacenes, que usa los autobuses y que hace un número cada más en el conjunto cada vez más automatizado y más burocratizado –y por cuyo mismo popular– de nuestra civilización a la española.

Pero, ¿quién levanta la voz en este desconcierto de conductas de nuestros dirigentes de la sociedad? Sólo se oye «una voz» un rumor de descontento, que a ellos no llega porque se encuentran bien arrellanados en su cómodos sillones, que parecen además estar rodeados de paredes acolchadas para que no les alcance ese rumor de la calle.

Y así se va creando poco a poco el desánimo, el desaliento, el tirar la toalla y esperar resignada y pasivamente ■ futuro que ellos –los de arriba– nos deparen.

¿Qué democracia es ésta?; ¿qué libertad, de la de verdad, nos proporciona?; ¿no vivimos, tras todo ello, el sutil engaño de la «ilusión de la libertad»?

Hacia un hombre libre

Los que propugnamos un hombre de verdad más espontáneo, un ser de carne y hueso que pueda ser independiente y que se sienta así ufano de ■ auténtica libertad y de su respetada dignidad de hombre, no lo encontramos por casi ninguna parte.

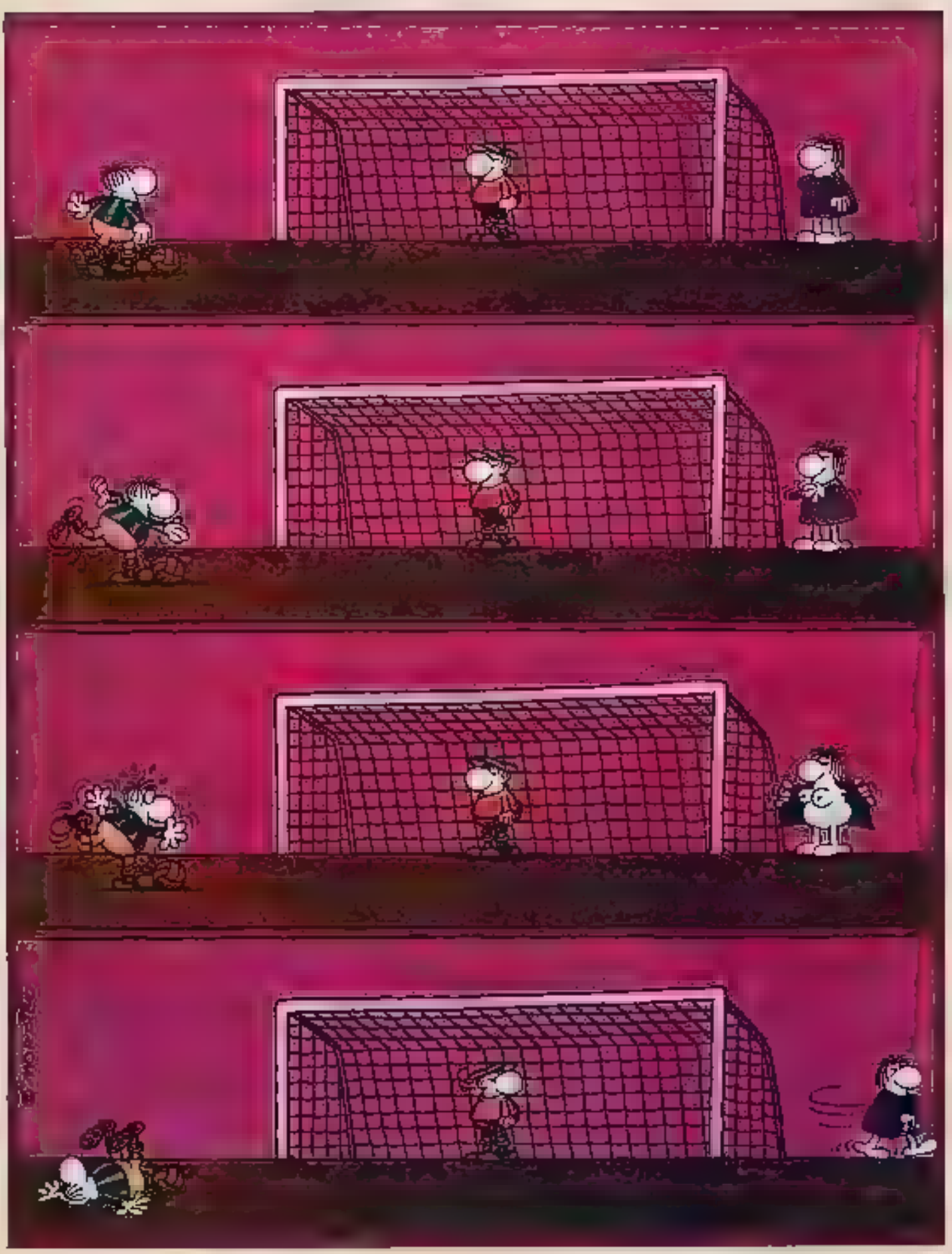
Desde el día en que oigamos –y lo estamos oyendo– resignadamente y sin indignación, que hace falta un poco de cinismo y de maldad para dirigir un país, estamos en plena política al estilo de los autores y seguidores del Maquiavelismo, con su astucia de pequeños personajes.

Este país necesita una transformación social, política, económica, cultural y religiosa. Pero no será realizada por muchos de los santones que se han hecho con el poder formal de los votos, o con el poder fáctico de las «élites» de moda, que nadie se atreve a criticar en alta voz a pesar de que se sienta uno incómodo con el abuso de dominio que ejercen sobre nuestras mentes. En una palabra: este país tiene que adquirir a toda prisa, una ética cívica que debe estar en el pueblo, en los que vivimos a ras de tierra; pero principalmente en los que están arriba, en las atalayas de la política, la economía, lo social o lo intelectual, ya que en ellos la misión educadora debe ser fundamentalmente la del ejemplo, y no sólo la legislativa o la del ensayo ingenioso que paraliza nuestro sentido crítico. Esta es la principal misión que dirigirá positivamente a los pueblos, como descubrió hace siglos el inteligente constructor de su país, que fue Confucio.

Pero, por favor, que no surjan los nuevos maestros de moral adoptando la actitud del dómine insufrible que siempre tiene la última palabra de lo que «debe» hacer el hombre. No; de lo que se trata es de que podamos entrar en razón, y empecemos todos a pensar, y no sólo que sean siempre unos pocos los que piensen, o no piensen, por nosotros. Como decía Pascal: la primera –y no diría la única– norma de moral es aprender a pensar bien por uno mismo, pero nunca a ser unos «bienpensantes» que dominemos la libertad, la independencia, y el ejercicio autónomo de la razón de cada uno.

Ni la Iglesia (con mayúscula) ni la Política (también escrita así) ni siquiera la Cultura (imponiéndose desde su primera letra) deben ser escritas de ese modo: hay que aprender a escribirlas con minúsculas, modesta y dialogantemente, y nunca de modo despreciativo, despectivo u olvidadizo.

Esa es la tarea más urgente. Sin esa ética cívica, que no puede ser exclusiva de ningún grupo ni iglesia, los planes económicos, ni ningún otro programa, por bien delineado que esté en el papel, servirán de nada. ■



De «MORDILLO FOOTBALL» © 1982, Editorial Lumen - Tusquets Editores.

SIEMPRE ES «MUNDIAL»

JUAN CUETO

ILUSTRACIONES DE JOAN CRUSPINERA

NO se trata de un acontecimiento excepcional, como nos quieren hacer creer. No es el Mundial un interruptor de los comportamientos habituales, ese hecho extraordinario de rango espectacular y vocación de paréntesis. Es cierto que este gran ritual de masas alterará lo político, desbaratará lo social, creará actualidad interesada a su alrededor, aliviará lo económico, disolverá la pluralidad, encubrirá las urgencias, seducirá a las muchedumbres, indignará a los intelectuales apocalípticos y producirá algo más importante que divisas o imagen: delirios colectivos altamente manipulables.

Pero eso no es acontecimiento precisamente insólito en este país, una estrategia diversificadora fuera de lo común, algo llovido de la FIFA que viene como anillo al dedo: un recurso extraordinario del discurso político ordinario. Estos treinta días que conmoverán el mundo cotidiano español pueden y deben sumarse naturalmente, sin problemas lógicos, al resto de los días del año y del lustro transicional. Nos venden el acontecimiento del Mundial como algo fuera de lo común, a modo de carnaval irrepetible, jolgorio de masas que interfiere el curso normal de la vida política, anomalía lúdica que suspende momentáneamente el orden social. Pero olvidan que lo exótico es aquí lo cotidiano. Todo el año político es Mundial, carnaval, acontecimiento excesivo, es fuera de quicio. Y así, desde el principio de esta historia democrática de nunca acabar. De nunca acabar con la provisionalidad, quiero decir. Historia diferida por muy diversas maneras, y la más popular de todas, ese continuo truco tribal de gobernar —de mantener el tipo un par de meses más— por medio de la producción y manipulación de cuentos extraordinarios, insospechados, accidentales, extravagantes, sensacionalistas. Acontecimientos, pánicos o lúdicos, según convenga a la secuencia del momento. De masas, en todo caso.

Algo esferoide y maquiavélico

Ahora acontece la moderna representación del *panem et circenses* en versión esferoide y maquiavélica («... ébattre et detenir son peuple en fêtes et jeux», aconseja el astuto a su príncipe), pero antes fueron otros grandes fenómenos de masas los que desempeñaron idéntica función retardadora y disuasoria, espectacular, y con bastante menos gracia que estos juegos del gran Juego.

O sea, que nada del Mundial como recurso excepcional del poder para exhibir por unos días su simulacro, garantizar su continuidad, ocultar su impericia, anular la diversidad y divertir las atenciones. Nada de vacaciones legales de la lógica del acontecimiento político, excurso insólito, magia de masas. Pretenden convencernos de que sólo el fútbol utiliza las leyes habituales del espectáculo para disuadir el intolerable espectáculo de lo habitual, y resulta que, asimismo es como lo suelen hacer todos los días.

Delegan en el Mundial la misión de suspender por unas cuantas semanas el discurso de la normalidad —de la inédita pluralidad, para decirlo de prisa y resumiendo—, de la misma manera que hace instantes fue el juicio el espectáculo que cumplía tal misión; y antes, la industria pesada del miedo a costa del frustrado acontecimiento del 23-F; y con anterioridad, la dramatización de aquella crisis —¿recuerdan?— de la que era imposible salir vivos; y mucho antes, la disuasión civil a cargo de la rumorología militar y el terrorismo; y al principio de todo, el consenso contra natura para evitar la catástrofe. Intensa producción y circulación de espectáculos de quita y pon, sin solución de continuidad aparente y cuyo único objetivo es la solución de continuidad. Acumulación de *shows* altamente heterogéneos, unos más espectaculares que otros, aunque regidos todos por las conocidas leyes estremecedoras de los fenómenos de masas. Interruptores eficaces y a gran escala del comportamiento habitual de los ciudadanos —de la pluralidad social, quiero insistir— por medio de la manipulación intensiva del accidente, del favor, de los delirios colectivos, del cuento extraordinario, de ese acontecimiento-volcán que durante un tiempo coloniza las diversas factorías que fabrican el discurso de lo que llamamos «actualidad». Desde que el verbo del dictador se hizo polvo.

De la excepción a lo excepcional

De aquel continuo estado de excepción hemos pasado en apenas unos años a este agotador estado de excepcionalidad. No es la lógica de la evolución democrática, del desarrollo industrial, sociológico, demográfico, legislativo o cultural lo que en este curioso país articula el acontecimiento político, determina la actualidad periodística y mueve las pasiones y los termómetros de la opinión pública, como parecería normal visto a través de los indicadores socioeconómicos, los para-

tas de comportamiento y los hábitos de consumo, o la simple observación distanciada de lo que aquí pasa, sino la lógica del accidente, la retórica del *suspense*, el sindrome de la catástrofe, el gusto por lo excepcional, la pasión por la anécdota, el placer del recuerdo, la fascinación del espectáculo efímero, azarado sensacional las leyes precisas por la que se rigen los fenómenos de masas. El modelo del Mundial son ejemplares.

Existen dos grandes narraciones acerca de la Transición recientemente, con mayor o menor fortuna, bien llamativa en términos tipográficos la detectable contradicción entre un modesto significado de pasado y un tedioso significante que anuncia eternidad. Los hombres de las llamadas cesas saben sus cuentas en sus numerosos y pacientes estudios empíricos de la naturalidad y hasta llega con que los españoles nos hemos adaptado al cambio democrático, del creciente e irreversible proceso de modernización social e individual, de nuestra paciente gobernabilidad y de unos comportamientos cívicos que en nada sustancial difieren de los comunes en otras comunidades de mucha más tradición democrática y consistencia industrial. Incluso relieren el despampanante increíble que le echamos al consumo de los signos postindustriales. Son historias pobladas de cifras y gráficos de lectura árida y metodologías adversas en ocasiones, pero que suelen concluir de idéntica manera, y de las que está rigurosamente prohibido inferir el gusto de los españoles actuales por el acontecimiento extraordinario, inhibido, sensacional, dramático catastrofista, interruptor de la normalidad.

La otra narración es la que se lee diariamente en las caras crispadas de los políticos, en las primeras planas de los periódicos, en las arengas de los militares, en los sermones de los curas y, sobre todo, en los discursos machacones del poder y sus suburbios. Allí es otra historia bien distinta la que nos cuentan acerca del héroe de la Transición. Un relato sensacionalista lleno de anécdotas patéticas de quita y pon, altamente efímeras, que progresa hacia la nada de acontecimiento repentino en evento insólito y al margen de la lógica de la evolución —incluso de la evolución biológica—, en donde se le niega al personal de a pie la capacidad para asumir y vivir de una vez por todas, sin eufemismos ni dilaciones, la pluralidad. Una historia que trata de seres desmemoriados y de hábitos preindustriales urgidos permanentemente de tutela, necesitados de sucesos de mucha emoción colectiva para poder expresar correctamente sus ideas políticas o sociales, descocainados por la gracia de Dios —o de la genética— Sujetos que aún pueden gobernar por el discurso tribal del miedo y el recurso religioso del unanimismo. Tipejos disuadidos y consensuados.

Kodacolor y fotomatón

Simplifico las posturas porque de simplificaciones se trata en ambos casos. Lo cierto es que cualquier persona que tenga la curiosidad de ojear el último informe Foessa, por elemental ejemplo que está al alcance de la mano, y compare el sereno y aburrido retrato en kodacolor del español medio que allí sale con el fotomatón de comisaría de guardia que se infiere del otro diagnóstico creerá que se trata de dos personajes. No sólo distintos, antagónicos.

Sería por lo menos divertido establecer el cuadro de las oposiciones paradigmáticas entre análisis instantáneas tomadas precisamente el mismo día. Pero a efectos de lo que ahora me interesa, anoto una sola diferencia. Como cualquier ciudadano de una sociedad moderna, en vías de posindustrialización acelerada, ese español que sale fotografiado en las estadísticas es un consumidor de cultura de masas. El otro es *masa* y como tal se le habla, describe, persuade y gobierna. Y ya que en el Mundial andamos metidos hasta el cuello, esta podría ser la versión futbolera en terminología que toma de Vicente Verdú a uno se le estima como *espectador* y al otro le tratan como *fiesta*.

EL MUNDIAL DE LA GUERRA

VICENTE VERDU

La guerra de las Malvinas tiene de callado todo pensamiento que se ocurra al Mundial. No ha de haber aficionado, por lejano que tenga el cómputo político que no asocie cada victoria del Atlántico Sur a los días que faltan para el 13 de junio. La que hace unas semanas española se presentaba con el aire de los grandes acontecimientos brillantes, aparece ahora ceñida por el olor de la guerra.

Como las Olimpíadas de Moscú, en 1980, fueron derruidas por las repercusiones políticas de la invasión de Afganistán, el Mundial 1982 está siendo silenciosamente corroído por los vapores de una muerte a granel que provocan las torpedas y las bombas. Ninguna oportunidad mejor, desde esta tristura humana y deportiva, para entender la necesidad que la liturgia futbolística tiene de la limpieza. Del dolor terso y la calma en el palo que requieren las buenas celebraciones. Calumnian a la afición o la ignoran quienes con empecinamiento pretenden denostar al fútbol como un lenitivo para los males. Y yerran con sabiduría de púlpito quienes diagnostican que el fútbol es una suerte de narcosis de algodón con la que la población sofoca sus heridas. No hay a mensaje mejor consuelo para nuestras desdichas que la contemplación de otra desdicha ajena: nada, pues, semejante a la felicidad simulada que el conspicuo aficionado pretendía sacarle del Mundial.

Pero es más. Por esta vez la selección española se ha venido comportando con tal mesura en su entusiasmo, ha sido a la vez tan poco sedicente y seductora, que el seguidor ha sido en ella una esperanza mensual y proporcionada a la ocasión. Nuestro equipo —sea el que destile la febril imaginación de Santamaría— es de anteanoche la evidencia de la mediocridad. Nadie, a pesar de la razón futbolística que tenga, ha podido forjarse una epica de hinchas. Ni por tanto, asumir una emocional obligación patriótica a lo largo de los veintiocho días que dura el campeonato.

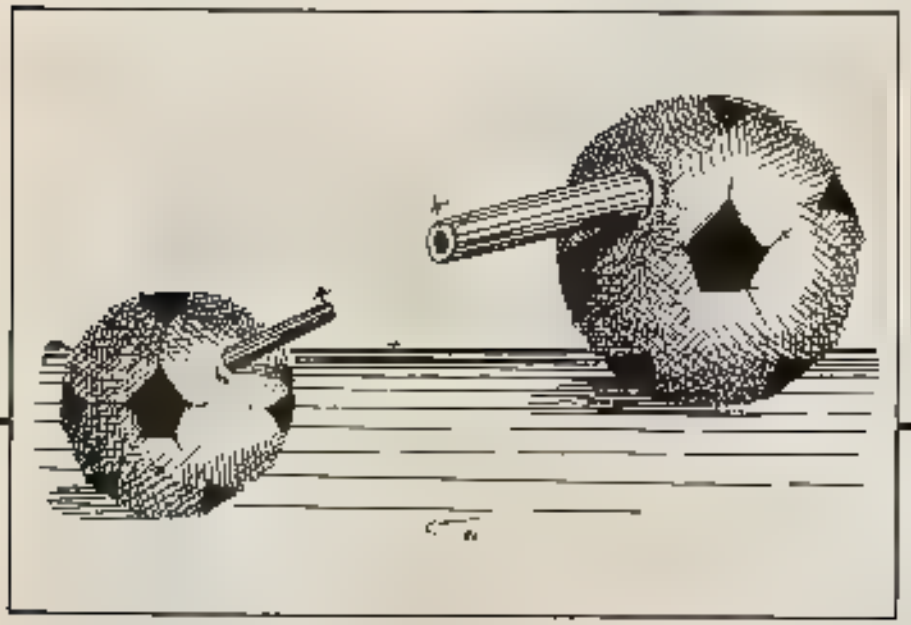
En España, ahora, como ocurrió sólo sucedió en Suiza (1954), en Suecia (1958) y en Chile (1962) si equipo anfitrión hará su gloria si llega a las semifinales. Con eso y haber gestionado civilizadamente los juegos el éxito será completo. Es decir, sin fisuras. Este es el lema, y no ya de Saporta, que de principio mostró su talento de organizador obstinado y al que parece sonarle el nombre de Arconada a propósito del anuncio en la tele, sino de los más favorables críticos del equipo español. Nada, pues, de grandes calenturas ni de desgarros por la selección nacional. Pocas veces el conjunto representante del país organizador habría de causar menos perturbaciones emocionales. Lo que España parece jugarse en este Campeonato no es un trofeo deportivo, sino un protocolo territo-

Es obvio que toda la barroca logística del Mundial —de todos los Mundiales— está destinada a transformar por cuatro semanas al público diverso en hinchada patriótica, en masa amorfa, desestructurada socialmente —desintegrada de sus respectivos clubs futbolísticos—, con relaciones basadas en el contrato —de acceso al campo o de uso del televisor— y de un solo comportamiento —comportamiento de convergencia, dicen los teóricos de los fenómenos de masas para designar las anomalías provocadas por las situaciones extraordinarias, como los desastres o los Mundiales, que vienen a ser la misma cosa.

El acontecimiento-volcán

Transformar por el acontecimiento-volcán la diferencia en repetición, lo diverso en unánime, la excepción en regla, la pluralidad en consenso, el simulacro en realidad, la coyuntura en historia, el espectador en forofo, el individuo en masa, el ruido en mensaje, lo exótico en cotidiano. Y esto ocurre con el Mundial, como ejemplar espectáculo de masas que es, pero, sobre todo, ocurre en los escenarios donde se representa diariamente el espectáculo de lo político. Todos los días es Mundial, podemos decir a propósito de la lógica sobre la que discurre la Transición. Todos los días es interrupción de la Liga, paréntesis, sensacionalismo, *cursus interruptus*, producción de actualidad extravagante, juguetona o dramática, cuyo objetivo inmediato es ampliar y amplificar la incertidumbre política y social, devaluar lo inteligible y elevar el fenómeno irregular a categoría histórica para que todo siga igual.

Por eso el Mundial se inscribe dentro de la lógica del acontecimiento político español. No por lo que tiene el juego del fútbol de posible manipulación de las muchedumbres, de evasión dominguera de *la realidad* (tiemblo al teclear esta palabra), de embrutecimiento cultural, de opio del pueblo y parecidos dicterios apocalípticos que todavía se emiten en nombre de no sé qué tipo de cultura popular liberadora, de no sé qué clase de artes o espectáculos nobles, de no sé qué idea de lo que debe ser el gusto obligatorio de las mayorías silenciosas, sino por lo que este gran *show* del Mundial tiene de familiar con esa retahíla de fenómenos de masas que se suceden ininterrumpidamente para interrumpir como es debido el curso de la evolución democrática e histórica. Un acontecimiento que no desentona precisamente, y muy a pesar de los aficionados al fútbol, con esa serie de azares y accidentes que han logrado desterrar lo ordinario de la actualidad política española, perpetuar la anormalidad, desprestigiar la regularidad de la razón histórica e instaurar el sobresalto como norma de comportamiento habitual: el terrorismo, el 23-F, el asalto al Banco Central, el «manifiesto de los cien», el juicio, el Mundial, el comentario de las sentencias y recursos del juicio, las vacaciones, la visita del Papa en octubre, el comienzo de las ruidosas campañas electorales de la próxima temporada...



co-empresarial. En verdad, el cálculo de riesgos contra la adversidad deportiva se ha preparado tan exhaustivamente que incluso el equipo nacional, blindado por su gélida y desangelada fisonomía contraria al apego, ha sido previamente preservado contra las veleidades de la pasión. Con las representaciones de su breve encanto y competencia reiteradamente mostradas en los partidos amistosos ninguno habrá que pueda llamarse a engaño. Pero incluso para los «engañados», para los furibundos que pudieran bordear la decepción en la primera o en la segunda fase de los juegos, he aquí el plato de repuesto: el Mundial Cultural, que dice Saporta que ha dicho la Reina que se haga a conciencia. ¿Cómo esperar, pues, una desgracia o un destemplado alborozo de este Mundial?

Jamás quedó tan al alcance del fútbol convertirse en mero y puro espectáculo. Un espectáculo sugestivo, del que podía excluirse la garganta ardua y la polvareda tribal. Las fantasías de gloria propia y destrucción del rival. Y, sin embargo, cuando las cosas estaban así, cuando la selección se preparaba para la higiene muscular de La Molina y se velan los días con la conciencia horizontal, llega la mefítica cordillera de la guerra. De la guerra verdadera, además entre vecinos europeos y hermanos latinoamericanos, entre blancos y blancos. Una guerra auténtica, con familias mutiladas, hombres muertos para siempre y selecciones de fútbol involucradas que ya no representan a un país o a un tópico, sino directa e insoportablemente a la guerra. ■

Factorías del caos

Nadie le niega al evento extraordinario su lugar privilegiado en la historia del presente, y de sobra es conocido el papel decisivo que las ciencias duras y blandas otorgan al accidente, al azar, a lo imprevisible, al acontecimiento que rompe y rasga la cadena discursiva y puede llegar a desviar el discurso de la ciencia. Esa es otra cuestión que nada tiene que ver con la pedestre historia que nos ocupa.

Porque desde el momento mismo en que los *mass media*, como señala Noguera, tienen el monopolio de la historia, el acontecimiento insólito —catastrófico o lúdico, pero nunca arbitrario— hace algo más que adosarse a lo real, suspender la normalidad *sine die*, alimentar el hambre de sensacionalismo de las masas y espectaculizar lo político. El problema es cuando lo arbitrario, el evento con un sentido extraordinario estúpido, de rango primitivo, intenta ocupar el lugar de lo ordinario político, social o cultural, como por aquí sucede. En fin, cuando esos *mass media* sólo fabrican caos, delirios, acontecimientos extraordinarios altamente manipulables que no añaden nada nuevo al espectáculo de lo ordinario.

Nuestra civilización judeocristiana tiene tendencia a suponer, decía Francis

Bacon, la existencia en el mundo de mucho más orden y regularidad del que se suele encontrar. Es cierto. Pero nuestra civilización transicional manifiesta precisamente la tendencia contraria: supone, porque hasta ahora le ha ido bien así, que el discurso de lo político y de lo social se organiza por eliminación de toda regularidad, a través de la hegemonía de un desorden altamente controlado.

O para decirlo de otra manera: *sólo* concibe el evento como *ruido*, como interferencia de la comunicación social, como alarido de las masas amorfas, informes, forofas. Por eso siempre es Mundial aquí, y ahora precisamente menos que nunca.

El ruido y la furia forofa

Si se quiere, un plagio literal de aquella famosa frase de Shakespeare: «La vida es un relato, lleno de ruido y furia, contado por un idiota y cuya significación es nada.» En lugar de «relato» habría que decir «fenómeno de masas»; y en lugar de «nada», «poder».

En definitiva, esa superestructura intolerable que emite diariamente un tipo de retrato del español antagónico al que se deriva de fuentes de conocimiento menos gratuitas —aunque lo más probable es que se trate de un autorretrato— se reproduce a costa del acontecimiento de ruido y furia. No han hecho otra cosa durante la Transición que producir fenómenos de masas en serie, a veces sin ningún fundamento; otras, alargando hasta la desesperación accidentes políticos o sociales cuya tasa de durabilidad en otras sociedades similares apenas daban para un par de semanas. Se suele olvidar que el poder —en el sentido amplio del término— es el más potente de los *mass media* y de ahí el sentido *espectacular* que reviste actualmente su ejercicio. Pues bien, ese poder no ha cesado de utilizar, consciente o inconscientemente, su gran factoría de mensajes sociales para producir y difundir fenómenos de masas. Para decirlo a lo analítico, fabricar «ese tipo de acontecimiento social en el que gran número de personas actúan simultáneamente y de una forma que supone una notable interrupción del comportamiento habitual, sancionado por la sociedad, que corresponde a su papel» (Anthony F. C. Wallace).

Y como sabe cualquier sociólogo o psicólogo social, esos fenómenos de masas se manifiestan como miedo, apatía o delirio colectivo. Si los Mundiales provocan en las masas delirios colectivos, o al menos intentan producirlos, la intensa manipulación de los sucesos de aquel febrero —fenómeno de masas con todos los predicamentos de rigor— provocan inicialmente el miedo disuasorio, fomentan el unanimismo y reproducen el consenso; pero después, cuando las amenazas no se cumplen, surge la apatía, la inhibición, la ausencia total de acción social o política. Y así sucesivamente con toda esa tropa de perecederos eventos de ruido y furia que han puesto en circulación estos últimos tiempos. Interruptores de la normalidad que garantizan la continuidad por la producción intensiva de esas mercancías de masas que hacen masa a base de la emisión de pánicos, delirios, desencantos, síndromes de desastre, disuasiones, emergencias, apatías, anomalías y otras conocidas formas de diferir el espectáculo y de negar la realidad fotográfica. Acontecimientos extraordinarios, además, que tienen la propiedad de desbancarse unos a otros del monopolio de la actualidad, aunque su ciclo vital no esté todavía cumplido. Como estos Mundiales desplazarán todo lo que se les ponga por delante, pero serán inevitablemente desplazados por los delirios colectivos del también poderoso *star-system* de los estudios del Vaticano. ■ J.C.

LAS PATADAS DE LA «INTELLIGENTSIA»

JOSE BENITO FERNANDEZ

«Entonces ya no vi más, se me subió la calabresa y le quise demostrar al caso ése que cuando quiero se mover la guinda y me saque de encima a cuatro o cinco y cuando estuve solo frente al golero le mandé un zapatillazo que te lo hagliadire y el tipo quedó haciendo sapitos, pero exclusivamente a cuatro patas.»

(Mario Benedetti)

«¡¡Golgolgolgolgolgolgolgolgolgol!! ¡¡Gooooooooooooooooooolll... del Barcelonaaaa...!! ¡¡Autor del tanto: Vendaval Quini!!» **(Héctor del Mar)**

ESTAMOS ante una apocalíptica invasión, no ya del *electronicotorgaperros* frutales, sino de la bilabial sonora *B*. Breton, Burroughs, Bataille, Bosé, Barthes, Benveniste, Benjamin, Bienvenida, Brecht, Bachelard, Babnes, Babieca, Bergson, Baudrillard, Babenf, Ballesteros, Borges, Balzac, Bacon, Becerril, Bettelhein, Beckett, Bercen, Boskov, Bly, Brenan, Beauvoir, Balbino, Brown, Bain, Bergamin, Balbin, Böhl, Baudelaire, Baroja, Benito, Benavente, Bachaumont, Baader, Balduino, Banchs, Berlo, Blum, Borg, Bueno, Bisky, Bunge, Bahamontes, y los que me dejaré. Todo un universo de heterología creado por la vecina alfabética de *A*. Y para más regodeo, la situación de destino de arma o cuerpo por imperativo de edad castrense se llama *situación B*. Y más aún; nuestro deporte nacional es el denominado balompié, también con *b*, más conocido por el anglicismo *fútbol*.

Decía Rubert de Ventos que «durante mucho tiempo (...) fuimos marxistas. Luego, marxistas-estructurales; después, freudo-marxisto-estructural-pre-edípicos, y ahora, disidentes semiológicos». Pero yo creo que Rubert se equivoca, porque ahora lo que somos es *barthesianobalompédicos*; así, todo junto. Estoy convencido, plenamente convencido. Ni descripcionistas, ni formalistas, ni adecuacionistas. No existen más teorías de las ciencias que las de los *tifossis*, *supporters*, *culés*, *periquitos*, *merengues*, *colchoneros* y demás. Ni

cierre categorial ni enfoque semántico. Ni Bueno ni Bunge Arconada, eso es.

De la estirpe del Zamora de jersei de cuello vuelto del *gato con alas* Ramallets y del *chepa* Iribar, *pulpo* Arconada es hoy probablemente la figura de la generación modernolátra.

Sanitier, Herrerita, Ciriaco, Quinocas, Panizo, Balmanyá y Reguilón, ya han pasado a la Historia; como aquel trío de ases del Barça formado por la *saeta rubia* Di Stéfano, Kubala y Puskas. O los cinco *linces* de San Mamés: Iriondo, Venancio, Zarra, Panizo y Gaínza. También permanece en las arcas museísticas del tiempo la furia de Pichichi, Iraragorri, Luisito Suárez, Gorostiza *bala roja*, Ben Barek *perla negra* o Sanitier, el *Di Stéfano de la época romántica*.

Nadie puede, al menos no debe, olvidar aquel *Alfil* que ganaba Ligas con Collar, Mendoza, Gárate, Ufarte y Luis. Ni el Madrid *pejo* de alineación con ritmo musical Araquistain, Calpe, De Felipe, Sanchís, Pirri y Zoco Amancio, Félix Ruiz, Grosso, Velázquez y Cunto. Creo recordar que no era de buen cristiano no saberse el Credo de memoria y la alineación del Real Madrid de carrerilla.

Una de espías

Aprovechando el fin de semana viajo hasta Gijón acompañado de Gonzalo Suárez para contemplar un importante encuentro internacional: Francfort-Tarru. Gonzalo lleva encomendada una misión especial. Un secreto que promete contarme al final del encuentro.

Llegamos al Molinón. Todo espectáculo, todo fiesta, todo ceremonia. Vibra el cemento. Nuestro cuerpo social y parte de la *intelligentsia* están salpicados entre los forofos. Los de tribuna fuman puros a lo Paco Yagüe. Allí está García Hortelano junto a Alfonso Cabeza. Cabeza junto a Garrigues. Dámaso Alonso charla con Amancio. Vicente Verdú como feligrés solitario.

Es una esquina soleada, casi a ras de césped, se encuentra Vázquez Montalbán con barretina. Más arriba, entre flamear de banderas, Savater. En un anfiteatro, boleto en mano y simultáneo radiofónico en la oreja, el profesor Abellán. Torrente Ballester sumido en la zona de sombra.

Saque de centro. Comienza el partido. Un partido de poder a poder. Gonzalo saca una pequeña libreta y comienza a tomar notas. Toma y daca. Se celebra un encuentro intereseuelas. El conjunto de Francfort emplea la *teoría crítica* del cuatro-tres-tres frente al panlingüismo lotmaniano de Tartu. Un regate inverosímil de Benjamín, auténtico obrero del terreno de juego, hace hueco con la punta de la bota y envía el esférico al larguero de la puerta que defiende Lotman. Un balón que llevaba olor a red. ¡Vivivivibra el cemento! Agitar de banderas alemanas.

Cambian las tornas. Dominio territorial de los soviéticos. Apabullante intervención diabólica de Averincev por el lateral derecho que acaba en arnao de Scholem. Ferrater Mora queda impávido ante el fútbol *tercero ojo* de Tartu.

Después de mucha monotonía y poco juego llega el descanso. Ya en la segunda mitad, un ritmo de juego más ágil. En el marcador aún campea el 0-0.

Toporov, pese al estrecho marcaje de Adorno, penetra en el área pequeña con verdadero peligro. ¡Gol! Magia potagia. Ha sido gol. Dámaso Alonso impretérito. Savater, cabreado, se marcha a la búlgara. Un forofo se suicida. Cabeza cuchichea con Garrigues. Gonzalo anota. Torrente continúa sumido en el gozo de la sombra. Abajo, junto a la valla y detrás del linier, se oyen rugidos, gritos y alaridos, que lanzan improperios salientes de unos bigotes de crines asturcones: ¡Pero si es Cueto! —exclamamos al unísono Gonzalo y yo.

Segundo gol de Tartu. Era el 2-0. La tribuna se tambalea. El anfiteatro de la margen derecha es un aluvión. Los vigilantes periféricos corren hacia el centro. El árbitro también. ¡Marchémonos de aquí, rápido! —vocifera Gonzalo ocultándose entre la hinchada como un arenio proteico.

Atravesamos la muralla filosófica de Trías, García Calvo, Aranguren y Paniker. ¡Vaya media! —exclamo— El encuentro, para mi cardiaco. Primeros los regates. Los pases largos se perpetuan. Tijera de Uspenski en el área de Lotman. Saque de banda.

Ya fuera del Molinón emprendemos la vuelta a Madrid. Gonzalo decide contarme el secreto y la fuga: desbandada. Al parecer le pillaron. Haverlange le vio tomar notas. Me temo que había vuelto a las andadas.

—Fueron los años en que el Inter de Milán quedó campeón de todo. Ganó el *Scudetto*, la Copa de Europa y la Copa del Mundo, que no sé si se llama así. Corría la década de los sesenta e Italia estaba mucho más avanzada que nosotros en lo que a violencia y pasión se refiere. Cuando Helenio Herrera llegó a Italia ya había hecho para el espectáculo sus informes cuando estaba en Barcelona, se encontró con que desconocía los equipos, a pesar de que es un hombre muy meticuloso que dispone de un fichero muy completo de jugadores y tácticas. Tras un principio extraordinario en que empezó a golear, rápido le tomaron la medida y se encontró con el famoso cerrojo.

—No, gracias, no tomo pastis.

—Helenio me pidió que fuera a hacerle informes de los equipos que iban a jugar contra el Inter el domingo anterior, es decir, espionaje balompédico. Estuve dos temporadas, la más importante fue la primera, en la que hice los informes de manera más intensiva porque entonces Helenio aún no estaba familiarizado con el fútbol italiano. Me situaba en tribuna con un bloc y un bolígrafo y allí me rompía la cabeza, dado que había que hacer informes de un equipo y su rival, pero luego existía un informe individual y otro táctico. Y claro, tomar todos esos datos era tremendo. Aparte que era peligroso porque si te veían apuntar se ponían agresivos. Había que hacerlo con mucha discreción.

Así fue. Gonzalo había vuelto a las andadas.

Con la mirada distraída y el «Marca» bajo el brazo

De camino al quiosco de la esquina me cruzo con Eugenio Trías en el paso de peatones. Con mirada distraída a lo Proust y bigote enfurecido a lo Tejero, deambula entre el *fenómeno* y el *logos* con el «Marca» bajo el brazo.

Grandes titulares ocupan las primeras páginas de la prensa deportiva. Adquiero el «As». Una foto, Horkheimer abatido,

a toda página. Un titular: ROCABRUNO BATE A DITIRAMBO. Sin circunloquios voy directamente a la crónica del partido de ayer.

Francfort: *Horkheimer; Fromm, Pollock, Benjamin, Adorno, Marcuse, Löwenthal (m. 59, Habermas); Wittfogel, Scholem, Borkenau y Grünberg.*

Tartu: *Lotman; Ivanov, Uspenkij, Minc, Tolstoj, Segal, Rezvin, Elizarenkova, Toporov, Civ'jan y Averincev.*

Goles: *1-0. M.50. Toporov resolvió un lanzamiento desde la derecha por parte de Civ'jan.*

2-0. M. 56. Un avance llevado entre Averincev y Segal, en sendas paredes, es rematado por el último.

3-0. M. 73. Rezvin culminó un centro de Toporov.

4-0. Tolstoj cerró la cuenta goleadora de su equipo al rematar un rechace del defensa Fromm.

Arbitro: *Urizar Azpitarte, del colegio vizcaíno. Discreto. Anuló justamente dos goles a Tartu. El primero a Elizarenkova en el minuto 61, por fuera de juego de éste. El segundo a Toporov en el minuto 85, también por fuera de juego. Enseñó tarjetas amarillas a Adorno (minuto 9), por dar con la mano al balón, y a Habermas (minuto 70) por protestar. Habermas, procedente de los juveniles, sustituyó a Löwenthal en el minuto 59.*

Lleno a rebosar en el estadio El Molinón. Más de 25.000 espectadores en el campo. Recaudación de 6.700.000 pesetas. Muchas banderas soviéticas y seguidores de Tartu. Público muy correcto. Al principio abucheó de salida al conjunto alemán y a su capitán y guardameta Horkheimer en repetidas ocasiones, en recuerdo de su actuación en el partido de Liga que enfrentó a ambos equipos. Los seguidores de Francfort aplaudieron los goles de Tartu. Al final, los aficionados soviéticos entonaban el «campeones, campeones».

Tartu goleó a Francfort en el segundo tiempo con cierta facilidad. En la primera parte el equipo soviético, ya asegurada su participación en la próxima temporada en la Copa de la UEFA, se encontró con un enemigo bastante difícil de superar. El conjunto alemán resultó un equipo molesto, correoso, que se defendió muy bien, y que, además, en ese período se encontró con un portero como Lotman, pleno de aciertos.

En la segunda mitad, el partido adquirió interés, motivado principalmente por los goles. El encuentro pasó entonces a ser entretenido, aunque la calidad del juego dejase bastante que desear. Tartu acertó a abrir el marcador al poco tiempo de iniciarse la segunda parte.

Páginas más adelante, la primera entrega de una serie, a modo de encuesta, que lleva por título *Los equipos de nuestros escritores.*

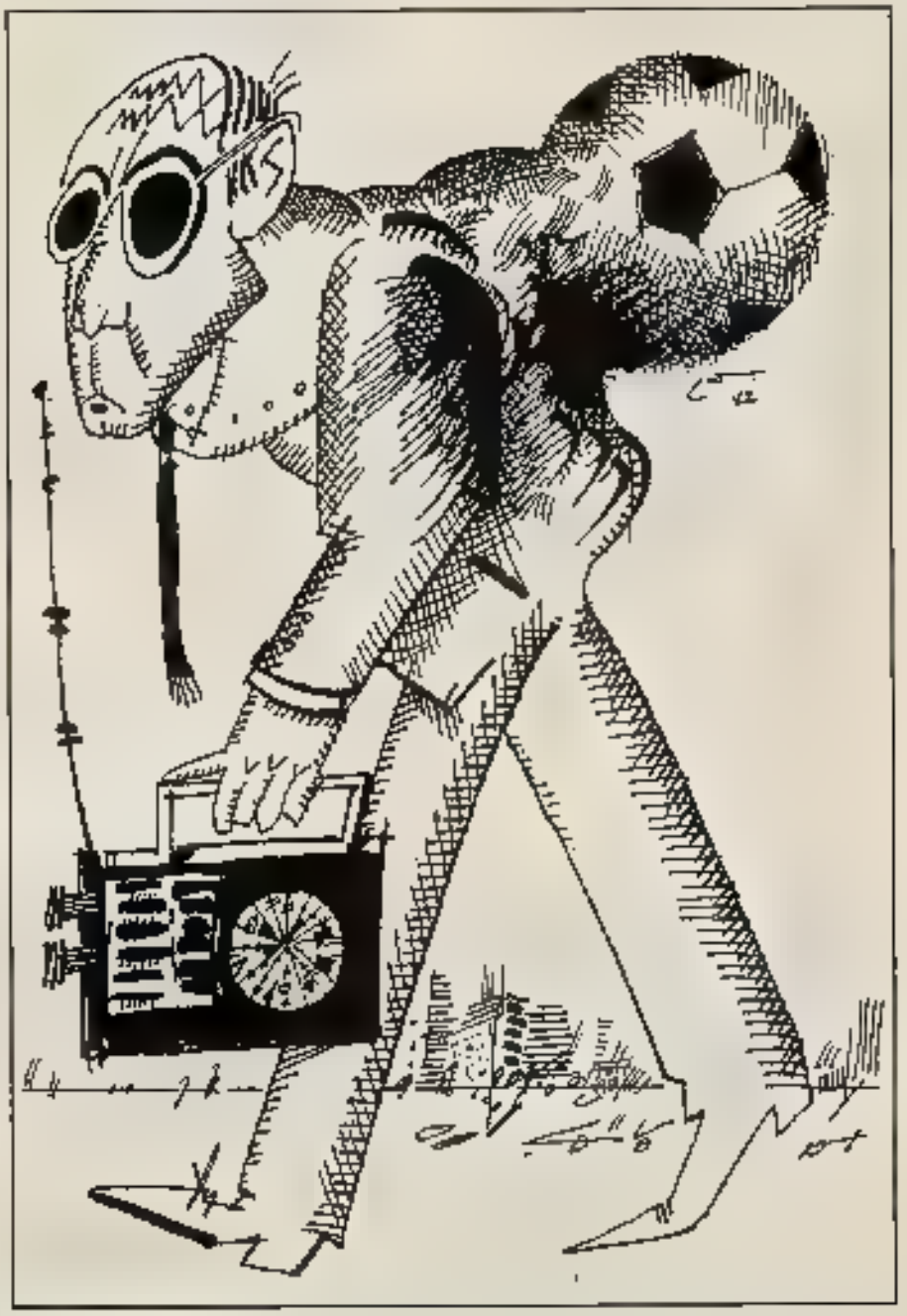
Juan García Hortelano (del Atlético de Madrid; quien por cierto, tiene menos porvenir que un miskito en Nicaragua): «El Atlético de Madrid es el poder ejercer la capacidad que todo ser humano tiene, al menos una vez a la semana.»

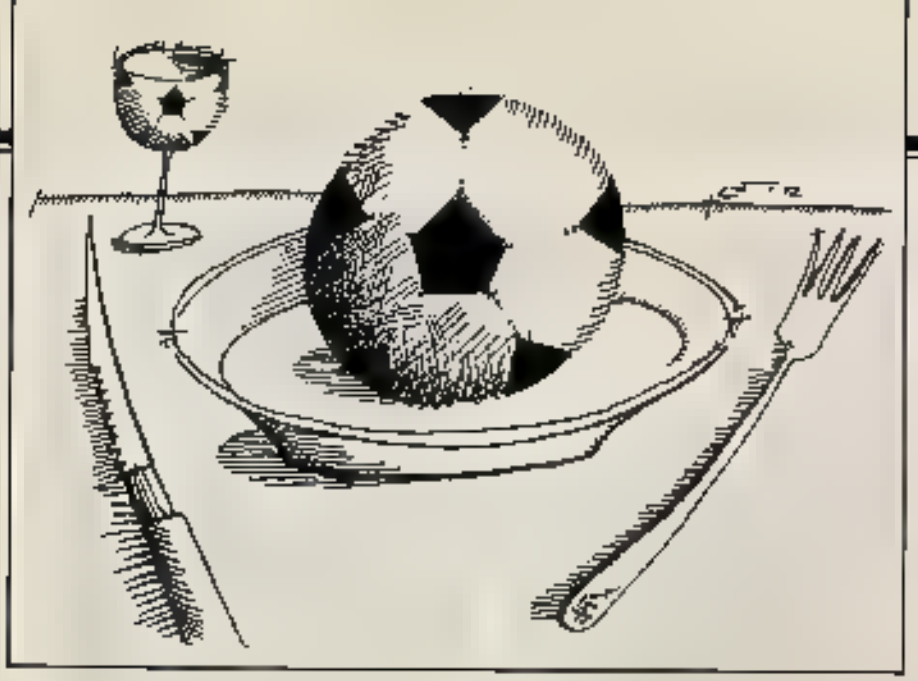
Manuel Vázquez Montalbán (del C.F. Barcelona, pero que analiza togliattescamente al Real Madrid): «Yo prefiero ser irracionalista en fútbol y así no tengo que serlo en otras cosas. Mi instinto sectario se sacia con el barcelonismo, y así no tengo que ser sectario en literatura, en amor o en política.»

Vicente Verdú (del Elche F.C.; devoto de Baudrillard y del Nuevo Estadio): «El Elche es una ilusión con abnegación, es un ámbito de atención ilusionada.»

Juan Cueto (del Spórting de Gijón. Jamás le darán el premio a la corrección, nos referimos a Cueto, evidentemente): «El Spórting ha sido el mejor equipo de los últimos cuatro años. Con ese fútbol de jugadas por los extremos, con un fútbol norteño... Pero a mí lo que realmente me gusta es trabajarme al linier y amedrentarle, sobre todo desde que vi levantar el banderín ante el último gol de Quini a Claudio. ¡Eso no se le mete a un amigo!»

Lo dicho; ni cierre categorial ni cierre patronal. ■ J.B.F.





MANUAL DE URBANIDAD

COMO COMPORTARSE EN EL MUNDIAL

LUIS CARANDELL

He leído en alguna parte que el gobierno de Kuwait pidió extraoficialmente al Ayuntamiento de Valladolid que fuese preparando 10.000 prostitutas para atender a los 10.000 aficionados que se trasladarán a la ciudad castellana con motivo de los encuentros que va a celebrar allí la selección de su país. El alcalde socialista de la ciudad, González Bolaños «Filtrú» como quien no quiere la cosa la noticia en una comida con periodistas, y la cosa produjo ■ revuelo consiguiente. Parece que a los kuwaitíes, que se estrenan ante la opinión pública mundial como estrella futbolística del mundo árabe, les interesa poco la imaginería barroca del Museo de Escultura y exigen que la ciudad donde ellos van a jugar esté dotada de las mínimas «comodidades».

Un alcalde, y menos si es socialista, no puede, naturalmente, organizar semejante infraestructura sólo para complacer las exigencias de un gobierno con petrodólares. Lo que sí ■ pregunto es cuál va a ser el impacto que sobre Pucela, nombre familiar de Valladolid en Castilla, va a tener la presencia de los diez mil jeques cuya demanda parece haber quedado insatisfecha. No hay duda que, a estas horas, la llegada de los kuwaitíes ha sembrado ya el pánico entre las «señoritas de Valladolid» y entre sus padres, hermanos y novios si es que estas figuras representan aún lo que solían representar en las comedias costumbristas.

Este de los kuwaitíes es el caso más llamativo del impacto mundialista sobre las ciudades españolas. Pero no es el único. La presencia de *tifosi* italianos, de *hooligans* ingleses, galeses o escoceses y de forofos de todo el mundo va a hacer que las mujeres españolas, que habían conseguido ya cierta libertad de movimientos, recuperen el viejo hábito de estar en casa a las nueve como si volviera a mandárselo su padre, personaje en desuso en los últimos años. Así, el Mundial va a significar cierto retroceso en la moral pública del país, de manera que los visitantes extranjeros se convenzan de que la Carmen de España no es desde luego la de Merimée.

Pero, hay más. Las autoridades policiales ya saben a estas horas que los Mundiales van a traer a una legión de carteristas, proxenetas, prostitutas (no sé quién fue la autoridad que tuvo la pronto abandonada idea de importar un barco de deslumbrantes brasileñas vestidas con sombreros de plumas) y otras gentes que, reforzando a sus colegas nacionales, impondrán su ley en estas semanas y harán brillar de nuevo por contraste la decencia y honradez proverbiales. Súmese a esto la presencia de incontrolados y ruidosos forofos extranjeros dispuestos a romper todo lo que encuentren a su paso, que puede contribuir un poco a superar el complejo de rudeza español mediante la contemplación de la rudeza foránea con la vieja filosofía de que en todas partes cuecen habas.

La palabra «venta», en sus acepciones de marketing resume muy bien los diversos contenidos de la operación mundialista. Es un acontecimiento que va a ser visto por televisión por unos mil millones de personas en todo el mundo hay ante todo una operación de «venta» de imagen. Se trata de «vender España»; no de «vender a España» como en los viejos relatos de traición pero sí vender todo lo que se ponga a mano y no solamente insignias, banderitas, medallas y otros souvenirs para la fabricación de los cuales trabaja la industria desde hace meses. Y de vender también la imagen de un país turístico, hospitalario, divertido, soleado y con vírgenes que hagan exclamar a los visitantes al ritmo de pasodoble que «como en España ni hablar».

Políticamente, lo que va a «venderse» es el Estado y la concepción unitaria de España dentro de la diversidad, lo que podría quedar muy reforzado si la selección española hiciese un buen papel o, cuanto más, si lograse ser campeona. Pero también va a venderse la diversidad y, así, los Mundiales son ocasión para presentar en sociedad las nacionalidades y regiones del Estado Español en sus variedades aún mayoritariamente desconocidas por la opinión mundial.

Si usted no tiene nada que vender, si no le gusta el fútbol como juego, deporte o simulacro de guerra ni está entusiasmado con el programa del «Mundial cultural», lo mejor que puede hacer es huir. Y eso es lo que están pensando muchos españoles poco interesados por el espectáculo mundialista que va a desarrollarse no sólo en los estadios sino en las calles de las ciudades-sede. Calculo que serán muchos los que se recluyan en casa echando durante esas semanas

frecuentes ojeadas al televisor y vigilando que las niñas estén en casa a las nueve. O se escaparán si pueden hacerlo a las ciudades donde no se celebren encuentros, que gozarán de una prima de «tranquilidad» muy apreciada por un importante sector de la opinión.

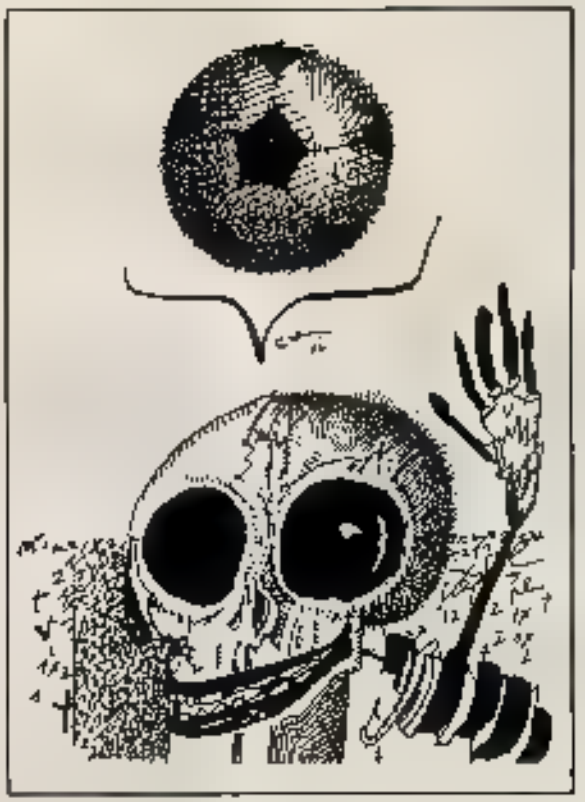
Por lo demás, en las familias, se prevén conflictos por la selección de programas televisivos, una resurrección de la guerra de las generaciones —el partido de fútbol que querrá ver el padre y el concierto rock para el hijo— y de la guerra de sexos, por la audiencia mayoritariamente masculina del «deporte rey». Los estadios estarán llenos pero, en ellos, los españoles serán minoría. Todo visitante extranjero trae entradas para los partidos y no serán muchas las que queden a la venta para la gente del país.

Será de incumbencia de las autoridades del orden público frenar los entusiasmos de los forofos triunfantes o frustrados, asegurar que, cualquiera que sea el estado de embriaguez en que se encuentren, puedan asistir a los encuentros para los que tienen entrada, vigilar que el terrorismo no quiera también «vender» su producto y proteger la confraternización mundial. ¿Se imaginan el éxito que sería que nuestro ministro de Asuntos Exteriores hiciera el saque de honor de un partido Argentina-Inglaterra, pacificado y por virtud balompédica el Atlántico Sur?

Los políticos, los industriales, los comerciantes y hasta los particulares que lo deseen (escapar de la ciudad y alquilar el apartamento a precios astronómicos) tendrán ocasión de hacer, en junio y julio, el proverbial agosto. Rentas políticas, rentas electorales, rentas simplemente, amistades, enemistades, matrimonios, noviazgos, lutos, apreturas, coscorrones, todo eso va a ser el Mundial y también algo de fútbol. ■ **L. C.**

REFUGIO ATOMICO PARA EL MUNDIAL

MANUEL VICENT



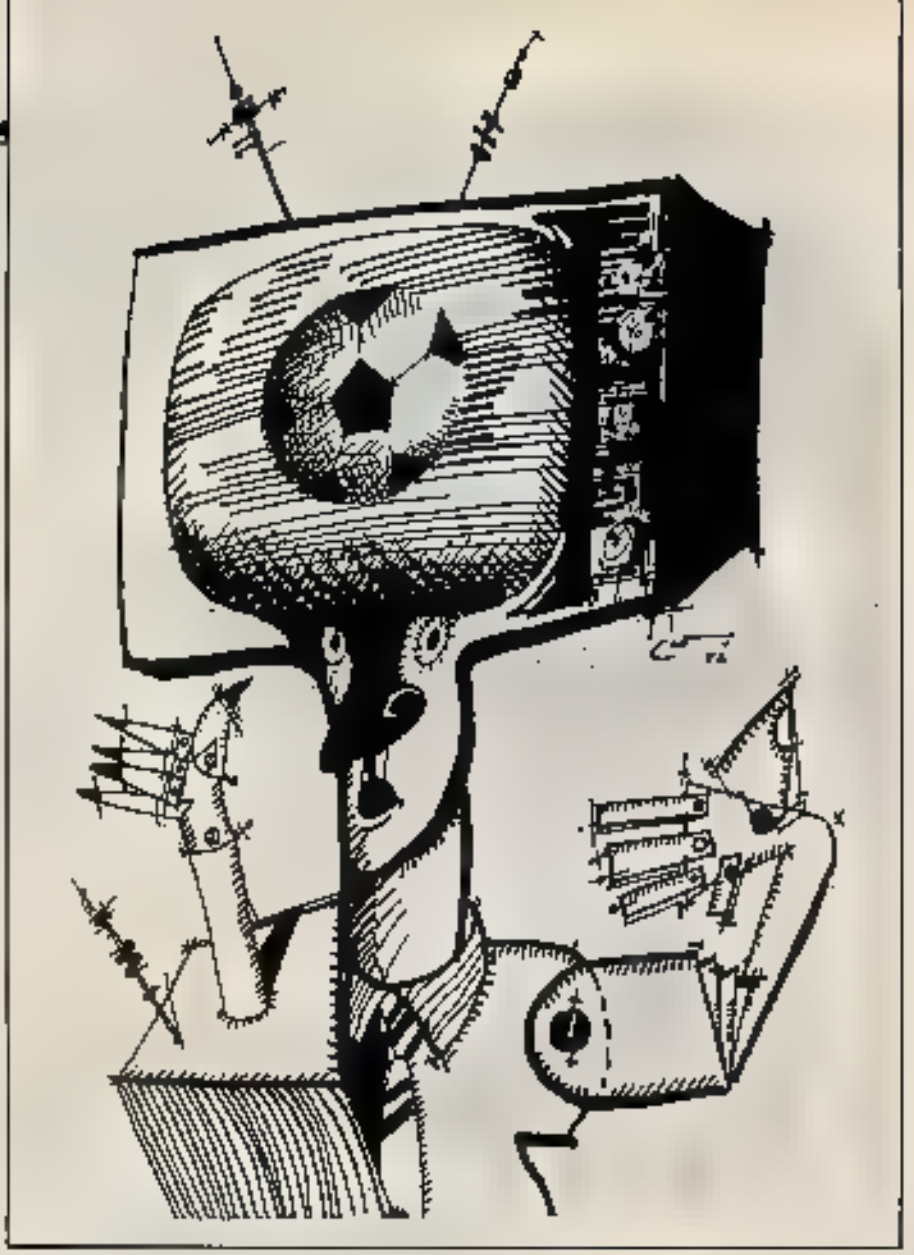
NO huyas, no te escondas, no emigres, no pidas la baja en el registro civil, no te metas en el refugio atómico. Dondequiera que vayas un balón de reglamento te perseguirá hasta el agujero más recóndito. Mejor será que aceptes las cosas como vienen y pongas buena cara ante el diluvio de patadas que se avecina. Algunos piensan quedarse en la cama y esconder la cabeza debajo de la almohada durante todo el mes. Otros ya están decididos a arrojar el televisor por la ventana. No hay escapatoria. El mundial de fútbol se ha convertido en una atmósfera. Todo el mundo acabará entrando por el aro. Cuanto antes te rindas, mejor. Pero hay que esperar que el equipo español sea eliminado a la primera de cambio para que este campeonato no se convierta en el *La, la, la* de Arconada en las diezmadas filas de UCD.

Esto va por sagas. Primero ha sido el juicio del 23 de febrero. La gente ya se lo ha tragado, con sus ruedas de molino incluidas. Si Martín Prieto no nos hubiera hecho el favor de escribir en *El País* unas crónicas estelares de esa acampada de golpistas, el tedio se habría apoderado de cualquier alma desde el cuarto día. Ese bolo alimenticio ha pasado ya al intestino ciego de la opinión pública y en este momento llega en su relevo el mundial de fútbol. Es preferible que nos hinchen de goles a que den un golpe de Estado. A fin de cuentas, si el equipo del 23 de febrero hubiera ganado, el campeonato no se hubiera podido celebrar, porque el césped de los estadios habría estado ocupado por una multitud de demócratas con manta y cantimplora. Imagínense el cuadro. Aranguren con una barba de cuarenta días recostado en un poste de la portería. Juan Luis Cebrián envuelto en periódicos censurados durmiendo en una grada. Francisco Umbral, lívido por el relente, pidiendo un vaso de leche templada al carcelero del segundo anfiteatro. Luis Carandell haciendo acordeones de papel en la lateral de pie. Fernando Savater jugando al dominó con fichas de cartón junto al banderín de córner. Manolo Vázquez Montalbán oliendo la marmita del rancho y teorizando sobre el arte culinario del campo de concentración. Y alrededor políticos, periodistas, líderes obreros y público demócrata en general, tirados en el dique seco, con los pantalones atados con el cordón de los zapatos, a la espera de ser juzgados por el altavoz de 100 en 100.

La democracia necesita un mundial de fútbol de vez en cuando. Entre el veredicto para los golpistas y el escrutinio de las urnas en las elecciones generales que se echan encima, está el marcador electrónico con todo el país cruzado a balonazo limpio. Tejero está igual una cura de amnesia. A fin de cuentas la democracia debe ser un

régimen aburrido en el que nunca pasa nada, una estampa de niños en el parque, aficionados en los estadios y domingueros en la sierra. Lo único que cabe esperar es que el mundial de fútbol pase rápidamente y que los responsables de su organización se sacudan el complejo de inferioridad, entreverado con gestos de nuevo rico y desechen la idea de anunciarlo como una homenaje inpecable. La gente está dispuesta a aguantar una vez más. La gente como uno sólo quiere algo medio decente: un vino español por aquí, un intercambio de camisetas por allá, cuatro tiros en el poste, los hoteles llenos, algunos balonazos rozando el larguero, los restaurantes con el negocio a tope, muchas zancadillas en el área y que España sea eliminada pronto para que no nos den la lata.

Demócrata, no huyas. Es mucho mejor contemplar los estadios rebosantes de público desde la salita de estar a través del televisor que ser tu mismo un componente derrotado por el equipo del 23 de febrero y ocupar la grada con un traje a rayas y gorrito de presidiario. De todas formas no hay escapatoria. Aunque estés en un refugio atómico o metas la cabeza debajo de la almohada, el balón te seguirá hasta el último escondrijo. Sal, no temas, da la cara. La democracia también es esto. Un ocho pasa en seguida. Es mejor una paliza de goles que un golpe de Estado. Los golpistas también estarán pendientes del marcador. Y al menos durante el mundial te dejarán tranquilo. ■



EL FUTBOL COMO TEATRO

IGNACIO DE LA VARA

Al fútbol se le ha puesto un marco: ya es una representación. El burgués del XIX convertía los teatros en su propia casa: sillones, terciopelos y dorados, un lustre, criados de librea. Su casa a la que abría una ventana, una embocadura; cuando se levantaba el telón, veía otra casa, otros sillones, otros terciopelos y púrpuras; y otra vez él, su amigo o su enemigo, representando la vida. O quizá un sueño, una aventura, un imposible. Ahora es su propia casa la que se convierte en teatro: ha llevado a ella el escenario. Un marco con un telón vidriado, opaco. Invita los días de gran partido, a sus amigos. Es una *loge* privilegiada, con whisky y empanadados –que llama sandwiches– de Mallorca o de Embassy, cenceros bien dispuestos y cajas abiertas de cigarrillos. Desaparece el telón, y el fútbol queda correctamente enmarcado, limitado. Ha perdido su borrascosa libertad, sus ramalazos de frío o de calor cuando le hace, su comunión con la masa, el berrido prolongado de los aficionados

pirados. Queda domesticado. La enorme sabiduría de los camarógrafos –tan excelentes, en España, cuando lo que fotografían les gusta, lo entienden y participan– reduce a la dimensión lógica del salón lo silvestre y enorme del fútbol: encuadra grupos, gestos, actitudes, movimientos. Los sujeta al escenario. Ya es un teatro.

Hay una pugna dramática clásica en este escenario: hay un protagonista, hay un antagonista. Como en Sófocles, como en Eurípides. Cuando en el escenario aparece un sector de público –defraudado, colérico, delirante, despectivo, aburrido, interesado...– estamos viendo el coro. Vestido de negro, austero y distante, el representante de los dioses: el árbitro. Como el rayo de Júpiter, salen de su bolsillo tarjetas de colores; como el trueno del Olimpo, se escucha su silbato. Como en la antigua tragedia, el hombre protesta de la inflexibilidad de los dioses, y el coro secunda o rechaza su protesta. Igual que la aparición de la electricidad y la utilización de los focos permitieron que el actor añadiese a la actitud el gesto, la mueca, la aparición de la cámara y el marco refuerza la interpretación del futbolista. Ya no es una figurilla perdida e insignificante vista desde la lejanía de las gradas. Ahora se ve en primer plano su gesto de dolor, y se sabe si la lesión es fingida o real. Se distingue con finura óptica el ballet del éxito, los abrazos y cabriolas de los autores y coautores del gol; la humillación del portero burlado. El sudor y las lágrimas o las carcajadas del entrenador en su banquillo.

La acción se va desarrollando. Como en el buen teatro, poco a poco se va acercando el final: el espectador listo lo prevé. Puede haber un clímax, una sorpresa. Hay siempre una improvisación y, por lo tanto, un imprevisto. Algo que siempre ha buscado el teatro. Lo consiguió una vez en su historia, con la «commedia dell'arte», y lo perdió luego. En escuelas de arte dramático hay clases de improvisación: se enseña a improvisar, tratando de vencer una contradicción. En el fútbol se trata de invertir el término: los estrategas de la caseta y de la concentración con encerado y abstención sexual tratan de anular el *fatum*, el azar sospechoso, y encerrarlo en normas y leyes. Es otro imposible; y de la dialéctica de ese imposible (estrategia y azar) va saliendo la teatralidad del fútbol, su posible grandeza, su inquietante humanismo.

El espectador doméstico lo contempla con esa contemplación expectante que se tiene en el teatro; donde se participa y al mismo tiempo no se participa, se puede obtener la distancia. Entre un trago largo de Chivas y el sabor de la finísima trancha de *saumon fumé* dentro de la geometría exacta del pan negro. Tiene su mejor teatro en su mejor casa. Lo que le faltaba a este fútbol enmarcado para ser teatro lo tiene ya: la voz. El locutor y sus comentaristas contratados van subrayando lo que se vé. Hay exquisitos que quitan el sonido del televisor y ponen, en su lugar, el de la radio que transmite el mismo partido, donde uno de los grandes hombres de la retransmisión sin imagen ofrecen mucho más texto. Más exquisitos aún que lo graban en su vídeo para repetirse a sí mismos el placer: son ya, ellos mismos, directores de escena, capaces de *ensayar* como se hace con los actores: descomponer la acción en «cuadro a cuadro», pasar escenas a gran velocidad, o al contrario con lentitud. Fijar las imágenes en un solo momento suspendido. Formas de matizar el trío de exposición, nudo y desenlace; formas de contener la unidad de acción, de tiempo y de lugar. Y así el fútbol se ha hecho teatro. ■

I. de la V.

BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

¿Han enviado ya un ramo de orquídeas a Kissinger?

–Sí. Don Raimundo.

–Entonces el Mundial 82 puede empezar.

Saporta lanzó una nube de colonia Paco Rabanne sobre su propio cuerpo y dejándose llevar por una incontrolada orden de su subconsciente gritó:

–¡María, el abanico!

–Que yo sepa aquí no hay ninguna María y no veo ningún abanico.

Comentó Pablo Porta.

–¿No?; ¿y qué más da? Si tuvieras corazón de poeta, ojos de poeta, gritarías conmigo ¡María, el abanico!

–¿Por qué?

–Porque estamos en junio, va a empezar el Mundial y hay que llevarse un abanico imaginario a los palcos, sean para el espectáculo que sea.

Saporta iba y venía, miraba y cerraba los ojos, creía escuchar y ni siquiera oía a Pablo Porta.

–Pero, ¿qué haces, Raimundo? Nos está esperando la señora ministro.

–Ah. Es ella la que espera. No nosotros. Del Rey abajo ninguno. Que venga ella aquí o yo no muevo ni un pie.

Con una mano se daba aire irreal con un abanico inexistente y con la otra dirigía una orquesta que llevaba en el fondo del corazón, mientras sus labios contenían más que tarareaban la música que todos sus nervios estaban creando.

–No quisiera sacarte de las profundidades de tus pensamientos, pero la señora ministro nos está esperando y si no acudes a la cita con la señora ministro no empieza el mundial y si no empieza el mundial el mundo entero pierde el espectáculo más grande jamás contado, un espectáculo que se debe a ti, sólo a ti, Raimundo.

Lagrimean los ojos de Saporta cuando buscan el acantilado rostro de Pablo Porta.

–¿Lo dices en serio, Pablo?

–De corazón. De corazón *epañal*. Con la misma sinceridad como cuando grito: *¡Vivaepaña!*

–Hacía tiempo que no me decías cosas tan bonitas, Pablo. ¿Recuerdas aquella vez en que nos encontramos en la demostración sindical de San José Artesano? Nos presentó el Caudillo. Yo llevaba un traje de estambre color cárdeno y tú calzabas botas camperas con espuela de oro.

–¿No me confundes con Angel Peralta?

–La luz del sol poniente te dibujaba una silueta de oro y tu me dijiste: *¿Saporta? eso me suena a horizonte lejano.* Chiquillo. Se me puso la carne de gallina.

–Yo jamás he dicho una majadería semejante. Ahora Raimundo, por favor, nos espera la señora ministro.

–¡María el abanico!

–¡María el abanico!

Gritó a su vez Pablo Porta dispuesto a llevar la corriente a don Raimundo y nada más oír la solidaria proclama de Pablo Porta se cogió Saporta un pellizco de chaqueta con una mano y con la otra agitó el abanico para que el abriera pasillo y aire. La majestad encarnada era don Raimundo descendiendo la escalinata del Palacio de Congresos y al pie de la escalinata les esperaba doña Soledad Becerril a medio luto por la inminente muerte de la primavera.

–¡María, el autogiro!

Reclamó Saporta y don Pablo le guiñó el ojo a la ministro para que secundara las peticiones de don Raimundo. El helicóptero les esperaba sobre el asfalto y a él se subieron, pero nada más entrar don Raimundo lanzó un respingo.

–Ah no, eso sí que no. Si Henri no viaja con nosotros, un servidor no se mueve. Ya se le puede poner en la peinera a la señora ministro, y usted perdone, pero yo sin Henri no me voy a Barcelona en este artefacto.

–Kissinger ya está en Barcelona.

Dijo Soledad Becerril con el tono más sereno que encontró en su repertorio de tonos serenos para primaveras descendentes.

–Lo dice para engañarme. ¿Qué le han hecho a mi Henri?

–Te lo encontrarás en el palco presidencial, Raimundo.

–Júramelo.

–Te lo juro.

–Por la memoria de Franco.

–Por la memoria de Franco, te lo juro.

–Te creo Pablo, te creo. Tengo unas ganas de que esto se acabe. No lo sabe usted bien señora ministro, porque uno ha tenido que aguantar, ay virgen de Bucarest, lo que este pobre Raimundo ha tenido que aguantar.

El helicóptero sobrevoló la Castellana y viró hacia el este.

–¡María, el cajón de naranjas!

Fue Porta quien resignadamente puso un cajón lleno de naranjas ante Saporta y el Hombre empezó a lanzar naranjas sobre la geografía parda de una España a vista de pájaro.

–Le vas a dar a alguien y me verás tú.

–Siempre tan pusilánime, Pablo. Quiero que en el futuro se sepa que Raimundo Saporta dibujó su recorrido con la humilde naranja española. En el futuro se sabrá que Raimundo Saporta tuvo su hégira de Madrid a Barcelona para inaugurar el Mundial de Fútbol más grandioso que contempló la historia.

Saporta sacaba la cabeza por la ventanilla y gritaba:

–¡Jehova, rey de los judíos! Esta es la obra de Raimundo, hijo de Daniel de Neftalí, de la tribu de los descendientes de Jafet... ¿Has oído, Pablo?; ¿ha oído usted señora ministro?

–¿Qué le pasa ahora, Raimundo?

–Jehova me ha contestado. Me ha dicho: Encantado. ¿Lo ha oído usted?

El piloto del helicóptero asintió convencido.

–Siempre está por aquí. Siempre me lo encuentro cuando hago esta ruta. Se ve que le va bien esta altura.

–¿A quién se refiere usted?

Preguntó la ministro sin desmesurar el tono primavera vencida para atardeceres malvas.

–A Dios, naturalmente. Es muy campechano. Incluso un día me dijo que éramos paisanos.

–Por el acento deduzco que es usted de Alcañiz, como Pilar Narvión.

–Usted lo ha dicho señora ministro.

–¡Haz que gane España. Jehova, señor de la vida y de la muerte, de la derrota y de la victoria!

Pablo Porta miraba con los prismáticos por si veía a Dios y murmuraba indignado consigo mismo.

–Una vez que dice la verdad este majara y se me escapa. Vaya oportunidad.

–Estamos cruzando el Sistema Ibérico. Aquello es la Depresión del Ebro.

No les dio tiempo a impedirlo. Don Raimundo se había puesto a orinar sobre el Ebro.

–Perdone señora ministro, pero no puedo soportar los pueblos secos. No hay nada como un pis a tiempo para vaciar el espíritu. ¡María las castañuelas!

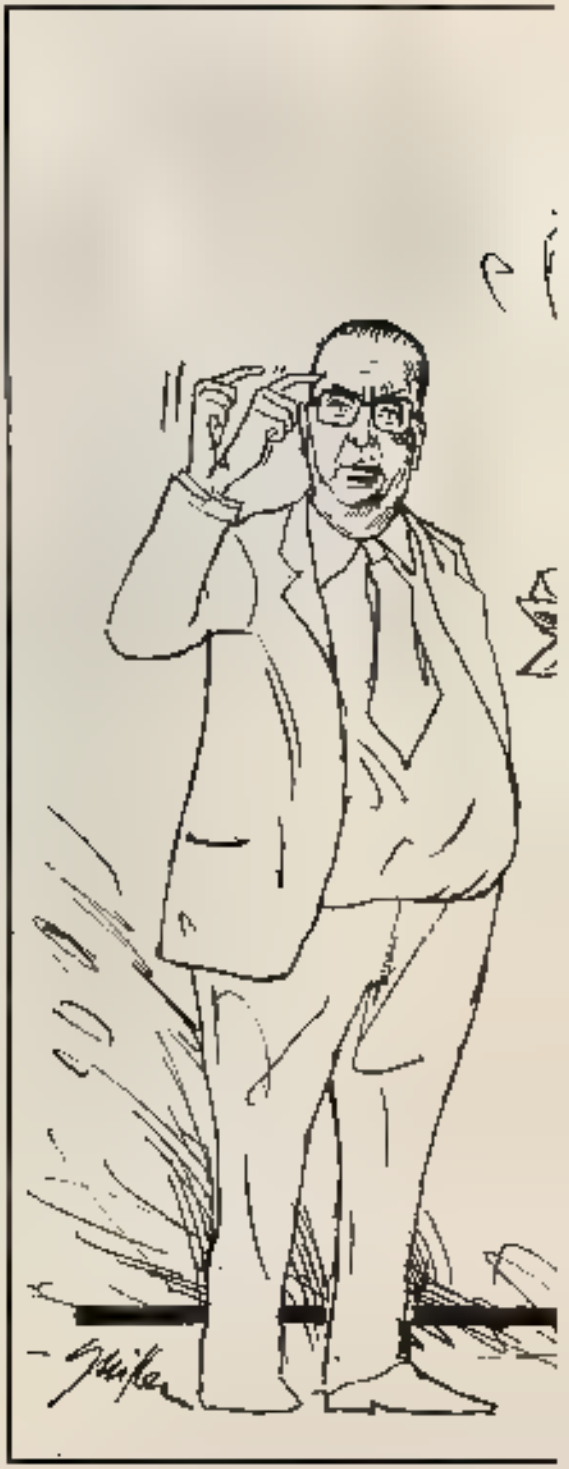
Porta le entregó unas castañuelas y Raimundo Saporta se las puso y empezó a tocar el zapateado de Sarasate. Todo indicaba que iniciaba la fase de precalentamiento con vistas al momento de la llegada a Barcelona y en efecto, don Raimundo bajó del helicóptero con las castañuelas en ristre y el zapateado de Sarasate en el aire y en el repicar de sus zapatos contra la malla asfáltica del aeropuerto del Prat.

–Esto no estaba en el programa.

Le dijo el alcalde Narcís Serra a su jefe de Campo Luis Reverte.

–Tú haz como si fuera lo más normal del mundo.

Narcís Serra cogió por el talle a Raimundo Saporta y las dos personalidades bailaron el zapateado mientras don Raimundo no dejaba de tocar las postizas con el embeleso en los labios finos humedecidos por la saliva del éxtasis. El pasmo de la prensa extranjera fue convertido en burdo talante provinciano por obra y gracia de la ministro Soledad Becerril que ni corta ni perezosa se sacó un par de bande-



rillas del bolso y se las clavó en la espalda del señor Max Cahner, consejero de cultura de la Generalitat de Catalunya. Nada más sentir las banderillas en la espalda, Max Cahner dejó caer sobre los pies de Pablo Porta una roca de Montserrat que siempre lleva a cuestas para recordar lo mucho que hay que hacer todavía por Catalunya y al sentirse agredido por el cosmos en el punto exacto de su pie derecho, el señor Porta dijo un reniego que explotó a un milímetro del rostro de doña Maria Ferrusola señora de Pujol. Nada pasó inadvertido al presidente de la Generalitat, pero en la obligación histórico-vital de asumir todas las rarezas de la gente de Madrid, le hizo entrega a Pablo Porta del nomenclátor de la Generalitat de Catalunya y a don Raimundo Saporta del precio incorrupto del conseller Fivaller. Como doña Soledad Becerril quedara a la espera de un obsequio, Pujol se disculpó después de registrarse concienzudamente los bolsillos.

BESTIARIO

–Mecachis, señora ministro. No contábamos con usted. A ver si llevo algo que le guste. ¿Quiere un mechero sin recambio?; ¿quiere una cajita de Valium?; ¿una medalla de la «moreneta» que siempre llevo cosida en los calzoncillos?; ¿un bolígrafo Bic que escribe muy bien?

–Dejémoslo. No he venido a Cataluña a recibir regalos, sino a inaugurar el mundial.

–Y diga usted que sí, señora ministra. ¿Qué se siente cuando se está a punto de poner en marcha un mundial de fútbol?

Preguntó Pujol mientras la comitiva se ponía en marcha, Soledad Becerril no se hizo repetir la pregunta.

–La satisfacción del deber cumplido.

–¿Justo el resultado?

Insistió Pujol acercando a los labios de la ministra un recipiente varón de yogur Danone.

–Un tres a uno hubiera reflejado la diferencia con mayor justicia.

–¿Pesó mucho el factor público?

–Cuando una sale al campo lo hace a sudar la camiseta y se olvida del público y de todo.

–¿Renovará para la próxima temporada?

–Yo tengo un contrato hasta el treinta de julio. A su tiempo me reuniré con la directiva. Por mí no habrá problemas.

Saporta se abrió paso a manotazos y se plantó entre el Honorable Pujol y la señora ministro.

–Si quiere usted hacer preguntas, venerable...

–Honorable...

–Respetable.

–Honorable.

–Adorable.

–Simplemente honorable...

–Qué más dá. Pues si usted quiere hacer preguntas me las hace a mí porque está no sabe nada de nada de esto. Para ella la cultura y para mí el deporte.

Pablo Porta estaba al quite y se puso a reír, como si la intención de Saporta fuera el sarcasmo y no la manifestación de la feroz inquina que sentía porque Soledad Becerril era rubia hasta unos extremos que a él le estaban vedados.

–¿Has visto qué rubia es?

Le dijo lloriqueando a Pablo Porta.

–Es esta luz.

–Que no, que es rubia. Tú lo dices para consolarme. Y pensar que yo de pequeño, en Rumanía, también era rubio.

–Consuélate, Raimundo. Peor lo tengo yo que jamás fui rubio.

–¿Nunca?

–Nunca.

–Pobrecito. Mira, te perdono todas las canalladas que me has hecho desde que empezó este lío. Vamos corriendo al campo que Henri debe tener unos nervios que pa qué. ¡María, el abanico!

La policía municipal de Barcelona abría paso a la comitiva. Lentamente emergió en el horizonte el estadio del Club de Fútbol Barcelona.

–Pero ¿qué ven? ¡Aún hay albañiles en el estadio!

–Núñez los ha fichado para que no pongan ladrillos en Chamartín.

El presidente Núñez les esperaba en la puerta del estadio. A su lado, João Havelange, presidente de la FIFA.

–¿Se conocen?

Preguntó Núñez en el momento en que Saporta empezó a derribarle y luego a pisotearle como si fuera un felpudo que se interpusiera en su camino hacia el estadio.

–¡Henri, uuuuuuuuuh! ¿Dónde está mi Henri?

Kissinger escuchó los reclamos de Saporta y trató de esconderse en un rincón del palco presidencial.

–¿Por qué se esconde, Mr. Kissinger?

–¡Viene Saporta!

La noticia de que Saporta se acercaba causó estragos en el Palco Presidencial. En vano el capitán general de la IV Región Militar, general Sáenz de Santamaría advertía que era imprescindible quedarse para consolidar la democracia. Las fugas no cesaban y el peor parado fue el propio Kissinger sorprendido en el momento de saltar la valla por el estentóreo grito alborozado de Saporta.

–¡Henri! ¡Eres tú! ¡Tantos meses soñando en este momento!

Kissinger fue abrazado, estrujado entre los brazos de Saporta súbitamente convertidos en tenazas trituradoras. Kissinger notó como entre los muchos huesos rotos también quedaba en trizas el marcapasos de su corazón y un segundo después caía fulminado por el rayo de la muerte. Saporta lanzaba rugidos de león herido y nadie osó discutirle la decisión de sentar a Kissinger muerto en la primera fila del palco presidencial, a su lado y que le fuera explicando cuanto ocurría como si el problema de Kissinger fuera la ceguera y no la muerte.

–Henri, ahora cientos y cientos de personas dibujan sobre el césped la paloma de la paz. ¡Oh, Henri! ¡Qué bonito! Miles de niños cantando una hermosa canción en vernáculo. No sé si cantan en valenciano o en catalán.

¿Que li donarem a la parreta?
¿Que li donarem que li sapiga bé?
Jo li duria una pistoleta
i a la senyoreta la faria amor.
Te lo traduzco al castellano, Henri
¿Que le daremos a la parcelita?
¿Que le daremos que bien le sepa?
Yo le daría una pastilla anticonceptiva
y a la señorita la haría ir.

¿Oyes Henri?; ¿comprendes Henri? Cuán dulce ingenuidad. Ahora salen fieros guerreros curtidos dispuestos a jugarse la vida en este partido trascendental. Cierro los ojos Henri y todo ha terminado. En este fin está mi fin y mi principio. Ahora me dedicaré otra vez a la banca y al baloncesto. Pero antes me iré a la Feria de Sevilla y te traeré una gargantilla de corales, unos zarcillos de plata y una alianza.

–Alguien tendrá que decírselo.

Opinaba Pujol, en la indecisión de ocupar un puesto en tribuna, indecisión que compartía todo el séquito. Fue Soledad Becerril la que tomó la decisión y se acercó decididamente a la patética pareja.

–¿Me puedo sentar aquí, don Raimundo, mientras esperamos a su majestad?

–No faltaba más, señora ministro. Mire quién me acompaña. No sé si se conocen. Mr. Henri Kissinger, doña Soledad Becerril.

–Encantada, Mr. Kissinger.

–Sálvela a la señora ministro, Henri. Estos americanos son como niños. ¿Tardará mucho el rey? ¡Qué calor! ¡Es un calor húmedo este puñetero calor catalán!

Pujol estuvo a punto de decirle cuatro cosas bien dichas; pero le contuvo Narcís Serra llevándose significativamente un dedo a la sien.

–¡Tenim una calor de collons de mico!

Gritaba Pujol muy airado y Pablo Porta lo tradujo gentilmente a la señora ministro.

–Tenemos un calor de cojón de mono. A Pujol le gusta mucho el calor catalán.

Y en cuanto el Rey quedó enmarcado en la puerta de la antesala del palco, Saporta en pie, rígido, se llevó la mano abierta a la sien al grito de:

–¡María el abanico!. ■ **M.V.M.**

(Ilustración de Guillén.)

«Mi tesis doctoral se llama "El contrato de trabajo deportivo", un estudio sobre la relación laboral del futbolista con el club.»

Conversación con José Cabrera Bazán

DE INTERIOR DERECHA A SENADOR DE IZQUIERDAS

SABIDO es que todos los hombres, al nacer, están destinados a ser platónicos o aristotélicos. Los que nacen en Sevilla, además de aristotélicos o platónicos, han de ser béticos o sevillistas. Más aún: los platónicos suelen ser béticos, y los aristotélicos, sevillistas.

José Cabrera Bazán, sevillano de nación, fue profesionalmente bético y sevillista. ¿Ecléctico, quizá? No lo sabemos. Porque, como cualquier español sabe, nuestra Constitución en su capítulo segundo, sección primera, artículo 16, apartado segundo, dice así: «*Nadie podrá ser obligado a declarar sobre su ideología, religión o creencias*».

Y sabido es, asimismo, que ser sevillista (y sobre todo bético) más que una idea, más que una creencia, más que una ideología, es una religión. Y no porque el Sevilla, y ni siquiera el Betis, sean más que un club. Nada de eso. Aquí, en la España de las nacionalidades y regiones, «más que un club» sólo lo es el Barcelona. Eso dicen y verdad será: por el dinero que en fichajes gasta parece ser, sin duda, una filial de la Banca Morgan.

Así que a Cabrera no le hemos preguntado por su religión. En tiempos, en otra era, José Cabrera Bazán era futbolista. Eran unos tiempos en los que los estadios tenían hermosos nombres, más o menos referidos a la toponimia: Chamartín, Montjuic, Metropolitano, Mestalla, La Romareda, Las Corts, Sarriá, Torrero, La Condomina, El Arcángel, Balaídos, Riazor, Atocha... Todavía el culto a la personalidad presidencial (la tonta egolatría nominalista) no había llevado a rebautizar los campos. Los campos sevillanos tenían dos nombres muy sonoros. Uno se llamaba Nervión, y el otro, Heliópolis. A Nervión se iba en un tranvía amarillo que arrastraba con indolencia una ventilada jardinera. Aun sin llamarse Heliópolis siempre hacía sol en Nervión, aunque llloviera. Así como en Heliópolis siempre vivía el Betis, «aunque» perdiera. En Nervión, los jugadores salían al campo por una puerta que estaba situada debajo del lateral de los socios y que dividía en dos la fila del banco o silla de pista. Un altavoz anunciaba las alineaciones y, quincenalmente que es cuando jugaba en casa, ésta solía ser la del Sevilla: Bustos; Guillamón, Campanal, Valero; Ramoni, Enrique; Mangui, Arza, Araujo, Domenech y Uncilla.

Juanito Arza, el interior derecha, era un arquetipo del fútbol preciosista sevillano, del fútbol barroco. Marcelo Campanal, un arquetipo del fútbol fuerza, del fútbol de atleta. Arza era navarro, y Campana, asturiano. Por eso resultaban tan sevillanos, tan andalu-

DE INTERIOR DERECHA A...

[illegible] Sevilla es sobre todo lo que no es. Y ahí, creo yo, está el último sentido del apócrifo machadiano de Abel Infanzón: «Sevilla y su verde orilla,| sin toreros ni gitanos. Sevilla sin sevillanos ¡oh maravilla!». Y [illegible] poetas [illegible] cuerda como los costaleros de Semana Santa eran aquellos gallegos, jayanes de la plaza del Pan: «En la plaza los gallegos (denominación gremial y no geográfica, porque algunos eran santanderinos o leoneses) se encorvaban soñolientos y tolos, más al peso de los años que al de las cargas ingratas a que su oficio les condenaba».

Pero estábamos con el fútbol. Eran muy sevillanos en el campo Juanito Arza y Marcelo Campanal. Campanal [illegible] en la famosa «delantera stuka» de la posguerra española. Era «Campanal el Viejo». Marcelo, era «Campanal el Joven». Y es que el Sevilla (Sevilla es al fin la tierra de Trajano) semejaba la antigua Roma, donde había un Plinio el Viejo y un Plinio el Joven. Fuera del campo, los sevillanos más sevillanos resultaban ser don Ramón Carande y don Alfonso de Cossío. Cossío era de Valladolid y de Palencia, Carande.

Una vez, en el Casino de la Exposición, durante un baile popular, Juanito Arza sacó a bailar a una joven. Y ésta dijo que no. Entonces el interior derecha, muy digno, dijo a su vez: «Te advierto, nena, que has perdido la oportunidad de bailar con Juanito Arza».

Araujo era un delantero centro muy salado y querido por la afición. Algunos le llamaban cariñosamente «el Pato», porque, al parecer, él mismo se daba patadas en los tobillos cuando corría tras la pelota. Pero alguna vez lograba darle al balón y marcaba goles. Por los tiempos de Cabrera, que son los de nuestra interminable historia, Araujo era un hombre algo mayor y bastante calvo. Más o menos era de la generación del 98, como Ortega y Rafael el Gallo. Juanito Arza podía pertenecer a la generación del 27. Y así fue como el Sevilla C. F. fichó a Cabrera para suceder a la generación del 98 y, por lesión de Arza, vino a sustituir a la generación del 27.

Ya no existe Nervión, [illegible] hay tranvías amarillos que tiren de casetas y remolacas jardineras. Las verduras de aquel campo son [illegible] duras de las eras. Sobre él habrá acaso casas de pisos más altas que los edificios de la Gran Plaza donde daba la vuelta el aire y el tranvía. Arza y Araujo pasaron a la vida privada. Decían que Araujo tenía un garaje. José Cabrera Bazán empezó otra nueva vida pública. Y hoy el antiguo interior derecha es senador de izquierdas, catedrático de Derecho del Trabajo en la Universidad de Cádiz y asesor jurídico de la Asociación de Futbolistas Españoles (AFE) presidida hasta hace poco por Joaquín Sierra «Quino», otro sevillano que fuera jugador del Betis.

Es también, Cabrera, un hombre que más que hablar, medita. Difícil es oírle en la conversación a pesar de desarrollarse ésta en la solitaria, tranquila y decimonónica Sala de Conferencias del Senado. Una gran sala con cuadros de época, donde sólo, de tarde en tarde, rompe el silencio un timbre que con[illegible]

* * *

—Tú estuviste una vez en la cárcel, en Jaén, pero no por motivos políticos estrictamente, sino laborales ¿no?

—[illegible] Pero ya me acusaron de huelguista y de alteración del orden público y todo eso. Luego, yo que he tenido una actuación política y como abogado laboralista en tiempos de la clandestinidad, nunca tuve el menor tropiezo con la Policía. En la comisaría de Policía incluso había un comisario jefe que había sido un *fan* mío, de mis tiempos de futbolista... El hombre era sevillista y cuando el Betis me traspasó al Sevilla, pues él estaba allí y me tenía una cierta tolerancia en relación con los detenidos y todo eso. Salvo una vez que detuvieron a un hermano mío y tuvimos un pequeño incidente. Salvo otra que tuvimos una especie de reunión en casa de don Alfonso de Cossío, que era el decano del Colegio de Abogados, y no sé qué actividad del Colegio programamos nosotros y fue la única vez en que la Policía nos metió en un portal en Sevilla. Íbamos Felipe González, otro compañero y yo.

—Yo quería decir que esa vez de Jaén fue por ser futbolista, precisamente.

—Sí, sí... Por haberme negado a jugar un partido de fútbol. Y, como no me habían pagado en el club, yo dije que o me pagaban o no jugaba. Y había un gobernador allí que sí que actuó en vía política, y que decía que había que salvar el orden público, y que el fútbol era muy importante para el orden público y me encerró el día de San José...

—¡El día de tu santo!

—Sí, sí. Y me pasé un día bastante amargo.

La hija del César

—¿En qué equipos de Primera División jugaste? Sólo en el Sevilla, ¿no?

—En el Sevilla y en el Jaén, en Primera, y en el Betis, también.

—¿Estaba el Betis en Primera cuando tú jugabas allí?

[illegible]

—¿Eres malagueño?

—No, no. Yo soy de La Algaba, un pueblecito de Sevilla. Y me crié en La Algaba hasta que me fui de allí cuando fui a jugar al fútbol a Jaén, después de [illegible] cuando ya terminé mi carrera futbolística [illegible] Derecho y ya estaba trabajando en la [illegible]

—Con Alonso Olea.

[illegible] Olea.

—Precisamente tu tesis doctoral la hiciste sobre el futbolista como trabajador.

—Exactamente. Mi tesis se llama *El contrato de trabajo deportivo*. Un estudio sobre la relación laboral del futbolista con el club.

—Serías pionero en este tema en España.

—Sí. No había nada. Había un pequeño folleto de un autor que se llama Majadas. Y nada más, que yo sepa. En absoluto.

—¿Cómo compaginabas en la Universidad el fútbol y los estudios?

—Muy mal, muy mal. Hay una anécdota curiosa: el primer año que yo estuve en la Universidad empecé a jugar en el Betis. El Betis había descendido a Tercera División y yo tenía dieci[illegible]

—¿Esto en qué año era?

—No me acuerdo bien... no me acuerdo. En el cincuenta y poco. Y recuerdo que aquel año el Betis jugaba en el grupo del Norte y del Centro —había elegido grupo en el Centro— y los lunes no le daba tiempo a volver a Sevilla, y yo perdía las clases de Derecho Romano, de Pelsmaeker. Y don Francisco Pelsmaeker me eliminó de clase a la tercera falta. Se metía conmigo, me gastaba bromas... No le gustaba nada... Después se hizo amigo mío. Pero, por ejemplo, en voz alta comentaba una mañana que apareció a las ocho de la mañana, que es cuando daba clase don Francisco Pelsmaeker, todo muy oscuro, y don Francisco, que era un poco amenazante y nos tenía asustados, se burlaba y dijo: «Esta mañana he leído en la *Hoja del Lunes* que uno de mis alumnos, a un alumno mío, lo ha marcado a fondo (o algo así, no me acuerdo del verbo que utilizó) Ovidio. Yo creía que Ovidio sólo se dedicaba a la hija del César».

—¡Ja, ja, ja!

—Porque había un jugador del Córdoba que se llamaba Ovidio.

—O sea, que a ti te miraría como a un gladiador o algo así.

—Poco menos. Aquel año me eliminó de clase y tuve que repetir Romano al año siguiente. Y entonces procuré no faltar nunca a clase; hasta el extremo de que me acuerdo de que el Betis me trajo en un avión poco menos que Betado de Melilla a Sevilla para que no faltara a clase. Porque me eliminaba del curso.

—En Primera jugaste en el Sevilla.

—En Sevilla jugué muy poco, porque en mi debut me lesioné en una rodilla...

—Eras interior derecha.

—Interior derecha, ■.

—Por tanto, pospusiste el ritio de Arza.

—Exacto. Arza estaba lesionado y yo había llegado para jugar de delantero centro y...

—En lugar de Araujo.

—En lugar de Araujo, que ya estaba un poquito mayor... Y me lesioné gravísimamente y aquello me tuvo apartado del fútbol muchísimo tiempo. Y luego, cuando ya me reintegré a la vida activa, pues me cedieron al Jaén para que me recuperara. Y en el Jaén jugué en Tercera, Segunda y Primera, que fueron tres etapas meteóricas de aquel equipo que fue un equipo muy bonito, y ya luego volví al Betis y jugué tres temporadas, y ya alternaba el fútbol con la Universidad, ya había terminado la carrera y era ayudante de Clavero. Luego vino Alonso Olea y ya me dediqué de lleno a la profesión de abogado y a la Universidad.

—Abres bufete en Sevilla.

—Sí.

—¿De qué tipo, de civil...?

—Yo, al principio, empecé a hacer de todo, porque estaba trabajando de pasante con un abogado, don Antonio Marra, que era bético furibundo, y empecé a trabajar normalmente. Mi dedicación al bufete laboral, casi exclusivamente, se fue decantando como yo me fui decantando políticamente. Fue un proceso paralelo. Y dejé todo para dedicarme al laboralismo.

«Yo he sido toda mi vida socialista. No tenía porqué interferirse el problema de la AFE con que mi partido me eligiera a mí para ser candidato al Senado.»

—En ti fue antes el fútbol que la política.

—Pues mira: yo tengo un dato curioso. Estando en Jaén, recuerdo que me dijeron: «¿tú a qué te vas a dedicar?»; y dije: «a mí me apasiona la política». Y yo tenía diecinueve años. Se quedaron sorprendidos. Y entonces fue cuando empecé a tomar contactos con socialistas. Un socialista, que había sido fiscal durante la República, que fue condenado, y estuvo en un campo de concentración en Sevilla. Fui muy amigo de él y me ilustró mis primeros pasos en el socialismo que, después, ya en Sevilla, con gente que ya son historia, como Alfonso Fernández Torres, un viejo socialista, con la que todos hemos topado...

—Sí.

—Pero realmente yo creo que a la política fui más por la vía religiosa. De tipo católico, la HOAC, Giménez Fernández, Mariano Aguilar Navarro, que estaba allí de catedrático de Derecho Internacional...

—¿Cómo era tu familia?

—Mi familia era una familia de extracción muy modesta. Yo fui becario de los jesuitas, mi padre era un obrero... Pero era gente muy de derechas. Sobre todo por parte de mi madre. Mi padre, más bien era un tipo liberalote a la manera del personaje de Galdós, de la película de Buñuel, que... no me acuerdo...

—¿De Tristana?

—¡De *Tristana*! Era un hombre que le gustaba mucho la buena vida, pero que en el fondo era muy liberal y partidario de la gente humilde. Así, un poco literariamente.

Un bufete laboralista

—¿Cuándo entras en contacto con el actual equipo dirigente del PSOE?

—Somos muy amigos de allí, de los primeros pasos del socialismo. Felipe fue ayudante mío en la cátedra de Trabajo. Dimos juntos un curso de Derecho Sindical, que prohibieron luego... En fin, con el socialismo esto se pierde en, en...

—En la noche de los tiempos.

—Eso. En la noche de los tiempos. En Sevilla no había ningún bufete laboral y, con motivo de unas huelgas de panaderos de un convenio colectivo, tuvimos unas reuniones de abogados así un poco progresistas, y de allí salió un bufete laboral en la calle Alonso el Sabio...

DE INTERIOR DERECHA A...

—¡Antes El Burro!

—Sí, sí. Calle de Alonso el Sabio, antes El Burro... Y estuvimos allí un grupo de abogados progresistas que defendíamos a los trabajadores porque sí... Aquello no era más que un lío impresionante. Ni siquiera existía Comisiones Obreras, que yo recuerde... Era todo a base de voluntarismo, no había ningún tipo de cosa orgánica en absoluto, ¿no? Estaban allí Saborido, como líder obrero; Adolfo Cuéllar, Pepe Robin de Celis... y yo, que yo recuerde, vamos. Y Felipe ya empezaba, pero todavía era alumno de la Facultad.

—¿Cuándo opositas a la cátedra?

—Oposité el año 1969.

—Y sacas la cátedra de Málaga...

—No. La de Santiago. Y luego permuté a Málaga y estuve diez años. Y ahora estoy en la Facultad de Derecho de Jerez.

—El Derecho de Trabajo como disciplina acaso de las más nuevas en la Facultad de Derecho, casi todos los catedráticos son muy jóvenes. Los más veteranos eran el difunto Eugenio Pérez Botija y el padre del ministro Boyón.

—Sí. Estos son los maestros más viejos. Pero antes, que yo recuerde, don Carlos García Oviedo, que fue catedrático de Derecho Administrativo...

—Y rector en Sevilla.

—Rector en Sevilla. La disciplina ésta se empezó a explicar con el Derecho Administrativo.

—Por eso la dio Clavero.

—Exactamente. Hasta que el año 1958 fue allí Alonso Olea. Es verdad: la disciplina es muy nueva, pero tiene un auge enorme. Tan enorme que últimamente he leído en Bobbio que probablemente el Derecho Mercantil y el Derecho del Trabajo sean los derechos del futuro. Y, por supuesto, el Derecho Administrativo por el reciente intervencionismo del Estado.

—Norberto Bobbio es un autor muy de vosotros los socialistas.

—Sí. Es un autor muy querido para nosotros, porque el concepto que tiene del Derecho y la filosofía que tiene él del Derecho se acomoda mucho... Y luego, pues el libro que se ha difundido más entre nosotros, como tú sabes, es éste sobre el socialismo...

—¿Pensabas ya en la cátedra cuando todavía jugabas al fútbol o es un horizonte que te planteas más tarde?

—Yo me incorporé a la cátedra porque a mí la Universidad me gustaba. Incluso había estado muy ligado a Mariano Aguilar Navarro, en Derecho Internacional, lo que pasa es que consideraba un poquito entelequia el Derecho Internacional por su falta de ejecutividad...

—Perdona. Por donde mi pregunta iba, o quería ir, es que un problema que evidentemente se da en muchos futbolistas es que tienen un horizonte vital muy corto. Que, a lo peor, a los treinta años ya se considera que han terminado su carrera, casi cuando muchos están empezando en otras profesiones, y que entonces no saben qué hacer... Decir, yo quería saber si tú te planteabas una salida al fútbol.

—Bueno. Yo había pensado ya que el fútbol no era ninguna salida. Aparte de que en aquel tiempo no se ganaba dinero como para crearse un futuro. Yo estaba estudiando mi carrera y había pensado incluso en hacer Judicatura...

—¿Judicatura fue lo que hizo Pérez Payá, aquel delantero del Madrid y también del Atlético, no?

—Sí... No, creo que fue inspector de trabajo... Pues yo pensaba que mi salida ante la vida, mi expectativa vital, era el Derecho. Y la Universidad que era algo muy apasionante para mí. Y apareció en Sevilla Alonso Olea. Era muy aficionado al fútbol y cuando yo le hablé de mi proyecto, había hecho una cosita sobre la dependencia del futbolista, y él me dijo: «No, esto creo que debería ser parte de una cosa más importante», y me animó mucho, fue un gran maestro para mí, hice mi tesis doctoral. Y ya me dedique a la Universidad.

—¿Qué relación tenías con tus compañeros de equipo? ¿Te notabas despegado de ellos intelectualmente? ¿Había una diferencia?

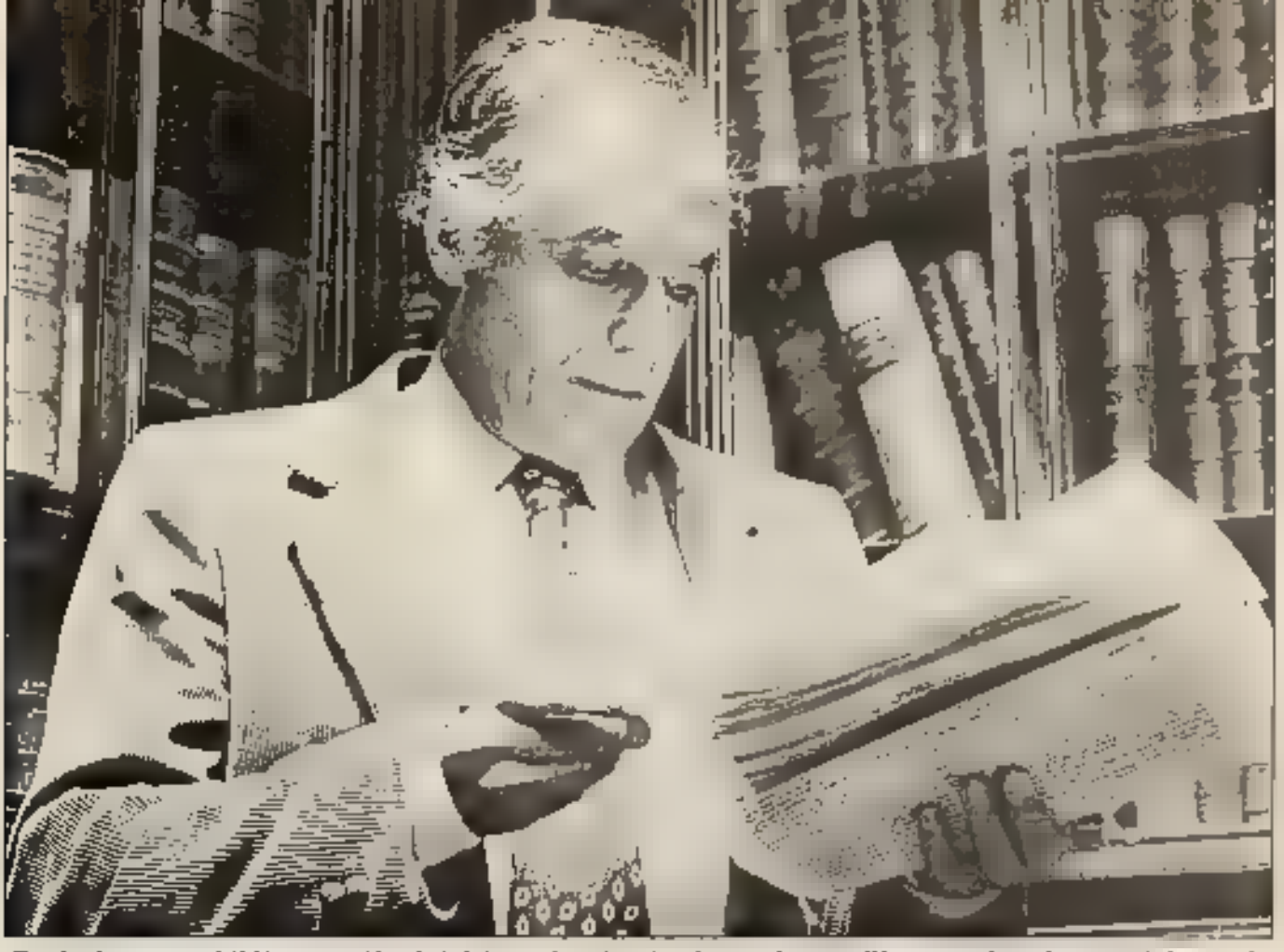
—Claro que sí, cualitativa. Lo que pasa es que yo procuraba por todos los medios que no hubiera...

«Los dos primeros meses de aquí, del Senado, yo creí que esto era un aburrimiento tremendo. Luego ya me he incorporado a los trabajos de comisiones, que me parece un trabajo esencial de aquí, un trabajo bonito...»

Juego y trabajo

—Yo, por supuesto, pero me refiero a que la formación media de ellos era muy escasa.

—Sí. Y lo sigue siendo. Probablemente de ahí se derivan muchos males de la vida de los futbolistas. El



En la hermosa biblioteca ojival del Senado, donde el senador sevillano está en las comisiones de trabajo, de Justicia y de Educación y Cultura. Cabrera es catedrático de Derecho del Trabajo en la universidad de Cádiz.

nivel es francamente bajo. No sólo porque son de extracción social muy modesta la mayoría, sino porque se dedican en cuerpo y alma al fútbol desde que tienen una edad muy temprana, que es la propia para plastificarse un futuro. Con dieciséis o dieciocho años ya están en un equipo juvenil (a veces, antes) y no piensan ni les hacen pensar más que en fútbol, porque hay incluso muchos entrenadores que son rematadamente a las lecturas... Recuerdo que me han contado, no hace mucho, que Guinea prohibía leer, que eso no le parecía ni mucho menos apto. Y yo recuerdo...

—Guinea, ya de entrenador.

—De entrenador, sí.

—Pero él no ha sido tan buen entrenador como extremo izquierda.

—Ya para entrenador se necesitan otras cualidades.

—Quino ha dicho, no hace mucho, «se procura que el jugador piense lo menos posible».

—Por supuesto que sí. Yo recuerdo algo así de Hernández Coronado...

—Un seleccionador o algo así...

—Pues que no le gustaban los jugadores que leían a Tolstoi, como imagen de blandenguería.

—¿Cuándo se ve si un niño puede llegar a ser algo en el fútbol? ¿A qué edad? Vamos, independientemente de que luego llegue o no llegue...

—Pienso que habría que pensar en dos tipos de futbolistas. El atleta esencial, tipo, tipo...

—Tipo Campanal, por poner un ejemplo arquetípico del Sevilla aquel...

—Sí. Fundamentalmente un atleta completo. Y el futbolista inteligente, que hace de la práctica del fútbol casi una práctica artística. Entonces el futbolista atleta se decantará más tarde (¿no?), a medida que el físico cuaje. Pero sí podría decirse en una edad mucho más temprana, donde hay un ser inteligente que puede ser... Lo que pasa es que yo he conocido futbolistas superinteligentes, auténticos superclases, que no han llegado a nada. Probablemente por carecer no sólo de condiciones físicas, sino también de condiciones psíquicas para superar la asunción de una determinada responsabilidad. Yo creo que a mí me ha perjudicado bastante el pensar que la responsabilidad era mía en un momento determinado... El exceso de sentido de responsabilidad es perjudicial. Hay que liberar la cabeza y rendir físicamente lo más posible.

—El futbolista cuando juega, ¿juega o trabaja?

—Yo creo que juega.

—¿Pero el sentido lúdico prima sobre la responsabilidad?

—Sí, sí... Pienso que el dinero pasa a segundo plano, que es lo que califica la retribución de la penosidad del trabajo. Y es la característica fundamental del trabajo, lo penoso... Todo lo que es factor lúdico le quita esa penosidad. Y, desde luego, él, que no lo entiende así, no sólo no se divierte, sino que su rendimiento baja, se aminora, en proporción a ese sentido...

—¿Entonces cómo concuerda esta concepción laboral del jugador con el sentido lúdico que prima sobre el sentimiento laboral?

—Bueno, es que hoy, desde hace mucho tiempo, el saldo cualitativo a la profesión requiere una dedicación en la que el factor penoso incide muy fuertemente en la vida del futbolista. Vive sólo y exclusivamente para eso. Difícilmente habrá una dependencia mayor. Se habla de los pilotos de aeronaves y de otro tipo de profesiones, donde la tensión intelectual y el cuidado físico es importante, pero ninguno como el futbolista. Ya parece que hay algunas tendencias liberalizantes,

DE INTERIOR DERECHA A...

incluso de la vida íntima de los futbolistas y todo eso; pero la dedicación al fútbol es total. Durante todo el tiempo de la vida, no sólo por los entrenamientos, sino que durante todo el resto del día se tiene que estar cuidando en función de esa profesión: las concentraciones...

—En tu época de jugador había menos concentraciones que ahora.

—Había menos. Había menos, sí. Pero te tenías que poner esos trajes que te señalaban por la calle.

—El uniforme del club.

—Entonces no había uniformes elegantes como ahora. Te llevaban en chandal.

—No, no. Yo recuerdo la chaqueta azul del Sevilla.

—La primera vez, cuando fui a América con el Sevilla, nos la dieron.

—Con qué jugadores famosos, internacionales, conviviste en el Sevilla.

—Ya estaban, un poquito de pasada, Busto, Arza, Antúnez, Alconero.

—Alconero fue medio. ¿Con don Helenio, con Helenio Herrera, estuviste tú en el Sevilla? ¿Te entrenó allí?

—No, no. ¡Pero no hablamos más que de fútbol!

La AFE

—Llegas a senador en esta legislatura, cuando te eligen tras la dimisión de Plácido Fernández Viagas, en unas elecciones parciales.

—Sí. [illegible] el partido. Me costó un poquito, pero no supe negarme.

—¿Qué tal te has adaptado a la vida parlamentaria?

—Bastante mejor de lo que yo pensaba. Los dos primeros meses de aquí del Senado [illegible] un trabajo de comisiones, que me parece un trabajo esencial de aquí, me parece un trabajo bonito...

—¿En qué comisiones estás?

—Estoy en Justicia, estoy en Educación [illegible] en Trabajo.

—¿Cuándo empiezan tus contactos con la AFE?

—Desde el principio.

—Es un contacto profesional, más que político.

—Sí [illegible]. No ha sido político.

—Pero tanto a Quino como a ti os acusan de politizar.

—Yo [illegible] socialista. Lo que creo es que no tenía por qué [illegible] el problema AFE con que el partido me eligiera a mí para presentarme a senador. [illegible] que es perfectamente compatible en tanto no demuestre lo contrario la Ley de Incompatibilidades [illegible] probablemente porque en realidad el fútbol siempre estuvo politizado. Porque no hay más que [illegible] del fútbol [illegible] probablemente porque el fútbol dependía de la Secretaría General del Movimiento. No sé por qué tienen que [illegible].

—Quino es sevillano también. Hijo del poeta Juan Sierra.

—Exactamente. Y el poeta Juan Sierra [illegible] Quino, el futbolista, pues yo creo que [illegible].

—La AFE ahora parece que está baja.

—Sí [illegible] penosa, más que nada porque el colectivo que la integra se ha resquebrajado por [illegible] la AFE [illegible] fuerza, por los equipos de Primera División. En cualquier caso yo creo que [illegible] No es la primera huelga que se pierde. Lo que pasa es que aquí es un colectivo cuya cohesión es bastante frágil. Y los éxitos que se vayan obteniendo revierten en quienes deben revertir los éxitos [illegible] necesitan son los que están abajo, que son los que tienen que subir todas las [illegible] fue a la huelga porque los jugadores de Primera División lo decidieron por unanimidad [illegible] del Mundial.

—¿Cómo vas a seguir el Mundial, como aficionado?

—Sí. La organización del Mundial, los intereses que mueve el Mundial es algo tan complejo que por otro lado se me ofrece como algo absolutamente [illegible] gana de meterme en faena. ¿Datos de carácter económico, mercantil, no deportivo? Pues todos. Eso de que el Mundial es algo esencialmente deportivo, yo creo que a nadie se le ocurre pensarlo. Es un tinglado económico-comercial. Eso es absolutamente evidente. Que se crean sociedades, con motivo del Mundial, para comercializar el Mundial con capitales ridículos en proporción con el volumen de negocios que se manejan. Pues una relación entre un millón y las decenas de miles de millones. Así, sencillamente. Hay una sociedad que tiene un capital de un millón de pesetas para responder de un volumen de negocios de más de cinco mil millones. Esto es así. Y son hechos sociológicos que no hay manera de luchar contra ellos, porque es bastante complejo. ¿Qué se juega al electoralismo con el Mundial? El Gobierno juega eso; eso es absolutamente indudable. ¿Que los partidos de la oposición se vean arrastrados y que tengan que transigir y montarse en el carro de autorizar o de no oponerse? Porque el fútbol provoca unos sentimientos tan primarios que sería algo tremendo. ¿Oponerse a que se construya un estadio en una ciudad? Un partido de la oposición eso no lo podría hacer. Y pasa inadvertido que no se construyan escuelas, que se caigan monumentos históricos.

—¿Del dinero que produce el fútbol se revierte para dinero sobre el propio fútbol?

—Bueno, creo que del dinero de los club privados la tajada del león se la llevan los futbolistas. O, como diríamos, la mano de obra hoy es el factor más importante. Pero ¿que hay muchos tinglados? Yo dudo mucho que los directivos se lleven dinero de los clubs. Yo creo que eso no se da. ¿Que lo administran mal en aras de conseguir prebendas o beneficios marginales al fútbol? Yo creo que sí. Eso es también cierto. Pero dinero físico, yo creo que no.

Los sentimientos del fútbol

—Y eso de los sentimientos primarios que despierta el fútbol...

—¡Uf! ¡Terrible, terrible! He recibido hoy una carta de un señor que se titulaba, o subtitulaba, comunista y me colmaba de insultos. ¿Cómo es posible que un comunista, que debe ser partidario del mundo obrero y sindicalista y todo eso, vea mal una huelga de futbolistas? ¿Por qué? Bueno, por ne-

El senador socialista por Sevilla en un pasillo del Senado, bajo el cuadro de la coronación del poeta Quintana.

puesto me atribuye a mí toda la autoría habida y por haber, y como consecuencia de eso una sarta de insultos impropia de un ser que no sea un orangután.

—¿Estos sentimientos primarios no provocan en el jugador una especie de endiosamiento?

—Mira. El que se endiosa, en el fútbol y en el no fútbol, es que es un imbécil.

—Sí, pero es muy fácil para un chico de veinte años...

—¡Lógico! Como para un político que se ve ministro con cuarenta. Es un problema de proporciones o de grados... Algunos no tienen una capacidad para discernir lo que hay de fondo de lo que es pura fanfarria, ganas dinero pronto y se ven rodeados de halagos y se les llena la cabeza de pajaritos.

—Es un dinero que se gana, hasta cierto punto, fácilmente. Se gana jugando.

—Los que lo ganan, sí. Lo que pasa es que hay jugadores de Segunda División que tienen una vida como la de un obrero cualquiera. Eso es normalísimo... Se hablaba esta mañana, aquí, en el Senado, de un tipo de retribuciones medias de un sector, de una escala social, que podríamos llamar de mitad para abajo, pues eso, entre novecientas y un millón cuatrocientas mil pesetas de media de retribución. Los millones, los quince, los veinte o los cinco millones son pocos... Nosotros, en la AFE, lo tenemos estudiado, con motivo de la primera huelga y de las sanciones que impusieron, y no llegaban a cien los que ganaban esa cantidad.

—Cien futbolistas en toda España.

—Que ganaban de cinco millones para arriba.

—¿Cuántos futbolistas profesionales hay en España?

—Afiliados a la AFE creo que ahora mismo son mil quinientos o mil seiscientos.

—¿Y federados?

—Profesionales no llegan a dos mil. Pero las fichas «amateurs» que tengan por ahí, en Tercera División y eso, no lo sé.

—Y de esos quince mil, sólo cien superan este nivel. El resto es digamos que de clase media.

—Y lo peor no es eso. Lo peor son los treinta y cinco años.

—Porque normalmente el que sale luego adelante con el fútbol, como entrenador o asesor técnico, es el que ha sido...

—¿Más o menos figura? Bueno: puede ser; pero hay muchas figuras que no se dedican a eso, porque hay que servir. Y, por lo visto, creo que es algo que da una cantidad de pesares y de sufrimientos... Las úlceras de estómago están a la orden del día. Y no me extraña.

—Así que es una profesión peligrosa.

—Sí, sí. Eso y ¡yo qué sé! director de personal de una empresa...

—Política, no tanto.

—No creas, no creas... Un político con responsabilidad de Gobierno o de oposición, si es mínimamente responsable... A Felipe le he visto envejecer en muy poco tiempo. Yo recuerdo a Johnson, el presidente norteamericano, que se convirtió en una ruina física en nada de tiempo. Las responsabilidades de Gobierno deben ser terriblemente duras. Aquí, el perder una votación cuando se tiene razón, resulta sumamente duro. ¡Cuando uno piensa que tiene razón, claro!

—¿Políticamente a qué aspiras?

—¡Uf! Mira, voy a decir una cosa. No me gusta salir en los periódicos; a lo mejor porque salgo demasiado. Lo que pasa es que no te puedo decir que no... En cuanto a la política yo no tengo aspiraciones ninguna. En el mundo del fútbol, desde aquí o desde el deporte, a mí ese mundo no me interesa en absoluto. Que yo no tengo ninguna aspiración a gobernar el mundo del deporte. ¡Líbreme Dios! Entre otras razones, ¿quién iba entonces a defender a los futbolistas si yo me pongo en el otro bando? Pero, aparte de esto, es que es una cosa que no me interesa. Yo me he dedicado a defender a esta gente, como me he dedicado a defender obreros desde hace muchísimos años, ¿no? Lo que pasa es que daba la casualidad de que yo había sido futbolista también y es un mundo que conozco en sus entresijos. Y que andaba absolutamente indefenso. Desde un punto de vista legal, el ordenamiento jurídico de protección de los futbolistas, pues es mínimo... ■

(fotografías de RAMON RODRIGUEZ)

ALGUNAS RAZONES (MAS) PARA HUIR

POZUELO

Dijo que había subido sólo un instante, que se despedía al mismo tiempo que saludaba, y se sentó y se quitó un zapato. Era uno de esos rasgos que a él le fascinaban: contradicciones fugaces, repentes, una opinión eternamente gaseosa. En otros tiempos se hubiera dicho que era el «eterno femenino» y se hubiera cantado con letra de *Rigoletto:* «la donna é mobile». Cual pluma al viento. Ahora ya se sabe que la mujer no es la pluma, sino el viento.

—He traído unas cuantas cosas para que comamos aquí; prepáralo todo bien; las instrucciones vienen en los paquetes. No te pases con el microondas, que luego se reconce todo. Vendré a la hora en punto —añadió, sin precisar cuál podría ser esa hora a cuya puntualidad se sometía. Podría adivinarse que, simplemente, la hora en punto sería aquella en que llegase.

—Tengo un pie frío —dijo, mientras se frotaba el pie descalzo, quizá demasiado grande para cánones antiguos, quizá el tobillo demasiado grueso; pero ¿dónde están los pies de antaño—. Me han asegurado que han quitado «Mulher» de la televisión y que es una cuestión de una de esas señoras.

—¿Qué es «Mulher»?

—Una película feminista falsa, brasileña, la de Malú, ¿no sabes lo que digo? ¡Como a esas horas duermes la siesta! Que ya te digo yo que te corta el día en dos mitades y eso no puede ser.

El pie se enrojecía visiblemente bajo el masaje enérgico y vivo.

—Figúrate que Malú, bueno, no la actriz, el personaje como se llame, una mujer divorciada y vive con su hija, pero hace lo que quiere con otros hombres, porque le gusta, que ya sabes como son en el Brasil, con lo del calor y la macumba; cosas del sincretismo, claro. Pero en cada capítulo se acerca a su marido y explica siempre que el matrimonio, sea como sea, es para toda la vida. Se puede estar divorciada y, sin embargo, se está casada para toda la vida. Lo que te digo, un falso feminismo, para consumo de los fáciles. Bueno, pues una señora de ésas se ha quejado a su marido y su marido se ha quejado a otro marido; el caso es que han quitado.

—¿La señora era feminista?

—¡Todo lo contrario! No entiendes nada. Con eso de las siestas te están echando a perder. Duermes demasiado y he leído que dormir mucho va aliasando los pliegues del cerebro. Todo lo contrario de feminista: lo que decía la señora ésa es que si Malú, o como se llame su personaje, cree que el matrimonio es para toda la vida, lo que comete es un adulterio detrás de otro. Y han quitado la porquería.

—Tú también la hubieras prohibido por todo lo contrario. En el fondo, tú podrías ser también una señora de ésas...

—No, que no entiendes nada —se había calzado el pie, que ya no estaba frío, se había quitado el otro zapato y miraba con enorme curiosidad e interés el otro pie, como si fuera portador de valores eternos—. Somos castas distintas. Esa señora, quien sea, si es que hay de verdad una señora como me han dicho, es una alienada, fíjate bien, una alienada, con todo su poder, con todo su marido y los otros maridos; se cree que domina, que manda, que salva a la sociedad, y es una alienada. Como Juana de Arco o como Florencia Nightingale, con su farol en la guerra de Crimea. Buenos ejemplos nos has puesto. Hay que tener mucho cuidado con las mujeres que oyen voces misteriosas que las impulsan a algo; siempre son voces de hombre. Bueno, pues también quitaron «Enredo».

—¿Qué «Enredo»?

—La media hora de los domingos, al final de la emisión. «Opera soap» se llamaba en americano. Y nadie ha protestado, nadie ha vertido una lágrima por esa especie de censura. Claro, los críticos de televisión no llegan despiertos a esa hora y no se han enterado nunca. ¡Si la hemos visto juntos, cómo no vas a

Las dos enredadas familias americanas de la serie «Enredo», que han desaparecido.

Malú, también desaparecida de las pantallas de televisión: interpretaba la serie brasileña «Mulher».

acordar! O, bueno, es que quizá te hayas quedado dormido, y es que el sueño te está embotando. Era aquella de las dos familias, tan enredadas, donde todo el mundo se acuesta con todo el mundo, y hay un cura que se enamora, y un marquesa, y un chiro con un muñeco de ventrílocuo...

—Recuerdo vagamente...

—Claro, tú con los programas de Amorós y las películas viejas de Chaplin tienes bastantes... Pero yo voy a hacer una protesta, con las otras, por esa censura...

—¿Y si no es censura? Imagínate que están dejando espacios vacíos para ocuparlos con los Mundiales.

—El Mundial, se dice el Mundial. Lo ha explicado muy bien «El País»: los Mundiales son el conjunto de campeonatos; lo de aquí es el Mundial, que corresponde a este año. Por cierto que ya he pasado en la agencia de viajes y es muy difícil.

La miró absorto y preocupado. Se veía ya envuelto en un viaje sin saber por qué, ni cuándo ni cómo. La alusión a que «es muy difícil» indicaba que él mismo tendría que enfrentarse con esa dificultad y vencerla; de lo contrario, sería acusado de dormir la siesta y volverse tonto. Había varias razones por las que podría ser acusado de volverse tonto: la primera era la siesta; la segunda, profundizar sus estudios de psicología («si ya estás colocado como psicólogo, no sé para qué quieres estudiar más: te vas a llegar a dar cuenta de que la psicología, como la economía y como la sociología, son ciencias inexistentes y se refieren a circunstancias que no existen y a seres humanos que no ha habido nunca»). No fumar era grave («si no hubieses fumado nunca, estaría bien; pero haberte retirado de fumar de pronto ha cortado tu desarrollo mental, se ha alienado; todo tu tiempo mental lo dedicas a reprimirte las ganas de fumar»). Una cuarta razón para volverse tonto era la de meditar sobre los asuntos, tardar en tomar decisiones («cualquier decisión es buena si se toma inmediatamente y con carácter de respuesta a una circunstancia, cualquier decisión es mala si, para tomarla, se deja pasar la oportunidad»). Había más, muchas más. Hasta el punto de que él se preguntaba por qué ella seguía frecuentándole —frecuentar es la palabra: vivir, cohabitar, amar, eran vocablos demasiado constantes—, aunque no se preguntaba por qué él aceptaba esa frecuentación. Quizá porque no le quedaba opción. Ella le habría dicho que «estaba alienado». Alienado por ella. O fascinado, que se decía antes.

—He ido a una agencia de viajes —se había quitado los dos zapatos— para saber dónde puede huir uno durante los días del Mundial, para no enterarse de él. No es fácil.

—¿Quiere huir mucha gente?

—No, es que en ningún país del mundo está uno a salvo. Dicen que quizá en las Malvinas estarán preocupados con otra cosa, pero no sé, no estoy seguro. Hay quien dice que habrá tregua entre argentinos y británicos para el Mundial. Pero está claro que de aquí hay que huir.

—¡Hay que huir de tantas cosas!

—Claro, tenemos un calendario muy apretado. Es un año redondo. Tenemos un gobierno de un gran talento. Se empieza el año con el proceso, que es alienante; vendrá ahora el suspense de ánimo de las sentencias... y después, el Mundial. Apenas haya terminado el Mundial, la visita del Papa, y cuando termine la visita del Papa, ¡pumba!, elecciones generales, ya lo verás.

—En efecto, ¡pumba!, como tú muy bien dices. Pero si tenemos que elegir el momento de la huida, yo creo que el de la visita del Papa es mucho mejor que el del Mundial. En el mundial habrá algunos ingleses borrachos, algunos italianos camorristas, unos franceses displicentes: gentes que se pueden tropezar en las calles. Pero la visita del Papa va a enardecer a los integristas, y esos sí que son peligrosos. Una ola de violenta bondad puede derramarse sobre nuestro país...

Quedaron un poco abatidos ante el desarrollo del calendario nacional. Una desgracia. Él se calzó de nuevo, se puso pie, sacó de su enorme bolso las provisiones para la noche y dijo que se iba. Se volvió a sentar.

—Todos son desastres para la economía nacional. Imagínate la ruina que va a traer el Mundial. Todo el mundo está esperando ese momento para ganar dinero, y no hay dinero. En los teatros quieren dar obras especiales, los cines preparan también programas para el Mundial. Se hacen tabernas, muñecos, objetos de todas clases. Cuentan que se están pagando muchos millones para la publicidad en la horrible pasarela sobre la Castellana, una de las obras de peor gusto de este siglo, que ya es decir. Se pagan millones no para anunciar que es demasiado caro, sino para que no anuncien las marcas rivales... Todo en el vacío. No se va a compensar nunca el gasto. Me pregunto si para el Papa van a hacer algo así: anuncios en las ciudades que recorra, teatro especial, cine especial... Bebida, no tenemos bebida. Supongo que traerás tú algo para esta noche. Y no te olvides del punto exacto de descongelación.

Miró su reloj y explicó:

—He pasado demasiado tiempo aquí, he perdido mi cita... En resumen, voy a quedarme. Podemos comernos lo que he traído para la cena y luego ya veremos cómo resolvemos lo de la noche, porque, eso sí, esta noche me quedo contigo, no faltaba más.

Y diciendo esto, se puso en pie, recogió sus cosas y con un siempre oportuno «¡chaucito!» se fue. ■

EL DESAYUNO

PEDRO FERNANDEZ COCERO

«El ritmo es la metáfora original y contiene a todas las otras»
Octavio Paz

SERGIO advirtió que había extraviado ■ revólver. Los árboles gigantes le cerraban ya el paso por todas partes y se dejaba oír, confuso, un rumor de agua. De repente, la pierna derecha se le paralizó por completo. «¡Una cobra!—pensó—. ¡Me ha mordido una cobra!» Deseó gritar, lleno de espanto, y la lengua se le pegó por entero a los dientes. Comenzó a jadear, caído al pie de un tronco, mientras la luz de la luna, metiéndose por entre las altas ramas, le cala directamente sobre los párpados. Presintió al hechicero, persiguiéndole ya desde muy cerca. Crecía el rumor del agua, crecía el resplandor de la luna. Una carretera, recta, infinita, una desgastadísima carretera que por lo menos llegaba hasta Nueva York, atravesaba la selva de parte a parte. Por ella, muy despacio, avanzaba el hechicero. Sergio intentó despegarse la lengua de entre los dientes. El hechicero llevaba el rostro pintarrajeado, y esgrimía una lanza, y se alumbraba con una linterna más potente que la misma luna. Sergio no consiguió despegar a su lengua. «¡Eso de haber perdido mi revólver!», pensó. ■ hechicero iba vestido con una sotana de marista. Sergio se echó a temblar. Sergio había cumplido de repente cien años, y la pierna se le hinchaba de un modo horrible desde que era pequeño, a causa de aquella cobra. Por añadidura, alguien había clavado en un cercano tronco un gran trozo de papel todo lleno de signos. «¿Qué pone ahí?», se preguntó. ■ inmediatamente pudo advertir que se trataba de la tabla entera de multiplicar. El hechicero ahora casi no venía nada, de tantísimos kilómetros de mundo como tenía que avanzar desde el extremo de la carretera. La tabla de multiplicar ondeaba con la brisa. Sergio se apoyó un poco más en los codos ■ inesperadamente despertó.

La luz tristona de la mañana se filtraba por entre las cortinas y le bañaba el rostro y una franja de la cama. Del cuarto de baño venía un rumor de agua. «papá se está lavando los dientes postizos, el pescuezo y detrás de las orejas», se dijo. La pierna derecha habíasele quedado sin circulación, a causa de una inconveniente postura, y se la frotó recio por sobre la tela del pijama; en casos así le parecía siempre que una muchedumbre de hormigas se perseguía locamente por el interior de los huesos.

Se instaló panza arriba, con voluptuosidad, e intentó por todos los medios proseguir con la histo■ del hechicero. Apretó los párpados. Ahora era preciso que las cosas ocurriesen de otro modo. Deseó, incluso, agujerear con tres o cuatro balazos la sotana del marista, y hacerlo retroceder por la larguísima carretera hasta un pueblo nombrado Calcuta. Para ello se vio forzado a admitir que no había perdido ■ revólver. Desde alguna parte alta de la mañana empezaron a llegar, lentas, unas cuantas campanadas. «Una, dos, tres... —contó—. Las nueve en la torre de los Jesuitas». Se rascó un ojo. «Yo voy a los Maristas», puntualizó. En ese momento colocó una metralleta detrás del tronco, para el caso eventual de que ■ revólver se encasquillase. La cobra, un insignificante animalucho, yacía a pocos centímetros con la repugnante cabeza aplastada merced a un buen taconazo de bota. Desde ■ cercano comedor se inició una serie de delgados tintineos de cacharros, una cadencia de palabras comedidas y monótonas. «Papá y mamá ya se están desayunando.» Apretó un poco más los párpados, desnudó completamente a Alicia, la niña rubia del entresuelo, y la amarró con una soga a un buen tronco. «Yo tenía que liberarla.» Empezaba ■ irritarle la voz campanuda de su padre, desde ■ comedor. «Nunca podrá matar a una cobra. Todos los días tiene que desayunarse bien de cosas.» Descubrió que Alicia tenía un antojo junto al ombligo. «Como yo», y se palpó la carne tibia. Alicia estaba allí, a 1.000 kilómetros de Calcuta, toda asustada, toda en cueros, y... Rápidamente Sergio abrió un ojo: el Angel de la Guarda lo espiaba severamente desde la pared. Abrió el otro ojo, cerrando ■ primero: la luz de la mañana caía sobre el marco del cuadro y escendía por las dos abiertas alas rosadas del ángel. Se puso a disimular, mirando para el techo.

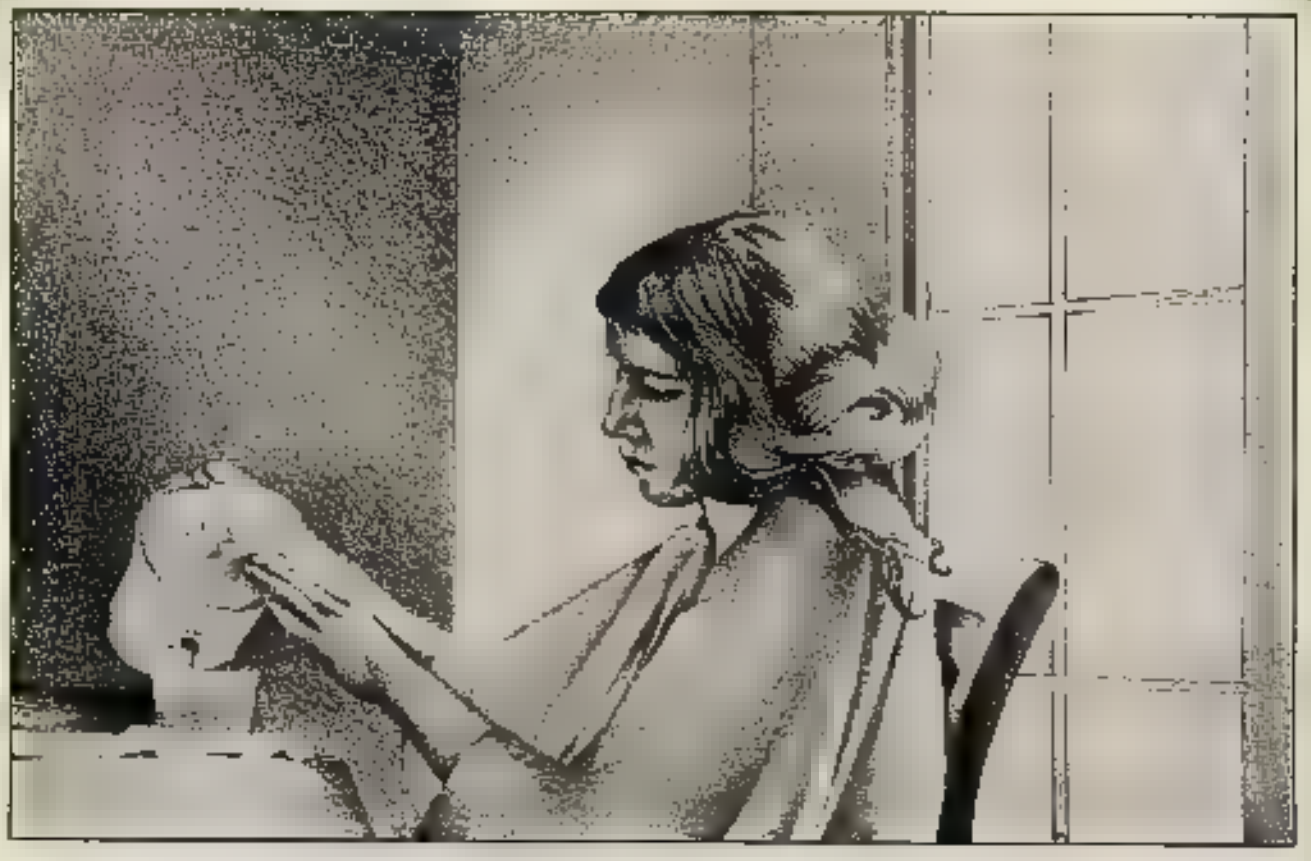
—No valía nada de lo que iba a inventar —murmuró, entre dientes, a fin de que el ángel tuviese ocasión de escucharlo—. Y además era para liberarla.

Un instante después se le coló de rondón en ■ oído, toda entera, toda redonda, una palabra de aspecto especial: «MonOgrafíA». La voz de su padre, acompañada de algún sonar de loza, se hacía más hueca ■ enfática en los pasajes más cultos de la conversación.

* *

—¿Entonces? —preguntó Paula, acopiando solicitud.

Con el sonido de su pregunta se vio a sí misma desde afuera, como si le hubiese sido dado espiarse ■ través de un agujero disimulado en la pared. Advirtió, incluso, el bulto que hacía su propio cabello, recogido de prisa sobre la nuca. «Una mujer cortés y resignada», se dijo. Guillermo, antes de contestar, extendió melódicamente una capa de mantequilla sobre un bollo en forma de corazón. «Y sin embargo, aún lo quiero algo. Tal vez lo quiero por una simple cuestión de inercia.» Contem-



pió por un momento las migajas de hojaldre que él tenía pegadas en las comisuras de los labios. Y, de súbito, empezó a acordarse de aquella divertida encuesta que ella y sus amigas desarrollaron una tarde de domingo acerca del marido ideal. «Era en casa de Elena, cuando un chaparrón en la calle, yo tenía..., usaban en las ventanas unas horribles cortinas de cretona. Veinte años... Hace por tanto...»

—Tú sabes que mi quehacer de investigador —Guillermo hablaba con la boca llena— se ha movido continuamente a través de muy diversos campos.

Ella levantó un poco más la teza y escondió su expresión dentro de un sorbo de café. «¿O ya no lo quiero nada?» Según los días, el desayuno adquiría sabor de polvoriento infolio, o de colección de duros minerales con letreritos, o de sociologías textuales y compactas. Miró rectamente para su marido: tenía el mismo aire de todas las veces, desde que se habían casado. Pero este aire, sin perderse nunca, por alguna razón se hacía siempre más patente en el acto del desayuno.

—Me siento dotado para acometer cualquier tipo de monografía —retiró la huevera y tomó con el extremo de los dedos una guinda confitada. Seguidamente tomó otras dos.

A las nueve y cuarto de cada jornada ella veía la luz nueva del día aplastada contra el cuello y los puños de su blanca camisa recién puesta. La luz nueva del día resbalando sobre sus gafas, retrotedas siempre al salir por la puerta del cuarto de baño. «Un aire de cultura de Diputación provincial», se había dicho a veces. «¿Y para qué ese borde de pañuelo en el bolsillo del corazón?»

—¿Entonces...? —preguntó nuevamente, un poco por inercia, otro poco por buenas maneras.

—La dotación en metálico es ya segura. Lo único que se me exige es un tema de interés comercial.

El café estaba muy caliente, y él hizo un poco de ruido con un sorbo. Ella, mirándole, hizo también otro poco de glú-glú de café, sin darse cuenta. Y se acordó de las cretonas que usaban en casa de Elena, pobrecillos, con su gusto rampión y su señoritismo pacato. «Yo dije entonces: inteligente, desde luego. Pero, sobre todo, que esté muy vivo.» De repente se notó invadida por un sentimiento triste y untuoso.

—Así que ahora me encuentro pleno de incitaciones intelectuales —Guillermo se retrepó en la silla, y el dedo pulgar le sobresalía del asa de la taza, enhiesto, como apuntando al techo.

En ese instante se dejó oír desde la calle el estridente pregón del vendedor de churros. Paula se representó al muchacho, con su cesta al brazo y su mandil...

—Quizá me decidiré por una cuestión de numismática... —esperó un poco, para solazarse y crecerse con el interés de ella.

«¿Numismática, dice? Jurásico-palimpsesto-separata-casiterita-sicioeconómico- pragmática-fetosín...», se recitó por adentro, de carrerilla. Paula se sabía, de memoria del oído, una letanía de palabras como planchadas pertenecientes al uso ordinario de su marido. Y esos vocablos se le emparentaban caprichosamente entre sí en el interior de alguna celdilla de su cerebro, sin pulso, sin sentido al parecer. «Por las mañanas he de recogerme el pelo de otra manera —se propuso, de pronto—. Es por las horquillas, que me molestan.»

EL DESAYUNO

–Hay aun arduos problemas sin resolver en las acuñaciones de los íberos –habló ■, después de esperar en vano la adhesión de ella.

* *

Se puso a pensar, durante unos momentos. «¡MonOgrafíA!», se repitió, extrañado. «Debe de ser alguna enfermedad de los monos.» Una vez había visto una jaula con tres. «Esos animales sí que son sinvergüenzas», había dicho Jacinto, ese chico medio mayor. El churrero lanzaba en ese momento por las otras calles su viejo pregón. La voz llegaba empequeñecida por dos esquinas. Sergio deseó en ese momento comer churros mojados en chocolate. Pero su madre, invariable en ese aspecto, la obligaba siempre a dormir hasta las nueve y media. ■ se había acostumbrado a disponer cada día de casi media hora secreta para su propia vida privada. Anheló que ■ madre viniese a hacerlo levantar: un primer término por lo de los churros; pero a la vez codiciaba ser acariciado nuevamente por ella. Se la imaginó ahí, en la otra habitación, con ese peinado de bulto que se ponía por ■ mañanas. «Como la japonesa de aquel calendario.» «A lo mejor mamá también se compró una sombrilla cuando no estaba casada.» De los claros ojos y las manos olorosas de su madre le venía siempre así esa cosa como cuando las calles están recién regadas y no tenemos que pensar en ir a clase, y las palabras y los ruidos suenan todos tan fáciles, tan suaves. Le apeteció besarla y consultarle un par de cuestiones. «Sabe inventar juegos, sabe inventar conversaciones», se dijo. ■ churrero empezó entonces a vociferar casi mismo en el balcón. «¡Rerooo !», parecía como si una punta de churro subiera por las paredes, traspasase el techo, y se perdiera luego en el cielo húmedo de la ciudad. Transcurrieron después unos instantes en una calma perfecta, y un segundo más tarde su padre, con voz completamente hueca, dijo una palabra sorprendente. «NumismAtica»

Encontró que eso no se relacionaba en absoluto con ninguna forma viviente del mundo. Habría que preguntar a mamá. «Aunque, a lo mejor, es ■ que va después de las Matemáticas.» En la clase primaria se alimentaba siempre una opinión respetuosa y distante por ellas. Pero él se andaba en multiplicar, en el seis. «Yo voy a los Maristas», se corroboró una vez más a sí mismo. La «Nueva Matemática» era un libro misterioso que el terror sagrado del marista, según podía saberse, había sepultado en ■ ángulo de su escritorio. «NumismÁ», el sonido se le había quedado flotando por dentro de la oreja. Pensó en la inconmensurable distancia que lo separaba de su padre, y durante unos segundos se quedó pasmado, con la boca abierta. Luego se puso a hurgarse dentro de la nariz. «También papá se anda en los mocos cuando está solo. Lo he visto completamente bien por la rendija de la puerta.»

* *

«Pues claro que habrá. Interesante, ¿no es cierto?»

El no contestó; se veía bien a las claras que se había puesto a reflexionar acerca de aquellos arduos problemas. Estaba abismado sobre ■ cacharro de la mermelada. Ella bebía decorosamente su café, su comienzo de mañana, su resignación untada de tiempo y de ideal que no existe. «Además de que me hace mucho bulto este moño.» Con la mano izquierda se hundió un poco más una horquilla. «El día, verdaderamente no empieza mientras él no se marcha.» Se puso colorada, con esta involuntaria certidumbre que se había colado de rondón en su conciencia. Y tomó rápidamente una de esas quindas insoportables. La tomo sólo porque a él le gustaban. «¿Numismática, numismática...?», se esforzaba en pensar, mientras tragaba el abominable almíbar de la confitería de la esquina.

–Sobre todo por lo que se refiere a la interpretación de primitivos alfabetos y a la epigrafía –dijo él, esgrimiendo la cucharilla pringosa.

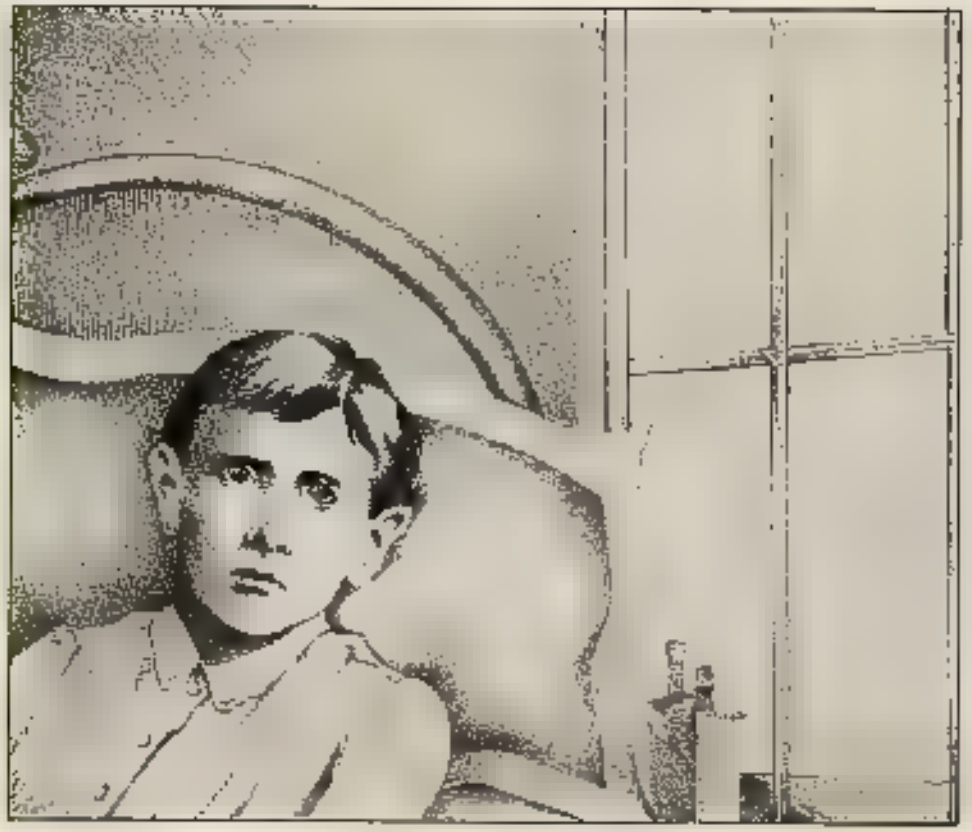
–¡Claro, desde luego! –habló Paula con calor, casi con convicción. Y quería ser ■ esposa más adicta del orbe, y defenderse del tiempo y de las candorosas encuestas que se hacen un día lejano. Apuró ■ café, se palpó ese moño que hoy ■ molestaba todo lo indecible, y a la vez miró para la chapa bruñida de la cafetera. «¡Ah ya! son esos redondeles que ni siquiera son redondos. Tan feos. De cobre, o tal vez de bronce. Tienen una esfinge o cosas así. Y letras raras. Dejan sucios los dedos.» Se sujetó otra vez la horquilla. «Siempre cosas muertas», se dijo. Y su tristeza untuosa se trocó al punto en un enjambre de calladas desesperaciones.

* *

Miró un poco para ■ techo, donde la rotura de la escayola semejaba una cara. «NumismÁ», se repitió. Había crecido la luz de la mañana. «Es marzo, me parece» pensaba. Tintineo de cacharros en el comedor. Se tapó la cabeza con las mantas para inventar que estaba aislado en la gruta y que su madre habría de llegar de un momento a otro a sacarlo de allí. Pero bajo la ropa hacía mucho calor, y se destapó seguidamente. En ese momento su padre estaba pronunciando con exquisito cuidado: «ALfAbEtos». «EPIgrafía». En cuanto a la primera palabra no cabía alimentar la menor duda, y Sergio se extrañó de que su padre, que se sabía ya de memoria tantos libros, anduviese todavía tan atrasado en eso. «EPI...», se dijo luego. Pero sólo consiguió acordarse de un chico que se llamaba Epifanio y que no iba a los Maristas. A lo mejor no iba a ningún sitio, ya que se llamaba de esa manera tan rara. «Mi padre se llama Guillermo», puntualizó. ¿Quién iba a decirlo? Su padre, que de tan listo como era no ■ hacía nunca el menor caso ni servía para inventar casi nada, tenía que ponerse esta mañana a estudiarse el alfabeto. «A lo mejor es que se le ha olvidado», reflexionó. «Por comer tantas cosas de la confitería.»

Levantó una pierna todo ■ que pudo. Así, la

colcha semejaba una montaña de impresionante declive. «Un día –empezó a recordar– papá se cansó muchísimo de subir una cuesta. ¡Siempre me aburro más con él!» Por el lado izquierdo de la montaña había quedado dos pliegues de manta, y hacía sumamente bonito porque eran dos barrancos. «Numismá», canturreó. Empezó a mover el dedo pulgar dentro de la cumbre. «Y casi no era nada de alta cuando llegamos arriba –recordó con exactitud–. Se le salió ■ saliva por la boca.» Sin bajar la pierna se entretuvo unos segundos en romper mentalmente otro trozo de la escayola del techo a fin de lograr para esa cara un cuerpo y unos brazos.



Resultaba difícil. Mejor era pensar que asomaba sólo el rostro. Podía ser el de un prisionero. Bajó la pierna. En ese momento oyó cómo se cerraba la puerta de la escalera. Se representó a su padre bajando los peldaños con una cartera-maletín, importantísima. Y con el hombro derecho más empinado que ■ izquierdo. No cabía duda: ■ padre estaba bajando la escalera. Con todas sus fuerzas dio sobre la cama tres grandes botes, estremecido de alegría.

Guillermo comenzó a limpiarse meticulosamente los labios; sus estrechos labios, rectos y un poco exangües. Paula lo estaba observando a su pesar, y se notó erizada por una irracional aversión. El empleaba tan sólo una punta exigua de la servilleta plegada. Paula tomó la suya, la manchó en el centro tanto como le fue posible y, huecamente, ostentosamente, la arrojó sobre el mantel. Se miraron. Durante unos segundos ella creyó ver en los ojos de él como un comienzo de sorpresa, o de pregunta, ■ de regaño. Paula deseó vivamente que ocurriese cualquier cosa. El se puso en pie, y todo siguió igual, sobre los cuadros azules de las servilletas, sobre la relamida cultura oficial de la nación, sobre ■ apacible y mortecino conllevarse de ocho años. Todas las pautas morales de su época siguieron el curso de cada mañana.

Lo fue acompañando por ■ pasillo. «Tendría que crear verdaderamente alguna cosa. Tendría que enfurecerse, o buscar el nombre verdadero de las cosas, o desenmascarar a esta ciudad...!» Se iba clavando las uñas en ■ hueco de la mano. El había tomado ya su gran cartera. Y su aire de becario local con etiqueta, su aire decoroso de hombre que lleva puestos algodones en las orejas para poder interceptar todos los ruidos de la vida.

Ella le ayudó a ponerse la gabardina. Se rozaron con los labios en ■ rostro, igual que siempre, en la penumbra del vestíbulo. Luego ■ avanzó un paso y tomó ■ pestillo.

–¡Escucha! –dijo ella.

–¿Qué– él se volvió, pausadamente. En el cristal izquierdo de los lentes se agarraba algún reflejo.

«¿Por qué no sucede algo?; ¿por qué nunca he sabido lo que es una risa o un camino, un acto de valor o de libertad?», se urgió ella. Y se estremeció, involuntariamente.

–No, nada.

–Hasta luego, Paula.

–Adiós.

Contempló la nuca de su marido, y la costura de la gabardina, en la espalda. Lo vio descender los peldaños. ¡Esa inconsciente y afectada tiesura del menguado hombro derecho, afianzada en cada escalón, mañana tras mañana, un año y otro...! «Debería acostarme alguna vez con otro hombre», se encrespó una voz en ella, en los oscuros rincones sediciosos de su sangre. ■ inmediatamente se horrorizó de sí. Y a toda prisa, antes de que él desapareciese por entero en el rellano, como temiendo el hecho de que su deber de esposa no pudiese Guillermo llevárselo prendido en la espalda de la gabardina, se murmuró en su adentro, como una denodada jaculatoria: «¡Tienes mi cariño!» Luego se quedó mirando tristemente a la vacía escalera.

P.F.C. ■ (Ilustraciones de Francisca del Amo)

DECLARE BIEN
merece la pena

NO LE PEDIMOS SU DINERO PORQUE SI

Los españoles nos hemos dado una normativa fiscal, hemos decidido qué es lo que cada uno debe aportar a la Comunidad, de acuerdo con sus ingresos. Y si esto es así, tenemos la obligación de cumplirlo.

La Comunidad, los 37 millones de españoles, necesitamos bienes y servicios que sólo la Administración Pública puede proporcionar. Una labor ingente para la que se necesita dinero. También su dinero. Y se necesita en la medida justa, en la medida en que a usted le corresponda contribuir.

Declare y declare bien. Tenemos en este momento medios técnicos y humanos eficaces para realizar el control. Esta es una grave obligación para Hacienda, porque es un deber de justicia.

No le pedimos su dinero porque sí. Se lo pedimos por solidaridad, porque si usted no paga lo que le corresponde, alguien está pagando por usted.

DECLARE BIEN, MERECE LA PENA

La Inspección Tributaria ha perfeccionado sus medios técnicos y ampliado su plantilla en orden a un mejor y más amplio control fiscal.

IMPUESTO SOBRE LA RENTA.
HASTA EL 11 DE JUNIO.

José Luis Alonso

UN TRABAJADOR FINAL

1924. Nazco en Madrid un 9 de julio a las doce de la mañana. Hora nada intempestiva. Me agrada pensar que, al menos en eso, no fui inoportuno. Mi padre, de Valladolid, interventor del Estado. Mi madre, del Puerto de Santa María, sus labores. (¡Qué orgullosa estaba la pobre de tener un tío, José Navarrete, con velcidades de escritor, al estilo de Clarín, Galdós..., y con méritos suficientes, al menos locales, como para tener calle en el Puerto!). Cuando cumplo los ures meses trasladan a mi padre a Granada. Viajo, según me contaron, claro, en el portamaletas de red de un coche de primera (aquellos trenes en donde se mascaban la carbonilla y la tortilla de patatas a partes iguales).

1929. Mi primer recuerdo caminando hacia atrás, el colegio de «Cristo Rey» de Granada, en donde aprendo a leer y a escribir. Afortunadamente, el nombre del colegio no me ha dejado ninguna secuela. Pero quien más me ayuda en esos primeros pasos fue mi padre, dotado de unas muy especiales habilidades docentes. Todavía conservo un cuaderno «Oso-Pera-Casa» garrapateado a lápiz en desproporcionados grafismos. Otro de mis primeros recuerdos: ver llegar a mi tío José Luis cargado de juguetes como un rey Mago. Mi tío José Luis Mañes, hermano de mi madre, tenía afición a escribir. Le publicaron artículos, que todavía conservo, en *El Sol* y *El Imparcial*.

Fue el «negro», creo, de Rodríguez Marín en las primeras traducciones que se hicieron en España de Anatole France; estrenó una comedia con María Palou, dirigida por Felipe Sassone. Fui para él como el hijo que no tuvo. Siempre viví con la sensación de tener dos padres. Dos padres en constante fricción y rivalidad por mi causa, hasta el punto de no dirigirse la palabra, al verse durante años viviendo en la misma casa. Mi tío, que tenía dinerito, era el de los caprichos, el de «tú, nada de disgustarte; si te suspenden, le haces una peloreta al catedrático»; el deslumbrante, el ocurrente, el relacionado con autores y actores (fue empresario durante varios años del teatro Calderón de Madrid). Mi padre era como el reverso de la medalla: un serio funcionario, de una bondad sin límites, el de la formalidad, los estudios, el deber «ante todo», el de «nada de teatros». Quien sufrió mucho por esta convivencia tumultuosa fue mi madre, que nos quería a todos, a mí en especial, de una manera rayana en lo patológico.

1930. Primer viaje a Madrid que recuerdo. Como hablaba con el más puro acento «granaino», mi familia madrileña, mi tío Juan Mañes, que había estudiado odontología en Norteamérica y fue el primer catedrático de ortodoncia en España; sus hermanas y los amigos de casa, se morían de risa nada más abrir yo la boca. En Madrid me convertía en un niño serio y taciturno. Recuerdo que de ese viaje volví a Granada cargado de regalos, juguetes, un tren, porque oficialmente yo tenía la edad de jugar; pero lo que a mi tío le ilusionó regalarme fue «Platero y yo», «El cartero y el rey», de Rabindranath Tagore, y un gramófono con unos cuantos discos, ¡grandes ubicas de pizarra!, con polonesas y mazurcas de Chopin, «porque para aficionarse a la música clásica había que empezar por lo más sencillo», y... un teatro recortable. Empezaban a cristalizarse mis dos grandes aficiones: el teatro y la música.

autobiografía

1931. Día 4 de abril. Mi padre me prende en el jersey una banderita republicana y me lleva a la calle a dar vivas. Granada era una fiesta.

1932-33. Recuerdo las convulsiones de todo tipo: huelgas, desórdenes, quema de iglesias: cerca de mi casa queman un convento. Granada fue muy extremada en los acontecimientos que siguieron a la venida de aquel régimen nuevo en el que había puestas tantas esperanzas. En esos años viajamos a Madrid nuevamente. Mi tío me lleva constantemente al teatro. Era íntimo amigo del maestro Alonso. El éxito del momento: «Las Leandras». «¿Vas a llevar al chico?», le preguntó mi madre, escandalizada (siempre me llamaron el chico). «Pues claro; no va a entenderlo *todo*.» Y, claro, resultó que sí, que sí entendí todo. Por aquellas fechas vi un Valle Inclán a Irene López Heredia; a Carmen Díaz, «La melodía del Jazz-band», de Benavente, y a Loreto Prado, que me impresionó, en Arniches. No era normal lo que ya me sucedía con el teatro. Al solo anuncio de que íbamos a ir se me quitaban las ganas de comer, pero hasta el punto de no poder atravesar un bocado de pan. Ante aquella reacción producida por los nervios y la emoción opinaban por demorarme que tenían las entradas lo más tarde posible. Pero es que ya en el teatro, cuando se encendía la batería para empezar y se iluminaba el telón levemente, por la parte inferior, temblaba; no era frase hecha, temblaba físicamente, dando dentro con dientes. ¿Qué habría detrás? ¿Un jardín? ¿Un campo? ¿Una casa? Un día la criatura era de tal calibre que mi madre, angustiada, me puso la mano en la frente: «Este niño debe tener fiebre», dijo muy segura.

1934. Mi tío busca influencias para que trasladen a mi padre a Madrid. Mi padre se resiste. Supone, y así ocurrió, que en Madrid yo querría huir al pleno disfrute de mi tío. Como no eran muy partidarios en casa de los colegios de curas y frailes, sino todo lo contrario, voy a la Escuela Pluralingüe, de parecidos métodos de enseñanza, e incluso más avanzados, que el Instituto Escuela. No hay apenas libros de texto; todo a base de ejercicios de redacción. Compañeros míos, los hijos de Álvarez del Vayo; profesora de literatura, Isabel García Lorca; vigilante para sacarnos al recreo, una hija de Valle Inclán. Conservaré siempre de esa escuela dos imborrables recuerdos. Un recital de poesías de García Lorca, en el que al terminar, y como se dijera mucha de lo mejor que estuve, me preguntó que qué poesía me había gustado más. Yo le contesté que la de «Los tres ancianitos», y de paso, mi madre me lo había encargado, le dije que éramos muy amigos de una familia de Granada, los García-Castillo, también amigos suyos. El otro recuerdo: salir corriendo, muerto de risa, con un grupo de chicos, al ver a Valle Inclán bajo la escalera apoyado en su hija, a la que había ido a visitar. La escuela Pluralingüe, entonces ubicada desgraciadamente, estaba en la calle Serrano, frente al Instituto Escuela, en donde, casi mismo año, una niña se revelaba como gran actriz en la clásica función de fin de curso, con «El Pájaro Azul», de Maeterlinck. La niña en cuestión se llamaba María Casares. ¿Quién me iba a decir entonces que con el tiempo dirigiría «La casa de papel», «La cabeza del Bautista», y como estrenos absolutos «La enamorada del rey» y «Romance de lobos», de aquel anciano «estrafalario» y genial, a aquella niña precoz convertida en actriz famosa?

1936. Día 18 de julio. Teníamos hechas las maletas para irnos de veraneo. Nos despertamos al son de un pavoroso tiroteo: el asalto al cuartel de la Montaña. Era una mañana muy calurosa. De un calor infernal. No nos podíamos imaginar que aquel infierno iba a durar tres años. Vivíamos en General Pardiñas esquina a Goya. Pasé hambre, como todo el mundo. Un día mi madre abrió la despensa y dijo: «Hoy no hay nada que comer». Ayunamos. A la mañana siguiente hice cola en un cuartel para recoger unas mondas de patatas que, en remojo y cocidas, fue el delirioso manjar que duró varios días. A pesar de tantas calamidades, de las que yo no me daba mucha cuenta, por la corta edad iba muy a menudo al teatro. Al Alcalá, donde daban zarzuela, un nuevo programa cada semana. Y al Barcinó (Infanta Beatriz), obras de los Quintero, Benavente. Paso (Antonio). Y con los niños de la vecindad –había un enjambre–, hijos de los refugiados, hice teatro en casa. Habilité como escenario y sala la alcoba y el gabinete de mis padres. Montamos una obra de Alma Angélico y otra de los Quintero, «Mi hermano y yo», muy poco conocida y no perteneciente al acervo andaluz, que ya entonces me cargaba. Preparábamos un estreno de Cervantes cuando terminó la guerra. El público, los padres de los actores: de Pino, Cestafe, Valdemoro... Estaba haciendo, sin saberlo, teatro para el pueblo.

Mi familia era liberal, republicana. Suscritos a un diario, «Política» y devotos de Zanja. Varios pisos de la casa fueron requisados por unos milicianos del POUM y del PC, para quienes ser republicano era demasiado poco. Una de las vecinas, miliciana en el frente, que estaba tan sólo a unas cuantas estaciones de Metro, cuando venía de permiso subía las escaleras del patio y gritaba: «Aquí hay mucha quinta columna, aquí hay mucho señorito emboscado». Los señoritos eran mi tío y mi padre. Le gustaba mortificarnos. Pero es que otro tío mío, Jesús Domínguez Bordona, casado con una hermana de mi padre, arqueólogo y bibliotecario de la biblioteca de Palacio, destituido por la dio Azaña, así como la medalla del trabajo, y únicamente por ser de su partido, estuvo condenado a muerte –le suprimió el abastecimiento en Vivero– y posteriormente perseguido, depurado y exiliado a Tarragona, en donde murió. No hay duda, ser republicano en este país, antes y ahora, ha molestado muchísimo a unos y a otros.

«Con mi madre en Granada, a los tres años y medio» (11-1-28).

1940. Empiezo a estudiar el bachillerato en el Liceo Francés.

«Durante unos días sustituí a Mariano Asquerino en «El amor de los cuatro coroneles», de Ustinov. Compañía de María Jesús Valdés, a quien vemos en la foto, acompañada de José María Mompín. Puede apreciarse mi pésima caracterización».

Siguen los enfrentamientos entre mi padre y mi tío por mis estudios en el porvenir. Mi tío quiere que sea diplomático «carrera bonita y segura» (¡qué pensaría hoy!). mi padre, ingeniero.

1943. Al mismo tiempo que estudio en el Lacy, para practicar el inglés, traduzco una comedia policíaca de gran calidad. «Payment differed» (Pago diferido), que Charles Laughton interpretó en cine. Cipriano Rivas Cherif acaba de salir de la cárcel. El dinero, bloqueado, de Azaña, su cuñado lo invierte en formar compañía. Estrena en el Lara una obra suya, deplorable, y repone el Tenorio y «Los malhechores del bien», de Benavente. Yo iba mucho a los ensayos del Español. Conozco a José Franco. Le doy a leer la comedia policíaca. Le entusiasma y se la pasa a Rivas Cherif. Al poco tiempo se estrenaba en el viejo Teatro Cómico, el de la Loreto y Chicote, dirigida por Rivas Cherif. Asisto a todos los ensayos, faltando a muchas clases. Fue la primera vez que vi a un director en funciones. En aquellos momentos Rivas Cherif me parecía un dios. Al poco tiempo me di cuenta de que estaba equivocado. Era un valor falso. Machado creo que da en el clavo cuando en una carta a su Guiomar dice «el tal Cherif, un poco zascandil». Y hago mal en hablar así, porque Rivas Cherif me distinguió con su amistad y me dejó formar parte de su tertulia, reminiscencia de las que había antes de la guerra. Se reunía en el Abra, entrando por la calle Caballero de Gracia, con otros ex presos políticos y actores. Yo le escuchaba embobado anécdotas y cotilleos teatrales; por ejemplo, cuando en Mérida pasó una bandada de cigüeñas en una de las escenas cumbres de la Medea encarnada por la Xirgu. También nos refirió varias veces los últimos momentos de Azaña.

1944. Me causó gran impresión el estreno de «Nuestra ciudad», de Thornton Wilder, dirigida por Luis Escobar en el María Guerrero, teatro que era como una isla de buen gusto y calidad en medio de aquel panorama chabacano y deprimente de la posguerra. Después de ver «Nuestra ciudad» tomé una decisión. Decisión que me guardé muy mucho de decirla a mi familia. «Ni diplomático ni ingeniero». «Yo tengo que dedicarme a este oficio tan hermoso.»

1945. Eran muy amigos en casa de Pilar Valderrama A. Sánchez Bonarate, su marido, ingeniero luminotécnico del María Guerrero, que puso por primera vez en un escenario español un cicloorama con nubes proyectadas y quitó la batería, le pedí que me presentase a Escobar para asistir a los ensayos. Así lo hizo Pilar Valderrama, entonces lo ignorábamos, resultó ser la Guiomar de Antonio Machado. Escribía versos y aun conservo un libro de poemas dedicado por ella.

1946. Mi tío se hace empresario del teatro Calderón. Veo ópera por primera vez, «Madame Butterfly», con una japonesa auténtica, y «La Bohème», de director musical viene Napoleone Annovazzi, que más tarde dirigiría a la Callas y haría la versión del «Arbol de Diana», que monte en la última temporada de Opera. Conozco a las actrices famosas del momento, nuestros particulares «monstres sacrés» Lola Membrives de la que guardo cartas divertidísimas que dan idea de su enorme actividad. «pájaros de una misma jaula», me dice que somos, por tener el mismo gusto por el grande y buen teatro. Ya Irene López Heredia, que estrena en Madrid -El águila de dos cabezas». Yo estaba asombrado del caso que me hacían y de lo que me consideraban actrices, autores, actores, y el que, lo descubrí más tarde, sabían lo que yo significaba para mi tío, «el empresario», y adoraban al santo por la peana. Ya dominaba el inglés. Tenía tarjeta de lector de la Casa Americana y del British. Comedia nueva que llegaba, comedia que devoraba a placer. Compartía su lectura con Benavente, quien sabía el inglés a la perfección. «Lo aprendí para poder leer a Shakespeare en su lengua original», me dijo un día. Don Jacinto estrenó en el Calderón «La infanzona» y «Titania», con la compañía de Lola Membrives. Yo estuve a su lado la noche de esos dos estrenos sin perderme ripio.

Me sentía orgullosísimo de haberle caído en gracia a alguien que representa cincuenta años de nuestro teatro, premio Nobel. Le acompañé varias veces a su casa, en la misma calle de Atocha, unos portales más arriba que el Calderón, y era impresionante ver cómo la gente le paraba, se salía de la acera y le saludaban con un respeto imponente. El, acostumbrado a esa adhesión popular, se llevaba la mano derecha al sombrero en un gesto rápido, a la manera militar: «Adiós adiós», musitaba por lo bajo maquinalmente, con ese ronquidito tan característico de los sordos.

1948. Con unos cuantos alumnos del Conservatorio y actores del María Guerrero Berta Riaza, Miguel Narros, Amparo Gómez Ramos, Enrique Cerro, desconocidos entonces, empezamos a dar representaciones en mi casa. El salón dedicado al público era inmenso. Se podían acomodar hasta ciento veinte personas en sillas plegables de cine de verano, que alquilaba para cada representación. Lo que empezó como un juego terminó siendo casi un teatro profesional, al que sólo le faltaba la taquilla. Estrené «El águila de dos cabezas». Allí la conoció José Tamayo y la incluyó en el repertorio de su compañía «Lope de Vega», en gira por España. Se puso por primera vez en San Sebastián, en una función extraordinaria con fin de fiesta a cargo de Cecile Sorel, «monstruosísimo sagrado», que en compañía de otros actores de la Comedie Maurice Escande y Jean Mayer, interpretaron una escena de «El misántropo», de Molière. (Tengo a la fuerza que contar una anécdota sabrosísima. Acostumbrada esta actriz a enviar el libro de sus memorias a los jefes de Estado de cada país que visitaba por primera vez. Al llegar a España hizo lo propio con nuestro inolvidable «caudillo». Al poco tiempo recibió una carta con membrete del Pardo y con el siguiente encabezamiento: «Señor don Cecile Sorel. Muy señor mío: Le agradezco su libro de Memorias, etcétera, etcétera». Firmado Francisco Franco. Carmen Tenier se apresuró a publicar la inefable carta en «Las postas de la con-

mero». En el teatro de la Independencia (así lo bautizamos por estar situada mi casa muy cerca de esa plaza) dimos a Sartre, por primera vez en España, en un programa doble: «La P... respetuosa» y «Los muertos sin sepultura». ¡A Sartre, cuando estaba excomulgado! Otros estrenos: «El pozo», de Julio Alejandro, entrañable Julio, que se exilió voluntariamente en Méjico y colaboró con Buñuel en varios guiones: «Viridiana», «Tristana», «El luto le sienta bien a Electra», de O'Neill, en versión reducida. (La de cuatro horas de duración la estrenaría muchos años después en el María Guerrero, con un reparto excepcional: Nuria Espert, Julia Gutiérrez Caba y Alfredo Alcón). Me hacían críticas, crónicas y artículos como si de un teatro profesional se tratase, porque llamaba mucho la atención un repertorio de obras al margen de la censura y que no podían verse en cualquier escenario. Pero cuando el teatro de la Independencia alcanzó la cima de la popularidad fue con el estreno de un programa de obras en un acto. Sus autores, los tres críticos más conocidos y famosos: Eduardo Haro Tegler, Jorge de la Cueva y Alfredo Marqueríe. No me explico como esa noche, por la gran afluencia de público, no se hundió el teatro, ¡mi casa!

Con «El duende», teatro de cámara, monté la primera obra en un teatro. En el consejo de dirección figuraban nombres tan prestigiosos como los de Vicente Aleixandre, Buero Vallejo, Fernando Baeza, Fernández Almagro, Lloseni Marañón, Suárez Carreño. La obra elegida para la inauguración: «Ardele o la Margarita», de Anouilh. Teatro: Gran Vía. Intérpretes: María Jesús Valdés, Cándida Losada, Miguel Narros, José Franco, Carmen Vázquez Vigo. El éxito aparatoso de aquella noche habría de marcarme definitivamente.

Después, en el Teatro de Cámara de Carmen Troitiño, y en el Español, dirigí «Colombe», también de Anouilh; «Soledad», «La hora de la fantasía», una comedia sin demasiada altura, pero muy atractiva, sobre todo por estar prohibida por la censura. Muy interesante fue el montaje de tres obras en un acto de Azorín, en el año de su homenaje. «La araña en el espejo», «El segador» y «El doctor death de tres a cinco». Lo que más me complació de aquella sesión fue conocer personalmente a Azorín. Asistió impávido a los ensayos. Si pensaba ir al teatro me llamaba por teléfono y yo le recogía en un taxi. Recuerdo que el primer día que fuimos al María Guerrero antes que los actores; yo le llevaba cogido del brazo para que no tropezase en el pasillo oscuro, como boca de lobo, que desemboca en el escenario, y en un movimiento brusco se deshizo de mí, avanzó tembloroso y se quedó plantado en el escenario, cara a la sala en penumbra, con la cabeza muy erguida, durante un rato. «Hacía muchos años que no pisaba un escenario», comentó con un hilo de voz. «Es emocionante.» Los estrenos y los éxitos que obtuve en los teatros de cámara y en el de la Independencia iban desplazando poco a poco a mis estudios. Para complacer a mi padre (era mucho teatro y había que dar una de cal y otra de arena) había iniciado la carrera de ingeniero de Telecomunicaciones y aprobado dos grupos, el de idiomas, facilísimo para mí, y el dibujo.

Escobar, en todo lo alto de su fama, me ofrece dirigir una obra en el María Guerrero, ¡nada menos! El se iba a ausentar durante una temporada. En Barcelona se preparaba el rodaje de «La honradez de la cerradura», dirigida por Luis. Se da una nota a la prensa redactada en los siguientes términos: «La dirección del Teatro Nacional María Guerrero, que ha dado a conocer buen número de autores, actrices, actores y escenógrafos, quiere también dar la oportunidad a algunos jóvenes directores de escena para presentar sus realizaciones al gran público. Así, la nueva comedia de Víctor Ruiz Iriarte, «El landó de seis caballos», será dirigida por José Luis Alonso, que es bien conocido por los públicos de cámara o ensayo, que han aplaudido ya antes de ahora sus brillantes realizaciones.» «El landó» fue éxito. El mayor elogio, el de Alfredo Marqueríe: «No se notó la ausencia de Luis Escobar.» La suerte estaba echada. Conocí a María Jesús Valdés, actriz nueva, prometedora, en las pruebas para una comedia inglesa, que traduje: «Cuando el trigo es verde», de Emlyn Williams, y que ella estrenó en provincias. La seguí después viendo en el Español. Ella me presentó en los ensayos de «Historia de una escalera» a Buero Vallejo cuando le faltaban sólo unos días para ser famoso y admirado. María Jesús forma compañía con Mompín y me propone ir como director. No tiene teatro en Madrid. Hay que salir en gira por España. Abandono los estudios. Abandono mi casa... Bueno, en realidad no fue todo tan melodramático, aunque los hechos ocurriesen como acabo de relatar. La gira se prolongó durante muchos meses y me sirvió de mucho el constante deambular de teatro en teatro. En algunos no había ni lo más elemental para dar una representación. ¡Pero la dábamos! En plena Mancha, en Daimiel, recuerdo que se fundieron los plomos del teatro antes de empezar; no hubo forma de arreglarlos y con cuatro velas a lo largo del proscenio dimos la representación: el «Cuarto de estar», de Graham Greene. ¡Volvíamos así a los orígenes del teatro! Con la compañía de María Jesús, ante públicos multitudinarios (cuenca minera de Asturias, Festivales de Sevilla, Santander, Teatro Griego de Barcelona), tuvo enorme aceptación un montaje de «La fierecilla domada»,

«Escena de 'La prostituta respetuosa', de Sartre, estrenada en el teatro de la Independencia, sito en mi domicilio particular.»

UN VAQUERO FUERA DE SERIE

de Shakespeare, verdadera creación de María Jesús y de toda la compañía: Paco Valladares, José María Prada, Mariano Asquerino, Julieta Serrano, María Luisa Ponte. Por esa obra me llega el primer premio. Después, «Medida por medida», de Shakespeare, estreno absoluto. «El fin del paraíso», de Priestly. «El mejor alcalde, el rey», de Lope, en donde se reveló como actor cómico un joven que empezaba: Jesús Puente. María Jesús Valdés era novia de Vicente Gil, médico de Franco, quien nunca se resignó a que su prometida hubiera escogido la carrera de actriz. ¡La de escenas de celos, malísimamente reprimidos, que presenciábamos toda la compañía cada vez que Vicente nos hacía una visita! Y lo que todos temíamos que pudiera ocurrir, aunque del todo no lo creíamos, ocurrió. Sevilla. Festivales. Plaza de España. «Macbeth». «Esta será mi última actuación, porque me caso dentro de unos meses.» No la creímos, porque era la quinta o sexta vez que María Jesús nos había dicho lo de su boda, y era tan admirable actriz en la vida como en la escena. Pero fue cierto. Lady Macbeth se suicidó aquella noche entre los rosales del Parque de María Luisa para dar paso a la señora de Gil, que entraba así a formar parte de la Corte del Pardo. El teatro perdió una actriz excepcional.

1949. Mi primera salida al extranjero. París. Me lleva mi tío.

Le ilusionaba enormemente que yo conociera París a través de él. Le llevo a Cocteau las críticas, excelentes, de «El águila de dos cabezas». 16, Rue Montpensier. «No voy a España porque me lo prohíbe ma bonne Madeleine», española, catalana y exiliada política. «Cuando Franco desaparezca...» Pero Franco no desaparecía y Cocteau vino, por fin, a España. Guardo de él no sólo un entrañable recuerdo; era deslumbrante y de una simpatía arrolladora, sino muchas cartas y dibujos que, con enorme esplendidez, me enviaba sin yo pedírselos. En uno de mis posteriores viajes a París me invitó a que le acompañase a los estudios. Rodaba «Orphée», con Jean Marais y María Casares. Frente a su casa, en la misma calle: Montpensier, vivía Colette. Un día, después de comer en un restaurantito pequeñito situado en esa misma calle, fuimos a visitarla. Una visita relámpago. Tenía que dejarle «un mot». De pie, no nos sentamos, me presentó: «Mon jeune traducteur espagnole». Colette en una especie de diván, cubierta por una piel, y al lado de la ventana que daba a la cour del Palais Royal, se despidió tendiéndole los brazos, que él besó con emoción.

Cuando Cocteau venía a Madrid le asediaban periodistas y escritores. «On va faire notre tour», me decía en un aparte. El tour era recorrer las tabernas de Echegaray, entonces en todo su esplendor, y el Madrid viejo, que era lo que de verdad le divertía. Coincidió en uno de sus viajes a España con los ensayos de «Le bel indifferent», un acto que había escrito para Edith Piaf y que yo traduje para completar el programa, porque «Soledad» nos quedaba un poco corta. Y allí estuvo, en el María Guerrero, marcándole con todo entusiasmo a Luisa Ponte una caída al suelo que no sabíamos cómo resolver. Terminó con el abrigo rebozado en el polvo del escenario.

1952. Obtengo una beca del Gobierno francés para estudiar teatro. Llego a París. Sorpresa. No hay donde estudiar «dirección escénica». Me propongo hacer vida de estudiante. Como y cena en los comedores para universitarios y vivo en la ciudad universitaria una temporada, compartiendo la habitación con un japonés, también becado para escena. Veo que el único medio más práctico es asistir a ensayos. Anouilh, a quien conocía por haber traducido y dirigido varias comedias suyas, me da una carta de recomendación muy efectiva para Jean Louis Barrault, que tenía el Marigny. Estaba montando en esos momentos, ¿casualidad?, una obra española, «El perro del hortelano», en francés, «Le chien du jardinier». Barrault, uno de los hombres de teatro más interesante que ha tenido Francia, estaba, y me imagino que lo seguirá estando, lleno de curiosidad, entusiasmo, vitalidad. Se alegró mucho de tener a un español al lado. Me hacía constantes preguntas. La forma de manejar un abanico; daba la sensación de un soplillo en manos de la Renaud, su esposa; la forma de andar, el carácter, la reacción de los personajes. Me había presentado a los actores: «Alonso, le jeune metteur en scene espagnole». Lo de «joven» me persiguió hasta pasado los cuarenta.

1957. Cada año que transcurre me afianzo más en mi carrera. Tamayo me encarga que dirija en Barcelona «Las brujas de Salem», con una segunda compañía «Lope de Vega». El lo acababa de dirigir en Madrid. Se estrenaron casi simultáneamente. Le dije que si no hacía

«Del brazo de Irene López Heredia, personalísima actriz, con Vilches estrenó por primera vez en España obras de Wilde y Shaw».

«En Londres, con Noel Coward; me estaría diciendo alguna frase ingeniosa. El 'humor' británico lo tenía a flor de piel.»

Descanso del ensayo de «El jardín de los cerezos», con Josefina Díaz de Artigas, Berta Riaza y María Dolores Pradera.

un montaje totalmente diferente al suyo, no porque creyera que a mí se me ocurrieran más cosas, sino porque no me iba a divertir en los ensayos copiando su montaje, no acepté el ofrecimiento. Tamayo accedió. El papel que en Madrid estrenó Rafael, en Barcelona lo encarnó Luis Prendes; el de Asunción Sancho, Blanca de Silos, y el de Berta Riaza, Nuria Espert, que también iniciaba su carrera. La obra de Miller fue un gran éxito malogrado en el arranque por la primera huelga sonada en el régimen de Franco, la de los tranvías. Después Tamayo, que quedó muy satisfecho de mi trabajo, me encargó «El diario de Ana Frank», en versión de López Rubio. El éxito de «El diario» me afianzó más. Otro montaje, el de «La gata sobre el tejado de cinc caliente», con Aurora Bautista, fue también por aquella época.

De 1960 a 1972. Tamayo, director del Español, que también gobernaba el Ministerio de Información y Turismo, me llamó una mañana por teléfono para ofrecerme, de parte del director general de Teatro, Fontán, la dirección del María Guerrero. Tal vez porque era un sueño que veía convertido en realidad o porque son tantas las horas de angustia, de insomnio, de no vivir, que ha supuesto siempre para mí la preparación y ensayos de una obra, y ahí se trataba de dirigir ¡un teatro!, que dije que «no». Es lógico rechazar el sufrimiento. Se ha dicho muchas veces que el teatro es una droga, un veneno, y es muy cierto, aunque suene a tópico, o quizá precisamente por eso. Después de todo, un tópico es una verdad repetida. Dije que no, salí corriendo, que es lo que hago siempre que consigo algo muy deseado, y me refugié en El Escorial, esperando, en el fondo, que volvieran a insistir. Como así ocurrió. En el María Guerrero, libre de limitaciones económicas, indiscutible condicionamiento restrictivo del teatro privado, podría hacer unas obras imposibles de montar en otro sitio. Propuse para la inauguración «El jardín de los cerezos», de Chejov. No les gustó nada que un ruso abriese la temporada. Pero fue la condición «sine qua non» para aceptar. Y me dijeron el «sí». Tuve la alegría de que «El jardín» no fue sólo un éxito artístico, sino de público. Conformarse con el éxito artístico es bien triste, porque es aceptar, resignados, que el público no es culto, que sólo le gusta el mal teatro. Además, era la primera vez que esa obra maestra se conocía en nuestro país. Respiré. Había saldado una cuenta. «El rinoceronte» (primer Ionesco que se daba para el gran público) siguió a la obra de Chejov. Estreno que no olvidaré, de choque, con escándalo incluido. Maravilloso. Los de arriba llamaban rinocerontes a los espectadores de butacas porque «meneaban». Alfredo Marqueríe, que tenía gran peso en la crítica, incomprensiblemente se puso en contra y al día siguiente, en «ABC», arremetió contra el autor, poniéndolo de vuelta y media, mientras que a nosotros nos compadecía por haber tenido que hacer aquel «bodrio». He dicho «incomprensiblemente» porque Alfredo, justamente por ser nuevo, insólito y por escribir un teatro diferente y de ruptura, se había quedado solo defendiendo a Jardiel Poncela contra toda la crítica conservadora que le atacaba. Terminamos la temporada con un Lope de Vega desconocido, «El anzuelo de Fenisa». No iba público, y por unas declaraciones de Helen Hayes, que por aquel entonces estaba actuando en el Español con una compañía norteamericana, en las que ensalzaba el espectáculo y la interpretación, se llenó el teatro. Yo vi la obra con ella en un palco. Se quedó muy sorprendida tras una escena: «¿Es conocida?» «No.» «Pues hará carrera», me contestó segura. La actriz se llamaba Lola Cardona. Admiró mucho una escena en que Carmen Bernardos y María Luisa Ponte, dos fulanas que acababan de engañar a un pardillo, terminaban materialmente llorando de risa. Cuando entró a saludar a la compañía la esperamos todos en el escenario. Helen Hayes, viejecita deliciosa y etérea, les dijo: «Me he quedado asombrada. ¡Qué bien reís! Es algo que no saben hacer los actores americanos.»

El paso del tiempo tiene una ventaja —alguna había de tener—: la de ver lo que a uno le ha sucedido o lo que ha hecho con perspectiva, lucidez, objetividad, y así puedo yo considerar mi labor en esos doce años en el María Guerrero con muchos más puntos positivos que negativos. Las programaciones fueron siempre coherentes, dignas y en el límite de lo que la censura podía permitir. Nunca se me impuso desde arriba ninguna obra, a excepción de «El zapato de raso». Pero de esa «imposición» hablaré más tarde. Lo que sí podía ocurrir —y ocurrió en más de una ocasión— fue echarme abajo alguna comedia: «Rosas rojas para mí», de O'Casey, porque su estreno coincidiría con las huelgas de los mineros en Asturias. O la prohibición en los últimos ensayos de «El matrimonio del señor Mississippi», de Durrenmatt, porque su adaptador, Carlos Muñiz, había firmado un manifiesto contra el régimen o contra la censura, no recuerdo bien, pero da lo mismo. Dediqué mi atención a las grandes obras del teatro universal y que no se habían representado en nuestro país: «El jardín de los cerezos» y «Las tres hermanas», de Chejov; «Los bajos fondos», de Gorki; «El luto le sienta bien a Electra», de O'Neill. A reponer obras españolas que habían significado algo en el desenvolvimiento de nuestro arte escénico: «Los caciques», de Arniches; «Eloísa está debajo de un almendro», de Jardiel. El teatro de Valle Inclán tuvo lugar preeminente. Subieron por primera vez a un escenario Antonio Gala, con «Los verdes campos del Edén» y «El sol en el hormiguero», y Ricardo López Aranda con «Cerca de las estrellas». Las versiones extranjeras se las encargué a escritores de gran relieve: Laín Entralgo, Rodríguez Buded, Agustín Gómez Arcos, Carlos Muñiz. No descuidé el teatro clásico. Como muestra, los dos Lopes: «El anzuelo de Fenisa» y «La bella malmaridada». Otro éxito fue: «El círculo de tiza», de Brecht, con el escándalo de rigor incluido.

Hicimos varias salidas al extranjero. Al teatro de las Naciones de París con «La bella malmaridada». Y en dos ocasiones a Portugal con «Romance de lobos», de Valle, y «Misericordia», de Gal-

dós, en adaptación de Mañas. Gira agotadora fue la de ¡once países sudamericanos! de siete meses de duración. Empezamos en Costa Rica y terminamos en Méjico. De todo hubo; éxitos y fracasos. Llegué a España destrozado y estuve tres meses en la cama con una mezcla de hepatitis y depresión. Llevamos «Los verdes campos del Edén», «Tres sombreros de copa», «El señor Adrián», de Arniches; «La rosa de papel» y «La enamorada del rey», de Valle, y «La dama duende», de Calderón. También fuimos a los festivales internacionales de Dublín y Varsovia, con «Misericordia», obra que gustaba lo mismo en Bilbao, que en Sevilla, que en Praga, donde por cierto también estuvimos. Al María Guerrero llegó un día con la carpeta llena de bocetos y ofreciendo su trabajo, como un obrero en paro, Francisco Nieva, que acababa de llegar de París. Así le conocí. Me deslumbró su trabajo y le encargué inmediatamente «El nuevo inquilino» y «El rey se muere», que irían en el mismo programa. Era la iniciación de una colaboración y una gran amistad. Ionesco conocía una muy completa colección de fotos y los bocetos de esas dos obras suyas. Un día, merendando con él y su esposa en su casa parisina del bulevar Montparnasse, me propuso utilizar el mismo montaje para una reposición que se preparaba de «El nuevo inquilino». Fue la primera vez que vi a Ionesco. Me llevé una divertida sorpresa. Esperaba que viviese en un estudio anárquicamente decorado o en una buhardilla con un colchón en el suelo, no sé... Todo menos a como realmente vivía; en una casa ordenada, pulcra, con retratitos, encajitos, tresillo y mesa, que le faltaba poco para ser camilla. Y aquel hombre, que había dislocado formalmente el teatro y el lenguaje, cogió una bolsa de esas de red de plástico, que usan las burguesas amas de casa para ir a la compra, y bajó a por unos croissants para merendar.

Durante la merienda hablamos del teatro en Rusia. Yo volvía de allí. Era el año 1964. Mi madre me despidió como si me fuera a la Siberia para «in eternum». Pocos españoles iban solos. Fui invitado por la Casa de la Amistad para ver teatro. Como no había relaciones diplomáticas me retuvieron el pasaporte y salí para Moscú, vía París. Volví a Madrid por el mismo camino. Ionesco me contó que no había autorizado «El rinoceronte» en Rusia porque se empeñaban los rusos en cambiarle el final y querían concretar que los rinocerontes eran los fascistas.

«Yo he escrito una obra que trata de la libertad del hombre contra todas las presiones y dictaduras», les contestó.

Creo que una de las cosas más importantes de mi gestión, en todos esos años, al frente del María Guerrero fue haber conseguido formar una compañía estable y fija. Diez años estuvieron algunos actores. Los de mayor permanencia, Bódalo y Ferrandis. Y por eso en la primera gira que hicimos causaba asombro ver a la misma compañía interpretar «El jardín de los cerezos» y al día siguiente «Los caciques» o «El rinoceronte». De tanto trabajar juntos se había conseguido la flexibilidad necesaria para pasar de un género a otro sin el menor esfuerzo.

En el año **1965** fui a Nueva York a montar «La dama duende» en inglés. Muy bien traducida, en verso libre, por un profesor californiano del que he olvidado el nombre. Me llevé a Paco Nieva para que hiciera los bocetos de trajes y decorados. La empresa era IASTA (Instituto de Estudios Avanzados en las Artes Teatrales). Tenían un teatrito muy gracioso en la calle 42. Posteriormente la monté en España. A la vuelta de Nueva York dirigí en el Español «El zapato de raso», de Claudel, en versión de Gala, la obra más compleja, ambiciosa y de mayores proporciones que jamás se escribiera. Verdadero ejemplo de teatro total: 120 actores, 60 comparsas, una orquesta de cincuenta músicos, con un instrumento único que lo tocaba una señora y vino de París, las ondas Martinon, y que lo exige Hoeneger en la partitura, cantantes de ópera, un ballet, pantomimas, marionetas, sombras chinescas. ¡De todo! Cada cinco minutos había una sorpresa escénica. Fue una «imposición», decía antes, de Fraga. Yo la monté porque a pesar de no ser una obra que me entusiasmase comprendía que se trataba de un texto importante, muy bello y por añadidura con tema y personajes españoles. Claudel la dedicó a José María Sert y era congruente la monumentalidad de la obra con las pinturas del catalán. Los hechos se produjeron de la siguiente manera: José María García Escudero, entonces director general de Teatro, me dijo en la reunión para presentar la programación del María Guerrero: «Incluya usted «El zapato de raso» (yo me había hecho el remolón en dos temporadas anteriores, incluso sabiendo el deseo de Fraga). Se lo recomiendo. Hoy el ministro se lo va a pedir. Adelántese usted.» Y ya en presencia de Fraga, cuando me tocó hablar, iba yo desgranando los títulos y me paré en el último. Silencio embarazoso que rompe Fraga. ¿Y «El zapato de raso»? «Bueno, señor ministro, verá...» «Mire, Alonso, si usted no pone «El zapato de raso» esta temporada, yo, cuando deje de ser ministro, claro, le doy con mi zapato en la cabeza.» Me lo dijo con tono de broma, claro. Yo le contesté que sí, que lo montaría, pero que no iría nadie. (Duraba cuatro horas la versión recortada de Gala. En París, cuando se estrenó, hubo frases y comentarios sangrientos del mundillo teatral. Sacha Guitry comentó: «Claudel ha escrito «El zapato de raso». ¡Por Dios, que no se le ocurra escribir el otro!» Le llamaban «la bota malaya», etc.) Fraga, nada conforme con mi pro-

Ensayando «Asesinato en el Nilo» en el escenario del teatro madrileño Infanta Isabel. A mi derecha, el empresario Arturo Serrano.

Saludando con Francisco Nieva, autor de decorados y trajes, la noche del estreno de «La dama duende». En el centro de la foto, Antonio Ferrandis; a la derecha María Fernanda D'Ocón y Tote García Ortega.

místicos, aseguró que era mucho público. Y acertó él, porque yo no he visto ni antes ni después las colas que se formaban en el Español para sacar localidades. A veces tenían que intervenir los guardias. Fenómeno que se repitió en Barcelona en el Liceo. Fuimos para una semana y hubo que prorrogar diez días más ante los aforos en aquel inmenso teatro. No olvidaré nunca esta obra, pero por un motivo muy triste. Al volver a casa a altas horas de la madrugada, después de un ensayo extenuante, ve encendida la habitación de mi padre. Todos dormían. Estaba sentado en la rama. Se ahogaba. Tenía un enfisema pulmonar. A los pocos minutos, yo, que siempre me había negado a ver a alguien sin vida, tuve que ver cómo se escapaba la de mi padre entre mis brazos. No olvidaré la impresión que me llevé cuando vi en su cartera y él, que apenas me hablaba, que se mostraba frío y nada conforme con que me hubiera dedicado al teatro, la llevaba llena a reventar con fotos y críticas mías. También me impresionó mucho cuando después fui a ver a sus compañeros para arreglar la pensión de mi madre y me dijeron: «¡La que le quería tu padre! ¡Qué orgulloso estaba de ti! ¡Qué alegría se llevaba con tus éxitos!»

Mi actividad fuera del María Guerrero es casi nula. Dirijo, además del teatro, todas las obras que allí se representan. Apenas tengo tiempo libre.

1974. Muere mi tío José Luis. Nos quedamos solos mi madre, una muchacha que la cuida y yo. En la última época del María Guerrero, Lola, después de unos años de silencio, vuelve con nuevos ímpetus. Dirijo «Los buenos días perdidos», «Anillos para una dama» y «Las ciruelas colgadas de los árboles». Después de morir Franco, puede regresar a España María Casares. Será con «El adefesio», de Alberti. No quedé contento del montaje. Por presiones, que no vienen al caso, resultó muy distinto y, en cierto modo, opuesto al que yo había imaginado. Olga Molinero y José Luis Pellicena tienen los derechos de «Las manos sucias», de Sartre; también me confían la dirección. Después, «La gata en el tejado de cinc», representación con María José Goyanes, «Panorama desde el puente»...

1978. Lola Rodríguez Aragón, directora de la Escuela de Canto, me propone dirigir con los alumnos más avanzados, y en unas sesiones que había en la Zarzuela de ópera para la juventud, «Don Pasquale», de Donizetti. (Siempre fui un «forofo» de la ópera. Llegué hace muchos años, hasta cambiar el billete de vuelta a Madrid para quedarme en París dos días más y poder ver a María Callas en la «Norma», de Zeffirelli.) Dudo, como siempre, en aceptar el ofrecimiento de Lola, pero le doy el sí. Es algo nuevo que me ilusiona enormemente. ¡Algo en lo que poder empezar a estas alturas de la vida!

Creo que mis conocimientos del teatro funcionaron muy bien. «Don Pasquale» es un éxito y me quedo en la Escuela de Canto como profesor interino de la clase de Escena Lírica. Salen oposiciones para una cátedra. Lola, con su maravillosa tozudez, que nunca le agradeceré bastante, insiste para que me presente. «Peleas y Melisandes», de Debussy, es la primera ópera a nivel profesional que dirijo. Fue una gloria trabajar con Victoria de los Ángeles.

1980. Muere mi madre. Es el golpe más duro que recibo en la vida. Me quedo solo. Tengo la sensación de que a partir del momento en que mi madre dejó de respirar vivo de pequeñas prórrogas. Cambio de casa. Cambio de vida.

1981. Hago oposiciones para la cátedra de Escena Lírica. Era el más vivo deseo de mi madre que tuviera algo seguro. Sabía lo dejado que soy para todo lo práctico. Siempre me han pagado por mi trabajo una miseria. Nunca he exigido nada. Me han explotado. Y he sido consciente de ello. Me parecía absurdo que me pagasen encima por hacer algo que me gustaba tanto.

He llegado por fin a nuestros días. Las dos temporadas al frente del teatro Español tuvieron más pena que gloria. Bien es verdad que cuando me hice cargo de ese teatro la mayor parte de las obras estaban ya programadas. Sólo fue un rayo de luz, entre tanta penumbra, «El galán fantasma», que monté para conmemorar el tercer centenario de Calderón. Cuando me nombraron director del María Guerrero tuve dos sentimientos encontrados. Una gran alegría y una gran tristeza. Todo, por el lógico e inexorable paso del tiempo, "no podía ser igual". Voy con mucho temor a mi primer estreno, mi primera prueba: «El paro silvestre». No sale mal. Tiene, además, el favor del público.

* * *

Al escribir estas notas biográficas he tenido forzosamente que recordar, volver a lo pasado, cosa a la que siempre me negué. Me aterra el paso del tiempo. Y me ha producido asombro comprobar ¡lo que he trabajado! Porque estas notas no reflejan ni la mitad de todas mis actividades. Me he pasado la vida metido en los teatros. Ensayando a todas horas, y en los descansos, discutiendo con escenógrafos, bomberos, eléctricos, técnicos. ¿Vacaciones? No sé lo que son. En el verano he tenido siempre que preparar el principio de la temporada. Septiembre es un mes clave, según los empresarios. No se puede desaprovechar. Pero lo más asombroso es que no recuerdo haber tenido jamás pereza a la hora de ir al ensayo. Si me tuviera que definir diría que soy un grandísimo trabajador con un poco de talento. Nada más... ni nada menos. ■

INTIMISMO CERNUDIANO DE CARMEN LAFFON

CARMEN FERNANDEZ RUIZ

HAY todavía salvación para la pintura localista, para la pintura de paisajes, de gentes y campos, de giraldas y fantasmas arquitectónicos. Carmen Laffon ha encontrado una forma muy propia de hacer esa pintura, entretejiendo su intimidad con los temas andaluces –imágenes de Sanlúcar de Barrameda, de Sevilla, de su infancia, del mundo que la rodea–. Un mundo que la piqueta ha destruido, desfigurando la imagen de Sevilla mientras se la comercializaba entre la pandereta y el vino, la alquimia y la música enlatada. Debajo de tanta postal se esconde una ciudad real, que Carmen Laffon tiene interés por mostrar.

–Ni Sevilla ni Andalucía son tan alegres como se ha dicho; son nostálgicas, tristes; como toda ciudad que ha tenido ese pasado tiene nostalgia por su grandeza. Pero yo no estoy pintando por un recuerdo, lo estoy viviendo en 1982. Ahora, a lo mejor, por detrás y sin yo darme cuenta tengo a los tartesos dentro. Bueno, pero en Sevilla, donde estuve por Semana Santa, yo olié ese olor a azahar, una noche, un clima tan apacible, tan misterioso, con unas sugerencias... Yo lo siento así, aunque a lo mejor resulta que es una fantasía, que me viene dado por unas tradiciones... Me preocupa mucho todo lo que están destruyendo de Sevilla a nivel masivo. Hay que tomar conciencia del patrimonio que tenemos, que hasta las sevillanas han entrado en un consumismo, que en cualquier momento del año te las meten. Y en gran parte es culpa de los grandes almacenes que lo comercializan todo. Mira, durante los últimos años había poca gente por las calles en Semana Santa, se había puesto de moda el irse fuera. Pero ahora hay verdaderas masas que no saben ni un poco a lo que van: piensan que la Semana Santa es una fiesta y un jolgorio. El año pasado había puestos de salchichas, de no sé qué, mercancías alrededor de las procesiones. Así que se ha pasado de despreciar lo que teníamos a darle una valoración comercial. La Feria también ha cambiado, se ha convertido en una fiesta campera; tiene acceso mucha más gente, se participa más, se ha perdido un poco la intimidad. Claro que me planteo que es mejor así: de ser intimista se ha convertido en popular y masiva. Respecto a la Giralda, Murillo, etcétera, no son tópicos, son cosas con un valor real. Lo peor es la destrucción de la ciudad; el tema es complejo, la gente ha ido abandonando sus casas con patio por pequeñas comodidades. Así que hace ocho años, parecía un bombardeo, cada día había un derribo nuevo. Realmente hasta que no ha llegado un ayuntamiento de izquierdas, y un grupo de arquitectos jóvenes, no se ha parado ese destrozo.

–Tu obra de Sevilla parece que tiene un valor de recuperar edificios y rincones que han sido derribados,

–Quitando un cuadro tristísimo que hice a propósito, y que se llama «El derribo», de un palacio del siglo XVII que desapareció en dos días, lo que pasa es que yo pintaba cosas que después desaparecían. Donde había un compás de un convento, pues ya no existe; la estructura de la calle ya es otra. La Sevilla que conocí de niña está destrozada. Menos mal que ahora la gente joven toma conciencia.

–¿Se puede decir ahora mismo que existe una pintura, una escuela andaluza?

–Yo no hablaría de una escuela, pero sí que hay una sensibilidad común, algo, una cierta relación, una coincidencia entre abstractos y figurativos; una coincidencia de color, de materia, en el clima. Pero no con el propósito de escuela.

–¿Qué matices tiene Sevilla, su luz, respecto a Málaga, por ejemplo?

–Málaga es mucho más exube-

Pero en Sevilla olié ese olor a azahar, una noche, un clima tan apacible, tan misterioso, con unas sugerencias... Yo lo siento así, aunque a lo mejor resulta que es una fantasía, que me viene dado por unas tradiciones...
Me preocupa mucho todo lo que están destruyendo de Sevilla a nivel masivo. Hay que tomar conciencia del patrimonio que tenemos, que hasta las sevillanas han entrado en un consumismo, que en cualquier momento del año te las meten.
Carmen Laffon

«María» dibujo (2,42 × 1,52), 1971-73

rante que Sevilla, que es mucho más austera, impresiona volver de Málaga y ver el paisaje de Sevilla, una tierra plana, seca. Las provincias de Andalucía son absolutamente distintas.

—¿Todavía se puede pintar Sevilla, a pesar del uso y el abuso que se ha hecho de la calle con macetas de claveles y demás?

—Yo ahora mismo estoy pintando La Giralda y la Torre del Oro, más tópico imposible, con el río Guadalquivir, su reflejo, todo. Pienso que son una maravilla y me apetece mucho hacerlo. Tengo muchas cosas entre manos: un retrato de mis padres —que me dio mucha pena que muriera él sin haberlo podido terminar— en el jardín, con todo el ambiente que les rodeaba. Después estoy haciendo muchas cosas en Sanlúcar de Barrameda, el Sanlúcar urbano, el coto de Doñana visto desde Sanlúcar; no por dentro, sino lo que es la tira de la desembocadura del río con los problemas de luz, de espacio. Y ahora ya estoy deseando terminar aquí para volverme a ti. Pero volviendo al tema, para mí Sevilla está sin pintar. Ahora mismo hay un pintor que se llama Joaquín Saenz que está dando cosas de Sevilla muy interesantes. A mí es que me sugiere Sevilla, quizá sea una cosa muy personal, pero me gusta pintar La Giralda porque creo que es fantástica. Desde el momento en que me está sugiriendo una serie de emociones, pues la pinto. Por la mañana temprano, que es cuando yo voy a pintarla, es un color el que tiene, una luz, una cosa muy de niebla. Sevilla no es bonita de color. En Inglaterra yo veo lo evidente que está todo, el verde es verde y demás. Pero en Sevilla, quizá como el carácter de allá, es muy ambiguo y ni el blanco es blanco, ni el cielo es azul de ninguna de las maneras. Hay mucha ausencia de color, hablando por colores primarios. Lee tú a Cernuda o a Becquer. Y yo soy sevillana cien por cien, vamos. Creo que no tiene nada que ver con la tarjeta postal y la pandereta que se ha hecho. Yo tengo una gran capacidad de adaptación y en cualquier lugar puedo trabajar ¿no? Lo que pasa es que tengo grandes raíces en Andalucía y no puedo prescindir de ir allí. En Sevilla un grupo estamos alrededor de la valería de Juana Aizpuru, pero no para trabajar en común, sino porque nos interesa hablar de pintura.

—¿Se registra alguna forma de colonialismo de Madrid sobre Sevilla, que también pienso que lo ejerce Sevilla sobre el resto de Andalucía o al menos sobre la occidental?

—No cabe duda de que Sevilla tiene ahora más ambiente que hace años, un poco de más movimiento. Pero no cabe duda tampoco de que no se puede pintar de espaldas a Madrid. Hay alguna galería, se hacen grandes esfuerzos a nivel privado, pero si quieres ver lo que se está haciendo, cosas que son fundamentales, tienes que venir a Madrid. A mí me interesa mucho lo que se está haciendo ahora.

—Parece que tu pintura quisiera dar la clave de tu pasado, como si lo buscaras con nostalgia.

—A mí me parece que en principio mi pintura era más literaria.

—¿En cuanto a que contabas cosas concretas?

—Sí; un pintor no puede prescindir de sí mismo, de lo que le impresiona, y ese subjetivismo siempre sigue existiendo. En una época te interesan cosas más personales y en otra te interesan cosas más exteriores a ti. En este momento soy mucho menos nostálgica: es una evolución que no me he propuesto. Yo me he criado en un ambiente, digamos cernudiano, sevillano; el jardín del Alcázar de Sevilla ha sido mi sitio de jugar y, como si eso me influyera muchísimo, creó en mi primera obra una nostalgia por el lugar. Luego la vida te va formando y, eso es la pintura, tu vida misma, resulta que vas dejando otros mundos ¿no? Es difícil de explicar.

—¿Qué encuentras en los objetos, en los paisajes, en las personas que elijes para tus cuadros?

—Pues me pasa como a Picasso, que yo no busco: encuentro. En realidad, de tanto mirar. Pienso que las cosas tienen un matiz distinto según el estado de ánimo. Me es difícil definir esto, porque yo lo expreso pintando. Todo el mundo ha pasado —y yo también— momentos de crisis graves en mi vida y ¿se han reflejado en mis cuadros, no, de qué manera? A lo mejor la parte tuya digamos "positiva" sale en ese momento y arrincona a la otra. Son mecanismos interiores muy complicados. A mí lo que me motiva es el ambiente que me rodea; por ejemplo, esas tazas de desayuno que tenemos delante y que han servido para conversar nosotras. Pienso que la vida me está dando siempre motivos para pintar. Pero el problema es que no llego.

—¿Te preocupa el tiempo?

—Me agobia que pase el tiempo porque no hago el cuadro que quiero, porque no me acaba de salir y me hago planes que no cumplo. Es un poco también el problema de pintar fuera: si empiezo en verano, tengo que terminarlo en verano. Y en Sanlúcar, por ejemplo, estoy pintando un paisaje y ya medio me lo han tapado porque construyen más deprisa que pinto yo, que siempre lo hago del natural. Me preocupa además el tiempo que pasa porque para pintar se necesita mucha energía, mucha salud. Y cuando uno está mermado, aunque esté deseando pintar, le falta la fuerza. Otra cosa que me preocupa de la edad es que de joven se tiene una gran osadía. Me acuerdo que cuando era pequeña e iba con mi padre al museo, veía los cuadros grandes de Murillo y decía «esto lo hago yo», y estaba deseando llegar a casa y ponerme delante de un cuadro enorme. En cambio ahora, que tengo muchas ilusiones por trabajar porque no he hecho todavía lo que tengo que hacer, ya no tengo esa cosa de llegar y ¡al momento!; todo eso se transforma más en responsabilidad. Admiro mucho de Picasso que no perdiera nunca la vitalidad.

La caja de plata, óleo (1 × 0,81), 1965.

CARMEN LAFFON

–¿Crees que serías capaz de dejar de pintar en el futuro?

–He dejado de pintar mucho tiempo por estados personales, por momentos de depresión sobre mi trabajo, pero no me he desanimado a pintar. Pero respecto al trabajo, como a mí nunca me ha parecido que estuvieran bien mis cuadros, sino que podía hacerlos mejores, entonces no he quemado etapas. Pero cuando me asaltan las dudas sobre mi trabajo, de lo único que estoy segura absolutamente es de que cuando más a gusto estoy es pintando. Eso es lo que me hace seguir, no otra cosa. No puedo separar la vida personal de mi trabajo. Ha habido temporadas en las que no he pintado y me he encontrado fatal; he pensado que no sabía hacer otra cosa que pintar y no es porque yo sepa, pero es donde yo estoy. Y no tenía sentido el seguir pintando. Pero sí lo he superado y

«Santísimo de Barrameda». Fragmento (2 × 1,14), 1975-76.

«Bodegón de Triana», óleo (97 × 1,30), 1963.

CARMEN LAFFON

he empezado a pintar me he ido encontrando mejor

La primera es entonces tu fuente de [illegible] y expresión. ¿Cómo empezó [illegible]?

–Bueno, mi padre, que era un hombre muy culto, siempre se había interesado por la pintura y conocía el estudio de un viejo maestro de Sevilla, decimonónico (don Manuel Gutiérrez Sancos. Este pintor tenía una casa en Sanlúcar de Barrameda, que es donde nosotros hemos veraneado siempre, en un sitio que se llama La Jara, al lado del campo. Y pintaba mucho allí. A mi padre le encantaba verlo y me llevaba con él. Yo tendría doce o trece años y me acuerdo que le ayudaba a llevar las cosas, la caja. Y así empezó a ponerme modelos para que pintara también. Luego empecé a trabajar en su estudio con él porque tenía allí alumnos y mi padre que era muy fino, muy sensible –aunque profundamente tradicional– veía que para mí la pintura era algo importante. Cuando murió don Manuel me mandó a la Escuela de Bellas Artes, como se lo había recomendado. Yo tenía catorce años. Y dado el ambiente fue una decisión importante. Hacía cuatro o cinco años que se había fundado la Escuela, había otras clases también; pero en el momento en que se movían mis padres era una cosa muy avanzada. Yo nunca fui al colegio, mi padre despreciaba un poco esas educaciones convencionales y aprendía en casa. La carrera de piano, el bachillerato, la pintura.

–Me contabas que tu familia tuvo mucha relación con la Institución Libre de Enseñanza.

–Sí. Por eso digo que mi padre vivía un ambiente muy vinculado a las letras. Incluso escribió poesía cuando se jubiló. Era muy interesado por la expresión artística, desde un punto de vista muy tradicional. Mi familia es oriunda de Francia y parece que mi bisabuelo, mi tío, tuvo mucha relación con los impresionistas. Así que mis padres no me dieron esa educación «para casarse» que era lo que se hacía entonces. Pensaron que yo tenía que tener una actividad en la cual yo me expresara ¿no? En un primer momento les pareció mal a mamá lo del piano, pero como yo me apasioné tanto con la proximidad de este maestro y mis padres vieron que yo era absolutamente feliz en aquel estudio que tenía en un barrio decimonónico muy cerca de la catedral, pues me ayudaron.

–¿Valoraban tus padres lo que tú [illegible]?

–No. Pensaba que yo tampoco hacía nada muy importante, pero no es que se avergonzara, es que era una persona muy modesta, tan poco vanidosa que no creía que tuviera ningún valor nada de lo que hacía y conmigo igual. Pensaba que todo era muy natural, que no había nada de qué vanagloriarse y que todo se podía hacer mucho mejor.

–Esta forma de ser, de entender el valor del trabajo propio ¿ayuda a valorar pictóricamente tus obras?

–Lo que pasa es que los cuadros nunca los veo terminados, siempre se me queda algo que no me acaba de gustar. Entonces yo nunca firmo los cuadros. Porque se me olvida, porque pienso que no están terminados. Y si alguna vez lo vuelvo a ver y lo pienso digo «está terminado» y lo firmo. Incluso a veces los he retocado. Yo he visto aquello y espontáneamente lo he hecho, si había un error, una cosa donde no la veía que [illegible], haber valorado algo más que lo [illegible] haber interpretado mal. Yo quiero pintar lo más puro posible, pero a lo mejor me salen impurezas, he recurrido a cosas que nunca debían hacerse. Cada cuadro es una aventura, [illegible] emprender de una manera distinta cuando a fuera lo primero. Pero sin embargo, uno está viciado. O a lo mejor en un cuadro hay una vivencia y entonces hay que dejarlo como está, porque tiene un acento personal. Lo he hecho en un momento determinado de mi vida y representa muchas cosas para mí. Hay cuadros que los pintaba en esos momentos y se me nublaban pictóricamente, no tienes visión pictórica para juzgarlos, pero significan más que otros.

–¿Qué [illegible] impone [illegible] tu obra, a técnica o el fondo?

–Bueno, a veces veo un cuadro antiguo y pienso «qué torpe», pero creo que tiene un cierto estilo. Valoro más el contenido que se da en un momento dado. La técnica se va adquiriendo, pero el problema es lo que aquello tiene de profundidad.

–Siempre has usado la figuración como vehículo pero, [illegible] influencia tuvo en ti el descubrimiento del abstracto?

–A mí me interesa mucho todo lo que pasa, yo lo sigo. Me gusta muchísimo el abstracto: [illegible] todos los cuadros que tengo lo siento mi pintura, a pesar de todo asimilo eso. Y está en mi mundo. Yo no puedo pintar una cosa que no siento y yo por principio sigo sintiendo la figuración. Porque creo que abstracto es también todo y el figurativo es una síntesis donde también está el abstracto, pero no estoy prescindiendo de una serie de anécdotas que son el pretexto para yo trabajar.

–La primera exposición que fue de gran éxito en 1961 tiene lugar en medio del gran momento del abstracto, ¿qué [illegible]?

–Pues que como era el gran momento de la pintura abstracta española, El Paso, una pintura tremenda, muy fuerte, fue para mí un asombro tener éxito. La figuración entonces no costaba y claro, presentarme yo con mis cosas –porque son cosas– pues realmente [illegible] lo que pasa es que tengo una conciencia muy clara del sitio que tengo y he pasado malos ratos pensando que para la gente mis cuadros son bonitos y nada más. Pero he visto que mi sitio es donde estoy. No soy pintura de bienales [illegible].

(Constantemente sale a relucir en Carmen Laffon esa actitud de asimilación de su arsenal de aceptación de unos hechos que tan lejos le han llevado del culto a su personalidad.)

–... Fue Gerardo Rueda quien me llevó a Juana Mordó, que me propuso hacer una exposición en la galería Biosca. Entonces Juana me hizo un contrato y de alguna manera ya me he sentido vinculada.

–En 1975 participaste en una exposición precisamente a homenaje a uno de los miembros de El Paso, Manolo Millares, ¿con qué sentimiento preparaste esa obra?

–El homenaje vino porque habíamos sido compañeros dentro de la galería durante tantos años. La galería, como es natural, le hizo el homenaje y me serví con un dibujo que estaba yo haciendo de una ruina muy triste, muy profunda; cuando me enteré de la muerte de Millares me afectó muchísimo y me hizo reflejar en aquel cuadro todo lo sentido que [illegible] me sugirió que [illegible] Millares todas sus épocas fuesen [illegible] continuidad, desde que empieza con su arpillera plana, hasta que va transformándose en volúmenes y me parecía muy dramático sin ser una cosa efectista. A mí Millares me llegaba de verdad, tenía algo muy profundo.

–¿Qué se conocía en Sevilla cuando llegaste a la Escuela en cuanto a pintura moderna se refiere?

–Bueno, el ambiente era bastante tradicional y sigue siéndolo. Hay gente que pinta cosas absolutamente maravillosas, pero a mí no me parecen maravilloso cuando entre una y una catorce años comparando con el mundo en que me movía. Visto desde hoy, claro, pienso que era un mundo muy restringido, un ambiente muy estrecho, en los años 49 y 50. Ahora, salvo un profesor al que he vuelto a encontrar cuando empiezo a dar clases unos años después, yo aprendí de mis compañeros, que es lo que pasa siempre. Trabajaba muchísimo, creo un nocturno los domingos que no había

clase. Y quitando a Miguel Pérez Aguilera, que en ese momento significó toda una revolución, porque fue el primer pintor moderno que salió de la Escuela de Sevilla. Allí pasábamos del Murillo mal hecho a los impresionistas. A Picasso no se le conocía. Había que salir del localismo total.

–¿Cuándo vienes a la Escuela de Bellas Artes de Madrid?

–Pues en el último curso, porque mi padre pensó que era mucho mejor. Encontré mucha diferencia y tuve la suerte de tener un curso muy bueno, más moderno, con esa gente que entra en las escuelas muy fuerte y después siguen y continúan siendo importantes como pintores. En mi curso había gente como Lucio Muñoz, Feito, Antonio López era de un curso menor, pero venía con ansiedad. Era otro mundo lo que yo encontré, estaba más abierto a todo, aunque tampoco llegaban cosas de fuera. Pero es que a Sevilla llegaban menos. Estaban teniendo lugar las bienales, aquí estaba el cubismo. Braque, Picasso y había más cultura en general.

–Uno de los poetas más interesantes de Sevilla, localista en el buen sentido del término, era tío tuyo, Rafael Laffon.

–Pero no me influyó él precisamente, porque era un hombre muy solitario. Desde luego, recuerdo que se iba a ver a tío Rafael; era primo de mi padre y estaban muy unidos desde la infancia. Pero se quedó viudo muy pronto y se retiró. Vivía muy dentro de sí mismo. Pero, en fin: era una sombra que pesaba, aunque le veíamos poco. Se volvió muy solitario, escribía con esa ensimismamiento un poco común a la familia. En casa se le leía, pero no había una relación muy intensa.

–La soledad en que escribía tu tío ¿la buscas tú para pintar también?

–Lo que pasa es que para trabajar necesito estar tranquila, me es muy difícil concentrarme. A mí salir a la calle, que me vean pintar, me da mucha vergüenza. Y, sin embargo, me gusta la bulla, me encanta la gente, la calle, observar y ver. Pero para trabajar necesito estar tranquila. Soy muy tímida, muy pudorosa ¿no? Ahora estoy haciendo grabado y en el taller me ha costado acostumbrarme a trabajar con gente, aunque son encantadores.

«Mercedes Córdoba», fragmento de dibujo (65 × 50), 1979. Con esta obra participó en la Bienal del Flamenco.

–¿Qué interés le ves al grabado?: ¿te gusta la escultura?

–Algo de escultura he hecho. En la Escuela de Bellas Artes, mientras di clases aproveché para aprender un poco el manejo del barro y demás, me gustó mucho el volumen. Y el grabado lo estoy haciendo este invierno y encuentro apasionante expresarme de unas maneras que no podía imaginar. El grabado es una sorpresa, tienes que jugar con el azar. La pintura se contenía más.

–Dejaste la enseñanza hace sólo un año, ¿encuentras que es mejor ahora?

–Bueno, comparar es muy difícil. Pero tal y como está planteado en Sevilla, lo veo muy mal. No sé las experiencias que tengan en Madrid y Barcelona, quizás allí las cosas sean mejores. Pero en Sevilla está muy masificada. No se puede corregir a cada alumno, comentarle, en una clase de 100. Por lo demás, es una experiencia muy interesante.

–Cuando entraste en la Escuela, en el 49-50, y luego a lo largo de los años hallas tropezado con paternalismos, con desinterés hacia tu obra por el hecho de ser mujer.

–La verdad es que pienso que sigue existiendo el paternalismo y también hostilidad. En la galería –en la única que he estado es en la Juana Mordó– nunca he tenido problemas. Tampoco he intentado romper, pero no por problemas de feminismo, de sentirme discriminada como mujer, sino que pensaba que no era pintora de bienales, que mis cosas son muy íntimas y en esos sitios grandes se pierden. Mi sino es otro por mi manera de expresarme. Ahora, si he tocado el que no te tomen en serio. Y más en la vida cotidiana.

–Pero esa manía de exponer todas las obras de las mujeres reunidas, con temas como «La mujer en la pintura» o «La pintura en la mujer» ha contribuido a hacer una anécdota de su trabajo.

–Lo que pasa es que quizá sea la única manera de que te escuchen. Todos esos movimientos tienen una doble opción que siempre me ha preocupado. Pero si las mujeres no se hubieran agrupado, no habría sido posible salir a la luz, aun cuando sea de una forma paternalista, como una anécdota. En mi generación era muy difícil sobre todo que te tomaran en serio. Pero más que en las galerías, en la vida cotidiana, que entendían que lo que hacen no es por entretenerte, sino una cosa muy seria, muy importante.

–Cuando terminas la Escuela en Madrid ¿vuelves a Sevilla?

–Antes me voy a Italia con una beca del Ministerio. Voy a Roma con una amiga y viajamos por toda Italia. Hicimos exposiciones, vendimos por las calles, lo que fuera con tal de poder mantenernos un poco más allí. Figúrate, con veinte años y toda la cultura italiana, el Renacimiento, todo me pareció espléndido. Creo que las cosas que pintaba entonces –trabajé mucho allí– estaban muy influenciadas, esa pintura plana, con esos colores del quatrocento, rosas, azules...

Y tras Italia, vuelta a Sevilla, a Sanlúcar de Barrameda, a beber de las fuentes habituales, a comentar ese inmisericordioso que esconde un pudor inocente y permanente hacia sus cuadros, hacia su obra, hacia su vida, hacia su persona. Pero su timidez es inútil porque, como ella misma dice, «aunque no te des cuenta, cuando pintas siempre estás contando cosas» y si pinta esos dos cacharros, está pintando los sentimientos que le inspiran. ■ **C.F.R.**

«Y NADA ESTRECHO Y TODO EL MUNDO ABRAZO»

ALVARO DEL AMO

Los *Lieder* de Liszt (I) se presentan como una colección de microcosmos. Cada pieza forma un universo independiente, hermético y concentrado, muy denso y muy libre, que invita al transeúnte a un recorrido provechoso, rogándole, por favor, que abandone a la entrada el batiburrillo de trapos enmarañados del sentimentalismo y también, si ello fuera posible, cualquier prejuicio sobre lo que deben o no deben ser las relaciones entre la música y la poesía.

«Solitario está un pino en el norte/sobre una colina pelada»

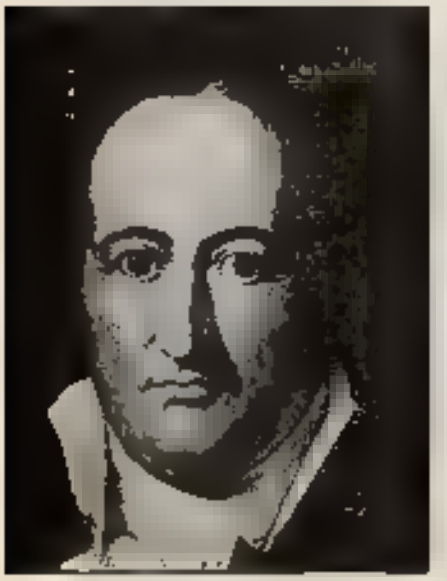
Una sensibilidad que no gaste. Rigurosa exclusión de la blandura. Prohibido el puchero. Como si la delicadeza se fabricara con un metal parecidísimo al acero. Hace falta enorme valentía para prescindir de la bufanda, del gabán de la queja. El llorón segrega una cera pringosa que chorrea, se deshace, cubre la fragilidad de una aspiración que se atreve a asomar como un cristal finísimo despojado del pringue protector.

Liszt no da rienda suelta a torbellino alguno. Aplica gravedad, reciedumbre, depurado pudor, lúcida contemplación, síntesis, a los objetos preciosos que maneja. No retrata, no protesta, no hurga violentamente buscando la emoción, la conmoción del oyente, del interlocutor, no expone, para vergüenza pública, su desolación. El vacío no es una bola de caramelo que se ofrezca para que, cada cómplice, arroje su lengua. El lamentón ha sido inapelablemente expulsado del bosque, del coloquio, del paraíso.

¿Se trata de un hombre *frío*? Este señor con cabeza de pájaro, músico de vanguardia en pleno siglo XIX, conocido como virtuoso del piano, famoso como suegro (de Wagner), popular como clérigo, como mentor e introductor (de Berlioz), explica, en sus canciones, que sólo la naturaleza merece describirse, que sólo el amor importa, que la fugacidad sólo se prolonga en una plenitud que no conocemos, aunque Liszt encuentra pistas ciertas, huellas inequívocas de que el más allá no es sino la prolongación de una fila de árboles, el capricho de una estribación de montañas que toma de repente un giro inesperado, la frontera borrosa que separa el ángel de la mujer.

La llamada naturaleza es un paisaje que, sin más, se mira, se reconoce y nada hay más fácil que constatar su existencia. «El aire es fresco y oscurece», dice Heine (*Die Loreley*, número 3); «El inmóvil penúltimo/energía del lago azul», en los versos de Emanuel Geibel (*Die stille Wasserrose*, número 31). La contemplación conduce a la aceptación. Esto es lo que hay. Disfrutemos de la nieve. ¿Es lícito utilizar el río como metáfora? ¿Por qué esa manía de manosear una rosa entre los dedos, espachurrando su brevedad con la violencia de arrastrar una simple flor a la obsesión de invocarla como imagen de la obviedad que repite lo archisabido: «Los días están contados». ¿Y qué?

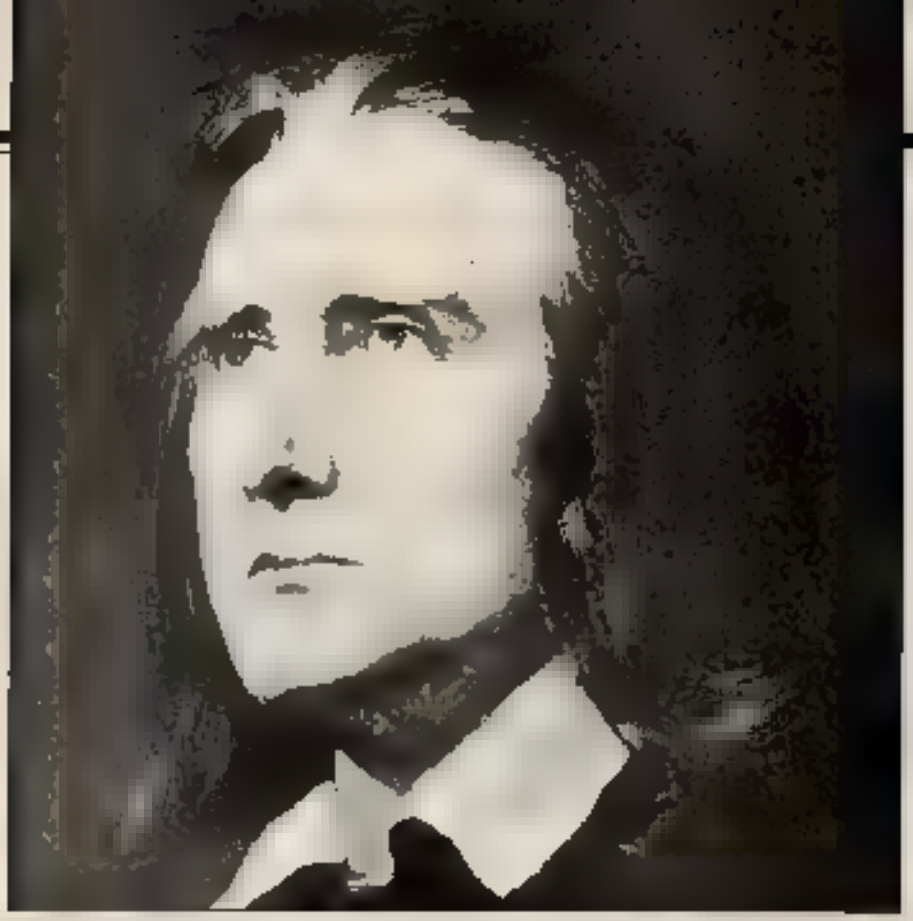
La distanciación no rechaza la despedida. «El vaquero ha de dejaros, pues el verano ha llegado a su fin», acepta



Johann Wolfgang von Goethe

Friedrich von Schiller

Heinrich Heine



Franz Liszt (1811 — 1886)

Schiller (*Der Hirt*, número 28), y el moño se recibe con serena docilidad, la pérdida no es sólo carencia o sequedad. «El placer y el dolor del recuerdo centellean en mi corazón», cuenta en August Heinrich Hoffmann von Fallersleben (*Lust macht ruhen*, número 18), resaltando la añoranza como resultado, como fuego que ilumina la memoria quemando la pereza que unas veces acompaña a la desesperación, encendiendo la memoria como un lujo del presente, negando que lo que fue pueda paladearse como un plato de cenizas que alimentan el tedio con tedio, riego asegurado para la voracidad de la aridez.

Para lo que se ha dado en llamar «vivir» no se precisa una garantía de permanencia. Desconocido el plazo, incierta la temporada que a cada uno se le permitirá ver el sol, sabiendo que «la hora llegará / en que te hallarás gimiente al borde la tumba» (número 1), cuyas fauces están siempre abiertas (como recuerda Víctor Hugo en *La tombe et la rose*, número 6), no es cosa de perder el tiempo, conviene entregarse al amor: «Y al ser que te abra su pecho, / pídele, por amor, todo cuanto seas capaz» (número 1), «Reposad ebrios en los brazos del amor, los frutos de la vida se os ofrecen» (número 9). Las campanas de Marling resultan «un cántico sagrado / como protección envuelve / vuestros sonidos terrenales» (número 35); el cielo no es, obligatoriamente, un desenlace que ha de alcanzarse después del entierro, sino un extraño, enorme espejo en forma de bóveda probable, incapaz, como los espejos más razonables, de succionar, de disolver, de tragarse a los mortales; actúa, más bien, de fondo que cubre perfectamente el orificio completo del gran agujero. El poema de Ludwig Uhland (número 10) indica muy bien el viaje de ida de la trayectoria: «Muerto estaba yo / de voluptuosidad; / enterrado estaba / entre sus brazos; / desperado fuí / por sus besos; / el cielo vi / en sus ojos.» Un cielo muy sensato, que prefiere manifestarse en el abrazo que en un despliegue de nubes, que sabe que una pupila contiene infinidad de crepúsculos y que, escasamente exigente a la hora de pasar lista a sus guardianes, facilita un movimiento de regreso: «sobre mis labios en los que juguetea / un rayo de amor que el propio Dios purifica, / deja un beso y de ángel conviértete en mujer» (*Oh! quand je dors*, poema de Víctor Hugo, número 37).

Música y palabras

Liszt, a la hora de «poner música a un poema», actúa según el amplio criterio de la libertad absoluta. No parece guiarse por un empeño de recrear la atmósfera literaria, ni demuestra fidelidad hacia la progresión del ritmo o la intención del verso. El texto aparece inerme, susceptible de conocer, dentro de un general respeto a su literalidad, los más variados acentos, múltiples combinaciones. La música se comporta como un sistema de resplandores que, aplicados a una superficie plana y envuelta en uniforme penumbra, destacan y oscurecen, restan énfasis o subrayan, relampaguean sobre lo anodino o corren alegremente sobre la contundencia. Lo dicho, libertad total.

Su impulso es dramático. Concibe el *lieder* como una pieza dramática, provista de una progresión que, en un momento dado, alcanza el punto álgido, para, tal vez inmediatamente después, deslizar un matiz súbito de burla, de ironía o de exultación. No asistimos tanto a la creación de un clima como a la representación de óperas en miniatura. El lirismo no apunta a la pintura de un estado de ánimo, sino a la expresión de un conflicto. En la medida que todo drama supone inevitablemente una historia, las canciones son, también, cuentos concentradísimos expuestos por un narrador paladín de la concisión.

Un minuto y un segundo dura el *lieder* sobre el poema de Heinrich Heine *Vergiften sind meine Lieder*; la segunda estrofa se inicia retomando el tema de la primera («Envenenadas están mis canciones / ¿cómo podría ser de otra manera?») y, a partir del tercer verso («Llevo en mi corazón muchas serpientes») se convierte en un aria de ópera que culmina en «¡y a ti, amada mía!» (número 22). En *Die Vätergruft* (número 16), el último verso «y reinó un total silencio» abre un adelgazamiento paulatino de la música que va, nota a nota, enmudeciendo, hasta, efectivamente, un silencio total.

El tránsito de una estrofa a otra no va clausurando etapas definitivamente. Se retoma lo ya dicho en una recapitulación que no es sólo resumen, sino variante que adquiere un nuevo sentido, como ocurre en el número 12, en el 37 (que repite al final el segundo verso de la primera estrofa «como Laura se aparecía a Petrarca», situando al borde del desenlace una perspectiva inédita y súbita), o en el 38 (que recoge los verbos «Retad», «Dormid» y «Amad», valorando los tres desde la intensidad del último «Amad», que se destaca como piedra angular).

La repetición, musicalmente diferente, del último verso, crea una última plataforma para ofrecer una sucesión de matices, muy distintos entre sí, que no se niegan, ni se superponen, sino que, literalmente, se despliegan sin excluirse. En *Die Loreley* (número 3), el último verso («Loreley con su canto») es, primero, triste conclusión, luego recibe una pincelada de melan-

cola para acabar con un subrayado reflexivo. En *Anfangs wollt ich fast verzagen* (número 17), el último verso («pero no me preguntéis cómo») corresponde a la culminación de un clímax, que, luego, descomponiendo las palabras del verso, introduce una minúscula elegía que impulsa el tenebroso final definitivo.

Los tres gitanos (número 30), sobre el poema de Nikolaus Lenau comienza con una obertura musical; luego un narrador cuenta el inicio de la historia («Una vez encontré a tres gitanos / en una pradera sentados»). Cada personaje dispone de una estrofa y un tratamiento musical particular, que retrata la triple variante del ocio y la alegría (el violín, la pipa y el sueño) de cada gitano, a modo de actos distintos, que dejan paso al final de la historia y, por último, a la moraleja («Tres veces me han mostrado / cómo si la vida nos es hostil, / fumando, durmiendo y tocando el violín / tres veces se la desprecia»), que remata el desenlace, los rasgos de cada personaje, antes de que caiga el telón. *El monje triste* (número 41), sobre otro poema de Lenau, después de un preludio musical, la voz habla, habla con la objetividad y la entonación neutra de un narrador puro y simple, la voz, alternativamente, adquirirá calidades de interpretación dramática, que llega casi hasta el recitado, para volver de nuevo a contar el cuento, mientras la música, con plena independencia, comenta, subraya, dramatiza y se reserva el punto final.

El hielo y la armonía

Los tres sonetos de Petrarca, summa de los *lieder* de Liszt, conviene oírlos como introducción al disfrute de esta aventura que, como tantas otras expediciones apasionantes, se realiza o puede realizarse, en casa. En el hogar de quien acepte la bellísima ambigüedad, la lúcida paz, la interna calma, el nítido y apaciguado desgarro que tan bien se expresa en la primera estrofa:

«Paz no encuentro y no he de hacer la guerra,
y temo y espero, y ardo y soy un hielo,
y vuelo hacia el cielo y yazgo en la tierra;
y nada estrecho y todo el mundo abrazo.» ■ **A. del A.**

(1) *Lieder*, de Franz Liszt (1811-1886). Album de cuatro discos editado por Deutsche Grammophon (2740294), cantado por Dietrich Fischer-Dieskau e interpretados al piano por Daniel Barenboim. Libreto con traducciones de los poemas alemanes (a cargo de Angel Carrasco) y de los poemas franceses e ingleses (a cargo de J. Alvarado). Exquisita interpretación.

Avalancha de discos independientes

La renovación que para la música joven española supuso la nueva ola madrileña de 1980, ha llegado, en lo económico, a un estatus que ni siquiera en esas fechas hubiéramos podido prever: está proclamando su independencia. En los primeros meses del 82 se han editado docenas de sencillos al margen –y, a veces, en contra– de las casas discográficas de estructura convencional (capitalista, por supuesto), y en todo ese vinilo y el que vendrá hay voces y palabras inquietas de la desengañada muchachada de los ochenta, una generación nada suicida que contempla su oscuro futuro con la lucidez del condenado y un talante escéptico que no puede deberse más que a la certeza de ser inocentes de la cercanía de la *debacle*. Los nuevos grupos no temen al apocalipsis, simplemente lo representan, lo teatralizan o incluso lo esperpentizan.

LA MUSICA DE FIN DE SIGLO

AGUSTIN TENA

«MADRID ya no es sólo el Hollywood del Pop español, el Londres de este lado del mundo, el Tokio, el Kyoto y la [illegible] que nos parió en Nueva York, a lo pobre, pero Nueva York», escribe Ordovás, que desde Radio 3 defiende estas grabaciones con más fe que ningún otro periodista musical. Sus programas, por cierto, se llaman *Esto es Hollywood* y *Esto no es Hawai*, pero en Ordovás confluyen casi todas las raíces de la reciente avalancha de grupos, apocalípticos o no, y es él quien mejor conoce los antecedentes. «La cosa empieza, en efecto, con el tinglado de la llamada nueva ola, cuando unos grupos que sólo eran conocidos por las maquetas que poníamos en *Onda Dos* (*Radio España FM*), logran grabar elepés con compañías fuertes». No es que las ventas fueran mastodónticas, pero esa pequeña frustración no impidió que se diera la fiebre de la maqueta y las emisoras bien dispuestas recibían cada vez con mayor asiduidad la visita de quinceañeros cargados de cintas grabadas en su casa o garaje y algunas se las encontraban en el recepción días después. El método no era nuevo: de hecho fue Ordovás quien, a principios del 70, llevó a las [illegible] de la ribera del Manzanares una primera maqueta de autor [illegible]. «Era el punk Ramoncín (que sigue siendo punk)», afirma el disc-*jockey* (no hay artículo musical sin anglicismo) que «el éxito de Ramoncín rompió el fuego y luego aparecen los *Kaka de Luxe*». Esta banda de escatológico reclamo era la división musical de un colectivo punk llamado *La liviandad del imperdible*, con base en El Rastro, los domingos de doce a cuatro de la tarde. De allí vienen los encuentros fundacionales de grupos como *Alaska y los pegamoides*, *Radio futura* y *Paraíso*, que comienzan a tener gente en sus presentaciones mal montadas en teatros y salas como *El Sol* y [illegible], que hasta los [illegible] de las discográficas se [illegible], y esto ya es Hollywood, aunque no sea Hawai. «En Onda Dos», dice Ordovás, «lo de las maquetas se convirtió en algo habitual hasta que la dirección decidió convertir la emisora en una emisora comercial y así fue a parar a Radio Tres, cuya difusión nacional y falta de exigencias publicitarias nos permitió acoger a todos los que se habían animado con lo de la nueva ola».

El primer disco de esta llamada independiente apareció en una fecha indeterminada de 1981, está interpretado por las gélidas voces y sintetizadores del grupo *Esplendor Geométrico* y se llama «Negro [illegible]», [illegible] que sirve para adelantar las calidades [illegible] que tendrían los terceros [illegible] del pop-rock nacional. La mezcla de las grabaciones se hicieron en los estudios Doubletronics de Madrid, que cobran a los músicos unas tres mil pesetas por hora de estudio, lo que, con los gastos de sonido, prensado y grabado, deja el precio de una tirada inicial de 1.000 ejemplares en unas 120.000 pesetas. Hasta ahora, los propios intérpretes repartían por las tiendas afines de la capital sus trabajos, y la ayuda de tres o cuatro locutores radiofónicos era

suficiente para que agotaran rápidamente las exiguas tiradas. Algunas casas de discos reaccionaron, y hay bandas como *La Mode* o *UA* que ya han firmado contrato, mientras la multinacional CBS intenta decidirse entre varios candidatos. La ventaja frente a la situación anterior está en la posición de fuerza que ahora pueden ostentar los músicos ante los ejecutivos, que en los viejos tiempos obnubilaban a las bandas a base de

promesas haciéndoles firmar contratos leoninos, gracias a los que las compañías podían aparcar las grabaciones o retirarles la promoción, si los artistas no les saban todo lo dóciles que habían previsto. Este sistema sirvió para arruinar proyectos tan esperanzadores como *Paraíso*, y a punto estuvo de terminar con los inimitables pegamoides, que, finalmente, fueron rescatados por un funcionario modernillo de Hispavox y acaban de sacar un elepe, cuyo comentario desborda el espacio de este artículo, aunque valga apuntar que posee las más divertidas letras publicadas por un grupo pop español, y que su riqueza no se limita al plano literario.

Pero no todos los grupos claudicarán, no todos están dispuestos a dar de comer a los ejecutivos, modernillos o no. Algunos, como *Los Nikis*, rechazan ofertas reiteradamente y sólo se prestan a tocar en colegios mayores, adoptando como sistema de distribución el de arrojar los *angles* desde el escenario. Los menos radicales han descubierto que es más barato unirse y, en contra de la tendencia inicial de que cada banda grabara para un sello (independiente) diferente, se han asociado bajo etiquetas como *Tres cipreses*, *Grabaciones accidentales* o *Discos Radiactivos Organizados*. El apartado más difícil de la aventura es, según los propios músicos, conseguir que los discos rebasen el ámbito capitalino, porque los programas de Ordovás tienen audiencia comprobada en casi todas las provincias incluidas las insulares y con el sistema del reparto que

se utiliza en Madrid no se puede aspirar a llegar a la periferia sin meterse en gastos prohibitivos. Por fortuna, ha surgido oportunamente una organización dedicada hasta ahora a la venta por correo de chapas y camisetas, dispuesta a incluir los nuevos plásticos en sus catálogos sin cobrar a los autores más que los gastos de envío. Como me decían Oscar y Jorge Mariné en la abarrotada Malasaña del pasado dos de mayo, la organización comercial que dirigen tiene la infraestructura y los contactos con tiendas necesarios para vender decenas de miles de discos. Además, si sus palabras no estaban demasiado aderezadas por el jolgorio de aquella noche festiva, los Mariné aprovecharán esa base para unificar los sellos antes citados y otros, dedicándose a fabricar los plásticos y creando los canales de promoción adecuados. Podría pensarse que lo que se va a conseguir es que de las buenas intenciones por estas gentes parece augurar algo distinto. En Inglaterra, por ejemplo, hay en la actualidad unos 800 sellos independientes, de los cuales sólo la mitad sobreviven más de unos meses, pero en seguida nacen otros cuatrocientos nuevos para cubrir ausencias. De forma similar se alumbró en los setenta el sello Virgin Records, que logró con el *Tubular Bells* de *Mike Oldfield* un gran éxito de ventas y pudo lanzar otros productos con los medios necesarios. Hoy la Virgin es una de las casas más fuertes de Gran Bretaña y otros mercados occidentales y –lo que es más importante– da a conocer músicos de gran calidad sin ajustarse por lo avanzado de sus planteamientos formales. Como afirmaba Diego A. Manrique, el más veterano y reconocido de los críticos nacionales, «lo importante es que los nuevos grupos sepan unirse, porque de momento el movimiento está muy fragmentado y el enemigo es demasiado poderoso.»

En otras regiones españolas también hay francotiradores de puntería desigual. Los más favorecidos son del Norte, como los grupos *Puskarra*, *Magallón* y *UHF*, los tres de San Sebastián y a medio camino entre el *pop-rock euskaldun* de los primeros y el *punk posthatasuna* de los dos últimos, agrupados bajo un sello llamado *Shanti Records* y vendedores triunfales de muchos miles de copias de sus *supersingles* en Euskadi y Madrid, lo que parece prometer mucha actividad en la zona para, de paso, demostrar que no toda la juventud vasca se deja seducir por ciertas tentaciones guerreras antediluvianas. Los *Stukas* asturianos vendieron en su región hasta 15.000 copias de su elepe *Hazañas Bélicas*, autofinanciado y bienintencionado, pero también algo anticuado a su llegada al mercado central. Por lo demás, gracias a la lista *Los treintaytres de radio tres* de Jesús Ordovás, de la existencia de grupos catalanes (*Terminal*, *Telegrama* y el rockero *Loquillo*), andaluces (*VCO*, *Cámara* y *Destrozamitos*), murcianos (*California*) y otros vascos (*Asco*, *Los Antos* y *Zarama*).

Los mejores grupos

Los Nikis, a quienes antes citábamos por su radical ignorancia de las vías habituales del *show-business*, recogen en sus canciones la herencia anfetamínica, divertida y punkonde de los *Ramones* neoyorquinos, aunque su entorno geográfico sea muy otro y más cercano: el poblado de Algete, a pocos kilómetros de Madrid. Sus aceleradísimas tonadas tienen títulos como *La amenaza amarilla*, *Ernesto* (nada que ver con *La importancia de llamarse* de Wilde) y *Medicina nuclear*, y diríamos que el ingenio de sus letras tiene su mejor fuente en las exigencias de la rima, algo así como el *naif* elevado al cachondeo. Ninguno de los Nikis tiene más de veinte años.

Los PVP, algo más talludos y también de la periferia madrileña, tienen un estilo

CON SEGURIDAD, LA DEUDA

12,5% Interés | **15%** Desgravación | **3 ó 5 años** Amortización

CARACTERISTICAS DE LA EMISION

Interés:	12,5%
Desgravación:	15% de la Cuota en el Impuesto sobre la Renta. En el Impuesto sobre sociedades el 10% por la inversión. En ambos casos, según las condiciones y límites que marca la ley.
Amortización:	3 ó 5 años. A los 3 años aparcería y definitiva a los 5 años.
Liquidez:	Títulos de cotización calificada en Bolsa.
Pago de Intereses:	Semestral. Primer vencimiento: 10 de Diciembre de 1982.
Plazo de Suscripción:	Del 17 de Mayo al 10 de Junio de 1982.
Precio de Cesión:	A la par, libre de gastos para el suscriptor.
Título:	1.000 Pesetas.
Garantía:	La del Estado.
Destino:	Financiación de servicios e inversiones públicas, de interés general.
Lugar de Suscripción:	Bancos, Cajas de Ahorros e Intermediarios Financieros.
	Solicite Folleto gratuito.

El Ministerio de Hacienda lanza, como en años anteriores, una nueva Emisión de Deuda Pública con unas excelentes condiciones: 12,5% de interés, 15% de desgravación fiscal y una amortización a 3 ó 5 años, de forma que Vd. puede amortizar su inversión, si lo desea, a los 3 años. Unas condiciones que cuentan con la garantía y la seguridad del Estado, que destina estos recursos a la financiación de servicios e inversiones públicos de interés general.

Por eso, si piensa en invertir, no olvide que lo más seguro es la Deuda.

La colocación de esta Emisión ha sido asegurada por un Consorcio de Bancos y Cajas de Ahorros, promovido por: BANCO ESPAÑOL DE CREDITO, BANCO CENTRAL, BANCO HISPANO AMERICANO, BANCO DE BILBAO, BANCO DE SANTANDER, BANCO DE VIZCAYA, BANCO POPULAR ESPAÑOL, BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA.

Emisión de Deuda Pública con la garantía del Estado.

Suscríbala en Bancos, Cajas de Ahorros e Intermediarios Financieros.

Del 17 de Mayo al 10 de Junio

MINISTERIO DE HACIENDA

LA MUSICA DE FIN DE SIGLO

violento rozaste el *heavy*, pero están a las puertas de la fama gracias a un tema –*El coche de la plas*– que evoca las urgencias causadas por el asedio nocturno de una dotación de la Policía Nacional cuando en las calles del barrio el chico y la chica se proveen de consuelos más o menos artificiales.

El caso del *Aviador Dro y sus obreros especializados* es elocuente tanto por los valores de su trayectoria como por la engañosa diafanidad de sus consignas ideológicas. Nacidos al calor de la explosión del 80, fundados en la imitación del grupo *tecno* norteamericano *Devo*, los Dro consiguen una cierta atención al comienzo gracias a su hábil sentido de la propaganda y el aparato escénico que montan a base de [illegible] de electricidad [illegible] con gorros de poliuretano amarillo-azufre acharolado. Estos fasos y panfletos les procuran el fichaje por una casa discográfica menor, pero tras un sencillo maltratado por los linces del marketing, rompen su contrato y funden el sello D. R. O. (Discos Radiactivos Organizados) para publicar cuatro canciones: *El retorno de Godzilla, Veraneo en llamas, Sinfonía del refugio atómico* y el muy incomprendido *Nuclear sí, por supuesto*, concebido como arma provocadora y orwelliana, nunca como toma de postura ante una discusión política inalcanzable. Musicalmente, se emplean con habilidad melódica.

La marca *Grabaciones accidentales* acoge a tres grupos a los que no es difícil clasificar por sus ascendientes familiares burgueses. Este estigma les ha privado del cariño de algunas audiencias, pero la mayor parte de sus conciertos han destacado por la intensidad del fenómeno de identificación generacional que convierte toda la actuación popruckera celebrada en *Rock Ola* o la nueva *Sala Marquee*. *Los Esclarecidos* son los padres del invento accidental, y no cabe duda de lo sano de sus intenciones. Todos sus componentes o casi todos son arquitectos o están terminando esa carrera, y sus canciones de complicada, pero sólida estructura soportan unas letras de tonos berlanguianos, densas e intrincadas como ese *Música para consenso colectivo* que combina influencias del nuevo *ska* británico con la voz de la niña *Cristina* y el saxo frenético de su hermano *Ignacio Elío*, brillante ganador del concurso convocado para conformar una plaza tributaria a la memoria de *Jorge Manrique* en su cuna palentina de Paredes de Nava.

En la misma marca publica su obra debutante la agrupación llamada *La Décima Víctima*, título de un viejo *thriller* que nombra ahora a un trío formado por Carlos (*ex-ejecutivo agresivo*) y dos hermanos suecos que entonan melodías apagadas e melancólicas, recreadas sin [illegible] desesperanza gestual. *Tan lejos* es la mejor canción de su *single* primero, y la frialdad con que se acercan a la desgracia casual de la incomunicación en todos sus temas es espeluznante por su empatía, finalmente transformada en un sonido cálido y confortable, triste y agradable. No es esa la técnica de *Derribos Arias*, jóvenes inquietos e inteligentes que bucean en las fosas de la provocación. De momento, resultan algo crípticos como corresponde a sus tendencias «underground» underground, pero su sencillo *Tejas en crecimiento* tiene fuerza y promete sorpresas en un futuro trabajo de más extensión. Como los dos grupos anteriores, *Gabinete Caligari* desciende de aquellos *Ejecutivos agresivos* que una compañía nacional defenestró en 1980 pretendiendo limitarles a aspirar a la carrera del verano con el tema *Meri Pili*. Los Caligari, además de reivindicar el film de Robert Wiene *El Gabinete del doctor Caligari* (1919), evocan en sus planos mundos parecidos a los representados por el pintor expresionista noruego Edward Munch, terrores y retratos atormentados por la guerra y el dolor. Las mejores canciones conocidas de la banda son *Golpes* y *Sombras negras* («Golpes, golpes,/ ¿dónde están tus golpes? / ¡oh, mi corazón!/ ¿Dónde está tu luz?»), que aparecen en el mismo disco en el que debutan con *Autosuficiencia* e *Tengo un pasaporte* los *Parálisis permanente*, grupo de ideas aún más siniestras y claras influencias *punk*. Nada atañe a esta agrupación compuesta por miembros de los pegamoides que reservan para ella sus sueños más atrevidos, dedicando temas obsesivos a cuestiones como el narcisismo paranoide o los parásitos orgánicos (en las canciones citadas), y en un reciente segundo disco a los siameses (*Unidos*) o a manifestar extrañas desviaciones travestidas. *Quiero ser santa*: «Quiero ser canonizada / azotada. / flagelada/ levitar por las mañanas / y en el cuerpo tener llagas/ (...) ¡Quiero ser santa!/ ¡Quiero ser beata!»

No parece que los nuevos grupos vayan a solucionar la crisis de vocaciones. Su mensaje va mucho más allá del agnosticismo, también, pero conviene atenderles porque son la savia de la década, y presagian los aromas que nos traerá el fin de siglo ■ A. T.

Director
EDUARDO HARO TECGLEN
En su número 91, de junio,
TIEMPO DE HISTORIA
incluye estos temas:

- PASADO, PRESENTE Y FUTURO: LAS MALVINAS COMO ENCRUCIJADA, por Eduardo Haro Tecglen.
- GIUSEPPE GARIBALDI O LA IMPACIENTE LIBERTAD, por Antonio de Senillosa.
- RECUERDOS DE UN DEMOCRATA EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE GARIBALDI: CASTELAR Y GARIBALDI, por José A. Ferrer Benimeli.
- CIENTO CINCUENTA AÑOS DE LA CONSTITUCION: EL ESPIRITU LIBERAL DE LAS CORTES DE CADIZ, por Manuel Rico Lara.
- LA IDEOLOGIA Y EL IDEOLOGO DEL NACIONALPOPULISMO: JOAQUIN COSTA, por Fernando López Agudín.
- HACE MEDIO SIGLO: SALAZAR SUBE AL PODER EN PORTUGAL, por José María Solé Mariño.
- PRECURSORA DEL FEMINISMO: FLORA TRISTAN, UNA MUJER SOLA CONTRA EL MUNDO, por José Gutiérrez Álvarez.
- NACIMIENTO, DESARROLLO Y EXTINCION: LA ORDEN DEL TEMPLE, por Miguel Ángel Martínez Artola.
- ESPAÑA 1932. Selección de textos y gráficos por Fernando Lara.
- LOS SANTOS AVENTUREROS: ITINERARIOS DE TERESA DE CEPEDA, SEMBRADORA DE CONVENTOS, por Carlos Sampelayo.
- LIBROS: EL COMPORTAMIENTO HEROICO DE LOS ANTIFASCISTAS ESPAÑOLES: «LUCHANDO EN TIERRAS DE FRANCIA», por Eduardo de Guzmán.
- CINE: «ROJOS», por Alberto García Ferrer.

QUINO

RVICIOS
BLICOS
ANIM
JARDI
POLÍTICA
NACIONAL
ECONOMÍA
·FINANZAS·
CRONICA
POLICIAL
EXTERIOR
SALUD
DEPORTES

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

ABRIL

22

El mundo sigue. Los españoles hemos podido ver en televisión la película de Fernando Fernán-Gómez, exhibida hasta ahora sólo en pequeños cine-clubs, en catacumbas oscuras. Casi veinte años han hecho falta para poner en orden una de las más espléndidas películas españolas de posguerra, es decir, de siempre.

Menos tiempo voy a necesitar yo para olvidar la historia íntima que hoy acaba, aunque de momento sólo yo lo sepa. El mundo sigue. Pongo música de boleros, y a dormir. No es éste un día que pase al recuerdo por su interés, mientras yo me detengo en rollos sentimentales, más aburridos y tópicos que otra cosa, el personal continúa haciendo chistes sobre el carácter sospechoso del verano (aún en pie los diez millones de pesetas que ofrece el Mando Único Antiterrorista por cualquier pista válida que descubra la identidad de un etarra camuflado), y los dimes y diretes de los confusos sistemas de seguridad del edificio madrileño de la Telefónica, donde el domingo estallaron doscientos kilos de dinamita. Se había aplazado, nadie sabe por qué, y por eso se comenta, la entrada en funcionamiento de un servicio especial de seguridad.

«Diario 16» publica esta información tras destacar el acuerdo adoptado por el Consejo Supremo de Justicia Militar que resuelve no devolver a su director, Pedro J. Ramírez, la credencial de asistencia al juicio del 23-F. Una decisión extraña que culpa a Ramírez de provocar y perturbar el orden público, cuando fueron los inculpados quienes interrumpieron aquella sesión con la disculpa de que, a bastantes kilómetros del Campamento, Ramírez había autorizado en su periódico la publicación de una entrevista realizada la noche del golpe. Una nueva condena a la letra impresa que no se compensa con el premio Príncipe de Asturias, concedido ex aequo a Miguel Delibes y Gonzalo Torrente Ballester. ■

23

Ni con la celebración del Día del Libro, que hoy llena Madrid de tenderetes, con sorprendentes publicaciones que uno ignoraba por completo. Hay más libros que lectores y, con un poco de paciencia, más condenas que periódicos.

Publican hoy en su portada los declaraciones de Calvo Sotelo en las que lamenta la insuficiente protección de la central telefónica de Madrid. Hablan también los diarios de la aberración del ministro del Interior respecto a que creía mejor atender otros posibles objetivos terroristas que la central volada. Se equivocó el ministro, se equivocaba. (Los teléfonos, a todo esto, continúan sin funcionar bien. Da igual. La mía es una historia tan banal que ni siquiera llamaría. Lejos están ya los tiempos del no volverá a ocurrir, te quiero, te [illegible] me molesto.)

En la excelente comedia «Las bicicletas son para el verano», que esta noche se estrenó, tras cuatro años de espera, también se habla del pasado. Pero la de Fernán-Gómez es una nostalgia dolorosa, de hombre que tiene la capacidad de recordar con voz ajustada, sin crispaciones, con temple. En esta comedia, premio Lope de Vega del 76, el mismo director de «El mundo sigue» nos recuerda que la realidad hay que reconstruirla directamente, sin extrapolaciones pedantes. Su éxito es clamoroso, reconciliándose con el teatro.

No resulta extraña la triste visión de la vida española que la obra ofrece en ese panorama real que marcan los 365 mineros de Cala que se han encerrado en huelga de hambre como protesta por el incumplimiento de las promesas gubernamentales, que aseguraban iban a construir una nueva planta en la mina. Muchos están ya de expedientes que amenazan transformarse en paro y hambre. ■

24

Se denuncian conchabeos en el retraso de la construcción de esa planta, que, por otra parte, los técnicos no consideran rentable. Los mineros, en todo caso, son quienes siguen esperando, tensos y amenazantes, importándoles un comino, creo yo, de que a Octavio Paz le hayan concedido el premio Cervantes de Literatura o de que la marina inglesa esté ya dispuesta para intervenir en las Malvinas o de que el Papa haya hecho público su próximo itinerario por España, donde quiere visitar el País Vasco y Navarra. Los mineros de Cala, en Huelva, cerca de Badajoz, tienen seiscientos kilos de dinamita y prometen volar la boca del túnel como no se cumplan de una vez las promesas de UCD. La Junta de Extremadura, los partidos políticos y los sindicatos tratan de pacificar a los mineros. Hasta Felipe González ha asegurado que visitará la zona. ■

25

Y el periódico nos sorprende esta mañana con la noticia de que el secretario general del PSOE ha convencido a los mineros encerrados para que abandonen su huelga de hambre y reciban la visita de un médico. Les ha prometido, incluso, su apoyo, para que acabe construyéndose la famosa planta de peletización del hierro, que ahora el gobierno retrasa con excusas disculpas.

Pero ese mismo periódico nos recuerda también la existencia del juicio del 23-F, que mañana debe reanudarse. Los relámpagos que hoy domingo lanzan los articulistas sobre los dos meses vividos hasta ahora invitan tan poco al optimismo como a la especulación el que, también hoy, se haya sustituido al presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, que presidía el tribunal de Campamento, y nombrado en su puesto al teniente general Gómez de Salazar. Los rumores de que el agravamiento del teniente general cesado no era tan importante como para exigir su sustitución se despejan esta noche en la reunión amistosa e improvisada de los noctámbulos solitarios, hay quienes dicen tener datos que hablan del espíritu democrático del nuevo presidente.

Son buenos estos encuentros nocturnos. Ya se han ido a dormir quienes sólo resisten el fin de semana y consideran el domingo como implacable prólogo de lo que les aguarda en su trabajo. Quienes, en cambio, resisten sin fechas, se encuentran especialmente dicharacheros, acabas brindando con ellos por el triunfo de la Real Sociedad, de nuevo campeón de la Liga de Fútbol, o preocupándote por la invasión de los ingleses de las islas Georgias del Sur, a unos mil kilómetros de las Malvinas. Diversiones que te permiten olvidar que tu teléfono sigue mudo y que esto se ha acabado. Bebes para recordar. ■

26

Y el lunes, claro, no lo resistes. Haces como puedes tus deberes, confirmas que es cierto lo de las Malvinas y te arrastras por la habitación. Sólo te despejan las fotos de los doce mil extremeños que ayer se manifestaron exigiendo la construcción de la planta minera de Cala. (Que Egipto haya recuperado administrativamente la península del Sinaí no te hace cambiar de actitud.)

Por la noche, sí te sitúas, cuando la radio anuncia que un policía nacional ha resultado muerto en Barcelona por disparos del GRAPO, resurgido de la oscuridad para confundirnos con sangre. Para recuperar el viejo sabor de

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

boca acabas, ¿cómo no? en el aburrido club de entrecemana. Y así siempre. ■

27

Ha empezado hoy la feria de Sevilla y también se ha reanudado el juicio del 23-F: entra ahora en lo que llaman «recta final». El fiscal ha leído su informe y pide treinta años de cárcel para Milans, Tejero y Armada; la pena única, toda vez que la capital no es aplicable en tiempos de paz. Las demás condenas solicitadas por el fiscal Cláver son ligeramente inferiores a las previstas, pero el acusador continúa calificando los hechos como «delito consumado de rebelión militar».

También informan los periódicos de que «El crimen de Cuenca» ha sido la película más taquillera de 1981, por encima de la más comercial de las norteamericanas, «Superman 2». Cerca de dos millones de españoles han opinado así sobre la ratación sufrida por la película durante cinco meses. ■

29

Los defensores militares han comenzado sus intervenciones pidiendo la absolución total de los inculpados; estos letrados creen poder justificar las razones del golpe, y por pura lógica, piden la libertad de todos. Hasta citan artículos de la Constitución para demostrar el escrupuloso respeto que los condenados le tuvieron para actuar como lo hicieron.

Más sorprendente que estos discursos es la decisión de Soledad Becerril de destituir de un plumazo (por teléfono, ¡ay, el teléfono!) al director de Bellas Artes, Javier Tusell, cuya trayectoria no parecía haber irritado a nadie, pero que, al parecer, no coincide con los gustos de la señora ministra.

El periódico se llena, pues, de espantos y sorpresas. ■

30

Como el juicio mismo. El general Armada ha sido «casi agredido» por algunos de sus compañeros encausados cuando intentaba salir de la Sala. «Armada resulta ahora víctima de quienes le apoyaron en la siniestra preparación del golpe; su imagen tiene algo de patética. Es el gran perdedor de la jugada.

En la lectura de su defensa, Ramón Hermosilla asegura que Armada no fue el motor de la conspiración y quiere demostrarlo desmintiendo a los testigos inculpados que han apoyado su exculpación en las maniobras del general, una vez que la supuesta complicidad del rey ha quedado sin verosimilitud. Según Hermosilla, Armada fue utilizado, tanto él mismo como su nombre.

Sigue, pues, la confusión, el desconcierto, la locura. Un empleado de banco de Barcelona ha apuñalado a su madre, a su mujer y a su hija, suicidándose a continuación. En Valencia, un padre mata a su hijo de doce años, pero la noticia se hace más estremecedora cuando se lee que hasta cuatro personas se han presentado a la policía pretendiendo ser los culpables. Y en Tenerife muere una niña de trece años cuando jugaba con una granada que había encontrado en el campo, como muere también en Albacete un sargento de la base aérea al que estalló un obús entre las manos.

Calvo Sotelo no es la esperanza del equilibrio que esperamos. Eso está claro. Pero por si hiciera falta confirmación, los mineros de Calo han vuelto a encerrarse tras hablar con él, aunque el presidente haya prometido de nuevo adelantar el proyecto de la planta de aglomerado. No quieren más promesas. Los mineros saben que para ser duros y sólidos no tienen más remedio que encerrarse.

Más violencia, esta vez sangrienta, aparece en Lugo cuando la policía quiere disolver una manifestación de mil campesinos concentrados ante el palacio de justicia en protesta por el pago de la cuota empresarial de la Seguridad Social Agraria; ellos, dicen, no son empresarios. Diez personas han resultado heridas y otras setenta, al menos, están contusionadas. Cuando la fuerza pública quiso disolver a los campesinos con bombas de humo, pelotas de goma y disparos al aire, se encontró con una respuesta de palos, piedras y armas blancas que han provocado este balance imprevisible. Hasta ahora, las protestas de los agricultores, que tienen de antiguo, eran pacíficas. Inútiles... ■

MAYO

1

Mucha fiesta seguida. Este sábado es un domingo que nos regalan para que nos olvidemos de la ausencia de trabajo, de lo mal retribuido que está el que hay y, de camino, de que EE.UU. han decidido apoyar abiertamente la postura de Margaret Thatcher en lo que se refiere a la invasión de las Malvinas; ese conflicto puede abandonar su carácter folklórico, tal como preveían quienes de esto saben. No les hacíamos caso: traduciéndoles antes por su contenido pesimismo que por una lucidez inesperada. Cree uno que hasta estos borrachos de la noche se dejan contagiar por la facilidad de los ejecutivos para hacer declaraciones exóticas. Ahora, por ejemplo, el consejo de ministros ha decidido calificar de demagógicas las protestas de los pobres mineros de Huelva y Badajoz. «No son métodos que convengan a una sociedad democrática», dicen ellos. Cielos, precisamente ellos.

Mientras los ministros redactan el bonito texto, ocho kilos de goma-2 destruían un transformador de Iberduero en San Sebastián, y una revista del PNV considera «sincera» la propuesta de ETA para negociar con el Gobierno; hace días que los demás periódicos hablan de esta oferta, hecha a través de algún miembro de Herri Batasuna, aplaudiendo la decisión gubernamental de no dialogar con asesinos, y menos aún con premisas tan cerradas como la de no discutir la autodeterminación ni la incorporación de Navarra al País Vasco.

Hoy ha sido el aniversario de la primera víctima del llamado síndrome tóxico: el juicio del 23-F ha continuado, por su parte, sin pena ni gloria, y uno se va a las verbenas del 2 de mayo, donde, para completar el día, es imposible contagiarse de cualquier ambiente de fiesta. ■

2

Día de la Madre. Los periódicos siguen llenos de noticias de asesinatos y violencias familiares. Padres parricidas e hijos hasta que matan con frecuencia. Me fastidian esas noticias, pero me quedo en casa sin ánimos de ver a la familia.

No es raro en la conferencia de prensa celebrado tras la última reunión de ministros se ha anunciado que Sánchez Terán, presidente de la Compañía Telefónica Nacional de España, ha sido condecorado por su «dilatada» esfuerzo al frente de la Telecomunicación Española, es decir, por su año y medio de presidencia y sólo dos semanas después de que colapsara las líneas de teléfono de media España. Es una noticia a considerar por si acaso el loco es uno y los de UCD, cuerdos; la ex-ministra psiquiatra argentina, afortunadamente ausente, hubiera expuesto curiosas teorías, pero me niego a llamarla. Al menos no contribuyo al sufragio del curioso galardón. ■

3

Empieza la semana con la noticia del guardia civil muerto en Ondárroa en aten-

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

sado que realizó una persona que pasaba por las calles. Hace días que se habla de las detenciones de presuntos etarras que realiza la policía francesa y de los enfrentamientos internos que ello ha provocado en la rama político-militar de ETA VIII Asamblea, al preguntarse algunos si los tres etarras detenidos en suelo francés y puestos luego en libertad pueden ser quienes hayan facilitado la información que necesitaba la policía.

Pero se habla más del extraño incidente ocurrido ante la sede madrileña de Fuerza Nueva, cuando unos policías municipales perseguían a dos «ultras» que acababan de agredir a unos transeúntes. La Policía Nacional interrumpió la persecución permitiendo a los jóvenes entrar en la sede de su partido, no sin que antes hubieran tenido tiempo de agredir también a los dos municipales. El ministerio fiscal no ha dicho aún nada sobre el tema.

Polos «Dallas» en televisión. Han terminado las fiestas del 2 de mayo. No hay tan duro. ■

4

Y sigue el juicio. Estado de necesidad, obediencia debida son las malabillas justificativas que utiliza el defensor de Camilo Alonso Vega, Pardo Zancada y García Carres, este último ignorante, según el abogado, de cuanto se estaba planeando. Dirigía algunas a la participación del Rey, recogidas también por los defensores del comandante Pardo y el coronel San Martín (¿Se está sentando en este banquillo la disciplina y la obediencia?»), culminan la labor de la defensa militar.

Sánchez Terán no tiene nada que decir, según dice, sobre las negligencias de la Telefónica en materia de seguridad ni sobre la medalla que van a darle, aclaran ahora que no por su presencia reciente, sino por su antigua labor como ministro de Transportes.

Las inglesas han hundido el crucero argentino «Belgrano» y dicen que puede haber más de 500 muertos.

Una mujer de cuarenta años arranca los ojos de su madre, en Lorca (Murcia). ■

5

Los argentinos contraatacan y hunden ahora un destructor inglés, cuyos 300 tripulantes pudieron huir del buque en llamas. Y así van las cosas, temiendo uno que definirse ante este follón donde no hay buenos ni malos. El rey escribe al secretario general de las Naciones Unidas ofreciendo su mediación para tratar de solucionar el conflicto, una buena intención que puede corregir en parte el apresuramiento del Gobierno a no comprometerse, sorbiendo entre dientes la aventura.

Sonrisa que se congela hoy, cuando llega la noticia del asesinato del ingeniero-jefe de la central nuclear de Lemóniz ametrallado por dos jóvenes, en Bilbao. Angel Pascual era el sucesor de José María Ryan, también asesinado hace ahora quince meses. Su muerte llega cuando el gobierno vasco había constituido la Sociedad de Gestión de Lemóniz, único sistema de control que logró negociar, una vez que Calvo Sotelo no autorizó un referéndum. ■ asesinato de Angel Pascual convoca el rechazo de los partidos políticos, excepción hecha de Herri Batasuna. Máximo dibuja un sol triste que emula el anagrama de los ecologistas «¿Etarras? Ez mikerrik. Asco.» No, gracias. ■

6

No se relaja el ambiente al leer la información del juicio donde ayer terminó la defensa del teniente coronel Tejero. Los abogados hacen ritos literarios para acabar, según costumbre, en el justificante estado de necesidad. «Calvo Sotelo ha continuado la labor iniciada el 23 de febrero, por cuanto estos caballeros ahora juzgados se adelantaron a la acción posterior del Gobierno.» El apasionamiento del defensor militar de Tejero, teniente general Orozco, le ha llevado a describir cómo se defendido, «ante el cadáver destrozado por una explosión de un guardia a sus órdenes, se inclina sobre el fiambre, besa la cara del asesinado y vierte sus labios tintos en sangre "de mártir"». Martín Prieto, en «El País» completa esta información diciendo que «otros testigos, oficiales de la Guardia Civil, dan fe de escenas como ésta, que llegaban a revolverles el estómago».

No tengo más remedio que tomar el aire, aunque me haya puesto una corbata para acudir a la Opera. Hace dos días paladeaba entusiásticamente el trabajo de dirección de Pilar Miró en «Carmen» y hoy una lógica curiosidad por saber si es tan malo como dicen o se trata sólo de que el público encorbatado no había tenido hasta ahora mayor acceso para explicarle que ese desprecio por «El crimen de Cuenca», por militar en el PSOE y por tener un hijo de padre no divulgado. Hoy hay también pitos, silenciados en parte por algunos aplausos. Viendo «Carmen» está claro que la razón del rechazo no es objetiva. Tiene Pilar una especial tendencia al escándalo. Su próxima película, «Hablamos esta noche», se desarrolla en el marco de las centrales nucleares, aunque la historia circule en torno a la crisis de un hombre de cuarenta años, tan vampiro de honradez como de alfiler. Como se entremezclando con algunas barbaridad, la película va a tener una lectura distorsionada, como tuvo ya «El crimen de Cuenca» tras tantos meses de arresto. ■

7

Siete mil personas han acudido al funeral por el ingeniero de Lemóniz. Para esta tarde ha sido convocada una manifestación en Bilbao bajo el lema «Democracia e instituciones, siempre; dictadura y terrorismo, nunca.» Euskadiko Ezquerra hace un llamamiento diciendo al no querer vincularse a Alianza Popular, que convoca la primera junto a PNV, UCD, PSOE y PCE. La indignación, de cualquier forma, es común, aumentada si cabe cuando se conoce que ETAm se ha responsabilizado del asesinato sin abandonar su amenaza de atentar contra los familiares de las fuerzas de seguridad y de otros posibles ejecutivos de Iberduero.

Los ambientes se hacen insufribles. El del juicio del 23-F ha llegado a empantanarse, hasta el punto de que el comandante Cortina y el capitán Gómez Iglesias han sido trasladados a otras dependencias: ■ «grupo Milans» ha arrecido en sus insultos. La defensa de Cortina se basa en la ausencia de pruebas contra él, salvo, claro está, el testimonio directo de Tejero, y contribuye esa evidente falta de verosimilitud a la tensión ambiental. Queda poco para que el juicio acabe, y quienes ven su perverso con inseguridad no tienen por qué reprimir opiniones, aunque éstas se traduzcan en obvias muestras de incivismo.

No es éste un viernes que invite a la diversión callejera. Está aquí la primavera dando la lata, alterándome lo que no debe. En esas condiciones sale uno a la calle y empieza a hacer tonterías. Hay, además, otras curiosidades. Llamó, por fin, intentando la misma aproximación que Calvo Sotelo quiere tener con Suárez; el duque no quiso intervenir en la campaña para las elecciones andaluzas ni tiene, al parecer, más interés en la política del presidente que quiere relanzar UCD tras esos comicios.

En el ayuno un encuentro que aparece en la prensa mientras el mío se destina, con justicia, ■ olvido o al rencor, según me dé. Punto final. Hay que replantearse el futuro. ■

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

8

Un período de reflexión y reorganización es lo que ha decidido el gobierno vasco tomar ilerduren en el problema de la central de Lemóniz. Sólo unas 20.000 personas se congregaron en Bilbao en la manifestación contra el terrorismo que ayer se había convocado. No fue un éxito, y los técnicos supervisores de la central se niegan, por su parte, a volver al trabajo. De ahí que se llame «tiempo de reflexión» a la paralización de las obras.

Las reformas del futuro no tienen en todos los casos una lógica tan aplastante como la de los empleados de Ilerduero. Hay excepciones cuyo resultado se me escapa si previamente no leo cuanto dicen sobre la realidad de nuestra democracia. Me explico: según el proyecto de ley de Enjuiciamiento Criminal, aprobado por el Gobierno y de próximo envío a las Cortes, la policía podrá demorar la incomunicación de un detenido, adelantándose, por tanto, a la decisión que antes estaba reservada al juez cuando aplicaba la Ley Antiterrorista. A partir del futuro, si el Parlamento accede, como tantas veces suele, esta decisión gubernamental, los detenidos por cualquier razón podrán verse obligados a prescindir de la ayuda de un abogado, de un familiar, de un amigo de tabaco y manta.

En plena comunicación con el exterior se encuentra, sin embargo, el guardia civil Juan Murias, que disparó contra las dos muchachas de Treinyma que regaban en una moto escandalera. Mató al guardia civil a una de ellas y ahora, el supervisionde debe reconstruir en plena calle los detalles del suceso junto a quien le disparó, sirviendo de nuevo, discutiendo si fueron tiros al aire o a la espalda los que acabaron con una de las más absurdas muertes de este año, tan sangrienta y tan mil.

Continúan las protestas por el asesinato del ingeniero-jefe de Lemóniz, se desarrolla así una impotencia operativa que nada hace, una inquietud pasiva que acaba en el sinsentido, en delirantes ritos de madrugada que le hacen a uno olvidar dónde está y cómo. Sólo se está bien cuando se hace el imbécil. ■

9

Aunque todo depende del sitio que se elija para la tontería. Si se le ocurre a uno aprovechar esta mañana de domingo e irse al Rastro, se puede encontrar con una operación policial que lleva para adelante a cuantos ve, con violencia, sin porqués. Es una movida extraordinaria que asusta a la gente, que aumenta esta inseguridad de no saber por dónde pueden venirle a uno los palos.

Era, sin embargo, una buena mañana para pasear, contento como está el personal porque en Madrid empiezan las fiestas de San Isidro (un santo muy antiguo que cuidaba la tierra y veía ángeles). Hay conciertos horteras, sin gracia suficiente, pero tan dispersos por toda la ciudad que, aunque no gusten, tiene uno la sensación de que se trata de una isleta festiva que no se relaciona con los estropicios constantes de la vida pública de este país. Grave error. La tradición del Rastro se ve de nuevo enturbiada por una violencia ajena, imprevista, incomprensible.

Cuando a uno se le pasan los sofocos de la mañana me quedo perplejo por la noche con uno de los más feroces planteos recibidos en el trimestre, en un momento en el que, sin saber muy por qué, había decidido creerme de nuevo lo de la chorrada primaveral. Otro porrazo a la excepción y el consiguiente refugio en casa, leyendo el comunicado del PNV que solicita medios para luchar contra el terrorismo, una vez que la decisión de interrumpir Lemóniz les crea problemas. ■

10

Alguien debe estar haciéndome mala propaganda. No entiendo de otra forma tanto desastre sentimental seguido. Sin duda, se ha abierto la veda y ahora puede ponerse verde al personal como pretende hacer por su parte la CEOE en Andalucía con absurdos carteles que no informan de nada, aunque pretenden decir «todo sobre el Parlamento que viene». Se han convertido así los empresarios en un nuevo partido, en el suyo, aunque no esté registrado como tal. ¿No tienen ya sus defensores? ¿Que más quieren nuestros patronos? Dicen ellos, cielos, precisamente ellos, que los socialistas quieren reclutarnos en el tercer mundo. Se alzan contra el marxismo, «declarado oculto, que no puede camuflar la radical negación de los derechos de la persona, por mas que lo intente». Lo dicho: se ha abierto la veda del disparate; y, así, resulta ahora que fueron más de 500 los transeúntes detenidos el pasado domingo en el Rastro cuando querían disfrutar del poquito sol que nos dejan. (Hay que quedarse en casa y cuidarse de la que quiere la CEOE. De otra manera, mal asunto.)

Explican las que tienen que explicar las cosas que lo del Rastro forma parte de una operación «limpiadora» de cara a los Mundiales de fútbol. Este país o está loco o es malvado. La hipótesis de un mes de partidos (¿dónde me meteré durante tanto tiempo?) nos va a joder vivos durante un año. Los cines quieren cerrar, van a quitar de cartel la obra de Fernán Gómez, aunque esté en pleno éxito, nos están ya atiborrando con publicidades y garantías que nadie entiende... ETA M. anuncia que realizará nuevos atentados contra la central de Lemóniz lo que da por a que nos empleados soliciten medidas más «drásticas» por parte del PNV, mientras UGT se escandaliza de que el partido tenga poca mayor competencia policial, conclusión: los técnicos de la central nuclear se niegan a seguir trabajando, lo que seguramente no está mal. ■

11

Has banderitas en Madrid, muy pocas ciertamente, para recibir la visita del presidente de Guinea Ecuatorial. Dicen que la vez anterior que estuvo en España se alargó tanto en el breve discurso que debía pronunciar cuando le dieron la inevitable copita de vino español que se ha ganado ahora una recepción más suave.

Como lenta y suave fue también la sesión del juicio que ayer se celebró. Dicen los nocturnos que se trata de retrasar la sentencia al menos hasta el próximo mes, para que no coincida ni por asomo con la celebración del día de las Fuerzas Armadas que será en Zaragoza el domingo 30. Puede ser que sea por eso. Lo cierto es que se retrasa tanto que a uno ya se le olvida, con esa facilidad que tenemos aquí para olvidarnos deprisa. Yo, de lo mío, ya ni me acuerdo.

No es el caso de Tejero que, desmemoriado en sus declaraciones, no olvida, sin embargo, que no le gusta nada Armada, y ahora se sabe que hasta consiguió agredirle antes que el general fuera trasladado a otras dependencias (que no celdas). Quiero decir, que la facilidad para olvidar no es para todos. Aquí hay algunos que recuerdan con saña.

Al alcalde de Madrid han querido pegarle también, pero en su caso por haber hecho una tontería. Quería

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

comer, el hombre, con algunos distinguidos invitados en plena plaza Mayor, reservando la entrada del restaurante al aire libre. Se cabreó el personal que miraba, arremetiendo contra la cerca. Un incidente simple de estas verbenas madrileñas que brillan más por su espectacularidad que por su alegría. Ayer mismo actuó Lionel Hampton y fue un desastre como el día anterior lo había sido Jehro Tull. Indignados están por ello mis amigos los borrachos.

Para compensar (para prepararse quizá), Ferrer Salat pronunció ayer un suave discurso en Andalucía, en un intento de relajar la tosca publicidad pagada que hacen ahora contra los socialistas. Han comenzado ya su protesta los partidos que «se fingen moderados» es decir, los que aparecen simbolizados en el dibujo de la manzana con emblema socialista de la que sale un gusano con hoz y martillo: el secretario general del PCA dijo que los empresarios no crean puestos de trabajo, pero al menos algunos, sí apoyan el golpe del 23-F. ■

12

En el que nada, por cierto, se resuelve, aunque continúen las reuniones, los argumentos de los defensores siguen amparándose en la «obediencia debida» y la «situación en que se encontraba España». La novedad de hoy es que una de esas abogadas, Segura Feni, confirma que el rey nada sabía de la preparación del golpe aunque sus defendidos, miembros de la Guardia Civil, sí la creyeron. La noticia callejera no es exactamente esa sino la de que anoche la Policía cargó en el retiro contra quienes se divertían en una verbena. 39 detenidos y la herida leve de un policía municipal es el resultado de un incidente que va a confirmar que quienes nos quedamos en casa tenemos razón. No puede irse uno por la calle, a concentraciones populares, sin el temor de que la Policía lance inopinadamente sus botes de humo o sus pelotas de goma. Tiene uno que protegerse de esa inseguridad, de la amenaza de que la Policía aparezca en cualquier momento y ocurra lo del Retiro o del Rastro del domingo pasado. Llueven los editoriales en periódicos y radios preguntándose la razón de tales disparates, de tales perturbaciones de la alegría verbenera. Cuando se me pase la mañana risa de la historia que olvido, caeré irremisiblemente de nuevo en una batalla de esas. Por lo menos, hasta que vengan los mundiales y esté todo el mundo en el hospital o la cárcel. Sin salir apenas he visto ya como se cachean en las aceras a quienes no tienen esta pinta de corrupión que a uno le va saliendo. Detenidos en su paseo por jóvenes, por nuevos. Ocurrió después de la cena sin cena a la que nadie asistió, más íntima que la que al mismo tiempo 400 artistas le estaban dando al destituido Javier Tusell, pero muy de agradecer. Se quedaban con la pena ahora que me voy al Festival de Cannes. Hablaron, claro, de Peter Weiss, el dramaturgo alemán que ha muerto hoy, y se recordaron el espléndido montaje que hizo Marsillach de «Marat-Sade», que pocos vieron porque Fraga lo prohibió al declarar uno de aquellos estados de excepción. Ahora Fraga declara en Andalucía que va a ganar las elecciones. ■

13

Para ir a Cannes no hay que pasar por Gibraltar ni ver, por tanto, los aviones y buques ingleses que reposan allí camino de las Malvinas. (Una ironía geográfica que hace hoy reaccionar a algunos partidos en el Parlamento). Se va a Cannes en avión donde, como cada año en el mismo sitio, te dicen que han querido matar al Papa. Esta vez, en Fátima: un cura integrista que anduvo por Fuerza Nueva pronunciando discursos, ha sacado un navajazo que si no pinchó a Juan Pablo II, asustó bastante, pero resulta que este año como el agresor es madrileño, en el avión te miran raro, como el portero, cuando busca, con miedo y con morbo, la recompensa de Rosón.

Para suavizar la cosa nos dan un periódico en el que se habla de los dos aviones argentinos derribados por la escuadra británica, al tiempo que publican las fotos de familiares de los soldados que se han visto obligados a embarcar en el «Queen Elizabeth» camino de las Malvinas. Para entretejer el tema, un avión de, Puente Aéreo se ha salido de la pista al aterrizar en Barcelona: tres personas heridas.

Se está poniendo peligroso esto de ir a Festivales. Cuando regresemos, además, el juicio estará donde ahora. Nada ha avanzado tampoco la sesión que cuentan hoy. ■

14

De España siempre llegan noticias raras. Una virgen se ha puesto a llorar en Granada, supongo que por las elecciones: siempre lloran por estas fechas. Tres mil madrileños esperaron un desfile de la banda de la Primera Región Militar que no llegó nunca: fiestas de San Isidro raramente frustradas. Y llega también de España un artículo de Ricardo de la Cierva que habla de las elecciones andaluzas y del famoso cartel que los empresarios pintaron por miedo a que gane el PSOE: «Al gusano rojo del célebre y atinadísimo cartel –dice don Ricardo– convendrá aplastarle, cuando prosperen los recursos contra su prohibición, de un juego de cabezas recambiables, presididas por la de Goebbels».

Don Ricardo llega otra vez tarde con su comentario porque precisamente hoy la Junta Electoral de Andalucía ha prohibido la campaña de los empresarios porque ellos no compiten en las elecciones.

Los periódicos franceses sólo dan cuenta de la muerte de dos jóvenes, presuntos etarras, cuando manipulaban en Navarra una carga de Goma 2. Se habla de esto y del cura español que se quiso cargar al Papa, de quien hoy, por cierto, se estrena una película en Madrid, «De un país lejano», especie de historia de Polonia engarzada con la biografía de Wojtila: se queda a camino, sin servir de mucho.

Panorama cinematográfico que se supone mejorará en este 35 Festival de Cannes, que hoy comienza asegurándose el éxito con una reposición de la vieja «Intolerancia», de Griffith. Las noticias, sin embargo, son las de que este año Cannes aumentará su interés por las cinema-fotografías subdesarrolladas, una vez que las intentos europeos no contratados por las multinacionales ofrecen poco porvenir. En ese consorcio no se encuentra naturalmente España, que no participa en la competición, como tampoco lo hizo en el último festival de Berlín. Mal año para el cine español. ■

16

Los sondeos previos a las elecciones andaluzas dan al PSOE como ganador a gran distancia de UCD, que pierde ya su hegemonía. No se fían mucho los partidos de estos augurios,

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

pero sí parecen inquietar al prelado de Huelva que exhorta a sus feligreses a que no voten a la izquierda (que defiende el aborto y el divorcio), pero tampoco recomienda descaradamente votar a la derecha porque, dice, defiende la propiedad privada. Tras su brillante discurso se ha retirado al Monasterio de las Jerónimas para rezar para que el resultado de las votaciones corresponda a sus deseos. Es activo monseñor. Cuando la CEOE no hace ya propaganda, aparece un poco de Iglesia.

Rojas Marcos no negociará con los centristas cuando acaben las elecciones, ni Escuredo se aliará con el PSOE, ni éste con el PCE. Es la base de sus campañas. ■

17

Las elecciones de Andalucía, lógicamente no llegan a Cannes. Pero sí el realizador turco Yilmaz Guney que ha conseguido huir de la cárcel turca donde cumplía las múltiples condenas que la dictadura de su país le impuso por delitos de opinión. Guney cuenta en su película, «Yol» («Camino, salida»), parte de lo que le ha ocurrido en su huida; pero destaca más la realidad política y cultural de su país que, como telón de fondo, llega a impresionar al espectador por su dureza. Será sin duda un premio del Festival. En su jurado están, entre otros, Gabriel García Márquez y Geraldine Chaplin, que no serán insensibles a la importancia de esta película, como probablemente tampoco lo sean ante «La noche de San Lorenzo», de los hermanos Taviani ni a «Missing», de Costa-Gavras. La primera se sitúa en los últimos momentos del fascismo en Italia, y la segunda, sin decirlo, en el Chile golpista de Pinochet del que narra las circunstancias de una de las tantas «desapariciones» de detenidos, auspiciada, según dice la película, por los Estados Unidos, va a tener una estimulante resonancia su proyección dentro de dos días. ■

18

Es difícil que en las ruedas de Prensa alguien no cite el conflicto de las islas Malvinas. Es una muletilla. Los periódicos franceses destacan en su portada el apoyo que Mitterrand presta a la Thatcher y las idénticas declaraciones de agresores y agredidos augurando un «baño de sangre». Agresores y agredidos, a saber quienes son. En francés se dice Malouines: es lo que primero destaca en los quioscos. En letra interior, más pequeña, las declaraciones del secretario de relaciones internacionales del Partido Socialista Francés asegurando que Francia no será un santuario de organizaciones terroristas.

Nada dicen sobre el País Vasco español ni de la calma que reina a pesar de haberse concluido ya el plazo dado por ETA M para que abandonen Euskadi los familiares de policías y guardias civiles. Se temía que, acabado el mes, se reanudarían los atentados. De momento, no ha sido así. ■

19

Pero ya hay sí que hablan los periódicos del anuncio hecho por ETA M de que continuará sus acciones terroristas respetando sólo a las delegaciones extranjeras que acudan a los mundiales. Cualquier centro urbano será atacado.

Era raro que no nos quedáramos durante un festival pensando con terror en la vuelta. Cada año, cada vez, los motivos son distintos pero coinciden todos en hacernos un país inquietante, loco, peligroso.

El juicio se ha reanudado ya, pero no sabemos nada de él. En esto, la cosa no cambia. No sabríamos mucho más estando en Madrid. ■

BOLETIN DE SUSCRIPCION

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A

CEMPRO FUENCARRAL, 98, TELS.: 221 29 04 y 06 - Madrid-4

(Por favor, escriban con letras mayúsculas)

Nombre..... Apellidos.....

Domicilio..... Teléfono.....

Población..... D. Postal.....

Provincia..... País.....

Suscríbanme a TRIUNFO a partir del primer número del próximo mes de.....

Deseo recibir los ejemplares por correo.....

Señalo con una cruz ☒ el periodo de suscripción y la forma de pago que deseo.

☐ Un año (12 números)

☐ Dos años (24 números)

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TRIUNFO.

☐ He enviado giro postal n.º..... a «TRIUNFO, c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial - Madrid».

TARIFAS DE SUSCRIPCION		Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	1 año.....	2.000	2.250	2.000
	2 años...	3.685	4.185	3.085
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS Y TUNEZ	1 año.....	3.415	4.531	3.991
	2 años....	6.225	8.457	7.377
AMERICA Y AFRICA	1 año.....	3.415	4.531	4.771
	2 años....	6.225	8.457	8.937
ASIA Y OCEANIA	1 año.....	3.415	4.531	5.371
	2 años....	6.225	8.457	10.137

● Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

● Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del 15 de cada mes, sufrirán efecto a partir del número del mes siguiente. Las que se reciben después de dicha fecha tendrán que esperar al segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de archivos mecanizados.

● TRIUNFO no mantiene acuerdo alguno con ninguna gestora de suscripciones a revistas por lo que se debe rechazar cualquier oferta de visitantes a domicilio. La única forma de suscribirse o renovar suscripciones a TRIUNFO es mediante contacto directo por correo con la Administración de la revista o de librerías con establecimiento abierto al público.

INFORMACION DE PRIMERA HORA EN LA SER

Matinal SER.
Desde las 7,30 a las 8,45.

A las 8,30, "DESAYUNO DE TRABAJO"
con los protagonistas de la actualidad.

SER
informativos.
Desde primera hora.

J&B
Nadie puede decir tanto
con dos letras.
J&B